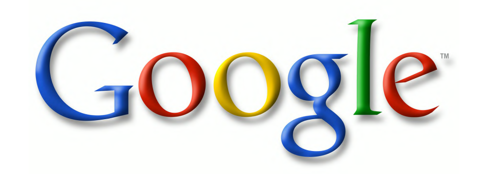
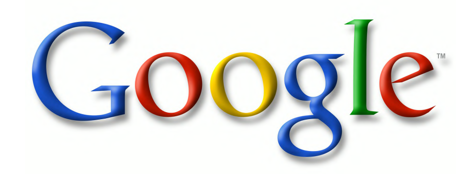



Google




TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

# ZÁRATE

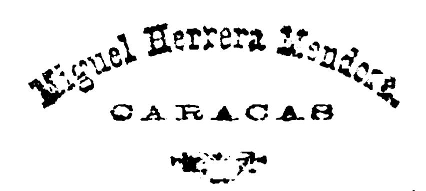
POR

EDUARDO BLANCO

TOMO II.



CARACAS.
IMPRENTA BOLIVAR,
1882.




# ZÁRATE.

## I.

## Alas blancas en el fondo de un antro.

—

Cuando en la noche del sábado veinte y seis de Enero de 1825, se despidió Olivéros de la familia Delamar, despues de comer á la mesa de don Cárlos en compañía de Horacio, y de ofrecer á éste sus servicios, no siguió la direccion que debia llevarle hácia Carácas, á donde, como recordarán nuestros lectores, habia dicho al anciano pensaba dirigirse; ántes por el contrario, apénas llegó al camino real, tomó por opuesto rumbo y, espoleando su mula con la decision de quien desea llegar en breve tiempo el término de una larga jornada, atravesó rápidamente la triste y silenciosa aldea de Santa Cruz, cuyos moradores dormian á la sazon, y desechando la trillada senda que por aquellos tiempos comunicaba la mencionada aldea con el extremo oriental del pintoresco lago Tacarigua

ó de Valencia, internose en los estrechos y excusados senderos, que así como el camino principal que abandonara, conducian á la márgen del lago.

Seguro de no extraviarse en el intrincado dédalo de tortuosas veredas que, ora desaparecian bajo espeso arbolado, ora cruzaban altos *gamelotales* ó dilatados plantíos de añil ó de tabaco, vencia Olivéros la distancia que lo separaba del caserío de La Cuarta, á donde se encaminaba pensativo, aunque animado de tan vanidosa satisfaccion, que á ser de dia, habria podido vérsele reflejada en el rostro y en la manera jactanciosa con que se estribaba en la silla.

Serian las once de la noche, cuando á favor de la luna vislumbró á lo léjos, por entre espesos platanales, la argentada superficie del lago y las primeras chozas del desparramado caserío de La Cuarta; y minutos despues, tomando algunas precauciones ántes de aventurarse á atravesar un terreno escampado que servia como de plazuela á una casucha de tejas, con apariencia de ventorrillo ó pulpería, situada sobre el camino real, se acercó á ella cautelosamente y fué á llamar de manera especial á la puerta.

—Quién es ? preguntó con prontitud desde el interior de la casucha una voz de mujer.

— Yo, contestó Olivéros.

—Santos! exclamó la misma voz, pero esta vez con el acento del más extremo sobresalto.

—Yo mismo, Cármen, qué demonios! abre pronto.

—No hables recio, dijo la invisible interlocutora cuyos labios aplicados á una rendija de la puerta dejaban escapar las palabras como tenue susurro. Entra por el corral y ten cuidado..........

—No, espera, exclamó tras de la misma puerta una voz varonil, interrumpiendo la indicacion de la mujer, si ya está ahí déjame que le abra.

Y la puerta se abrió sin hacer ruido, y un hombre de más de cincuenta años, de aspecto vulgar aunque de ojos vivos y penetrantes, robusto y bien tallado no obstante la exajerada desigualdad de sus piernas, que segun en la que se apoyara le hacia crecer ó descrecer un palmo de tamaño, apareció teniendo en una de las manos una vela de sebo á la cual servia la otra mano de pantalla.

—Cuántos pareceres gastan ustedes esta noche, dijo Olivéros con tono destemplado.

—Entra pronto ó vete, dijo con rapidez el cojo.

—Oh! mejor será que se vaya, agregó la mujer con tono medroso y suplicante.

—Por qué causa? preguntó Olivéros sorprendido.

—Los *colorados*, replicó prontamente la mujer, están ahí mismo, en la otra pulpería.

—Qué hai en eso Damian? tornó á preguntar Olivéros dirigiéndose al cojo.

—Lo que oyes, contestó éste apagando la voz. El campo-volante de Marcial Díaz me ha registrado la casa

hace dos horas, lo que nunca habia hecho.

Olivéros reflexionó un instante, luégo se desmontó tranquilamente y con la mula de la brida penetró en la casucha.

—Jesus! exclamó Cármen cerrando asustada la puerta. ¿Y si les ocurre volver?

—No volverán, dijo el recien llegado con entera confianza; y volviéndose á Damian, añadió: acomoda la mula entre los plátanos, fuera de la empalizada del corral, y dale un poco de maíz sin quitarle el freno ni la silla.

—Yo no me fío tanto como tú, replicó el cojo preocupado; como te ha dicho Cármen, están acampados en la otra pulpería, que apénas dista de aquí, cosa de un cuarto de legua, y lo más posible es que les entren ganas de volver otra vez á beberse el poco aguardiente que han dejado.

—No lo creas, contestó Olivéros sentándose junto á una mesa cargada de frascos y botellas más ó ménos vacías que ocupaba uno de los extremos de aquel cuartucho, especie de trastienda del zaquizamí mercantil de Damian,—nosotros seremos los que más tarde vayamos á buscarlos.

—Son veinte hombres, y todos bien armados, dijo el cojo.

—Qué guapo está Marcial! exclamó Olivéros con desprecio, nunca se habia atrevido ese *mastuerzo* á meterse con tan poca gente por estos andurriales. Ya se

vé, como no ha de estar envalentonado con la felpa que nos pegó tras de antier en los atascaderos del Peñonal. Pero ya la pagarán los dos, él, y quien por traidor ó sin vergüenza nos dejó sorprender. No pasa esta semana sin que Cascabel baile en la cuerda.

Cármen palideció, y el cojo se apresuró á preguntar.

—Y estás seguro de que Cascabel sea culpable?

—Por supuesto; yo mismo lo puse de vijía sobre un árbol en el camino de Maracai, y allí se durmió y no vió pasar la tropa, ó como me inclino á sospechar por los vários *displantes* que le vengo notando hace algun tiempo, tuvo la intencion de traicionarnos y no me dió el aviso convenido.

—Y dónde se encuentra ese bellaco?

—Si á la fecha no se ha presentado al Gobierno, debe andar con Lagartijo; pero vamos que es tarde, lleva la mula y ven pronto, que tenemos cosas mui sérias de qué tratar.

El cojo salió llevándose la mula, y Cármen pensativa quedó de pié é inmóvil contemplando á Olivéros, quien sin mirarla, tomó de la mesa un frasco de ginebra y llenó un vaso.

Alta, mestiza, bien formada y no exenta de rústica hermosura, era aquella mujer cuyo semblante, todavía jóven y agraciado, surcaban sin embargo las huéllas de profundos sufrimientos morales. Su afecto por aquel hombre á quien tan fijamente contemplaba, sin atreverse

á dirigirle la palabra, se traslucia en la mirada cariñosa y triste á par que suplicante que fijaba en el duro rostro de Olivéros, sin merecer de éste, tras largo rato de silencio, el menor agasajo.

Despues de llenar el vaso de ginebra, Olivéros habia quedado como absorto en sus propias lucubraciones, y trascurrió algun tiempo sin que en la estrecha trastienda se produjese el más pequeño ruido, ni el menor gesto ú ademan extraño al que ya revelaban aquellas dos fisonomías, alterase la inmovilidad de la absorta pareja, poseída, á no dejar la menor duda, de los más opuestos pensamientos.

La mujer dejó escapar, al fin, un ahogado suspiro.

Olivéros hizo un brusco movimiento de cabeza, cual si quisiera dar remate á sus meditaciones, y levantando los ojos hácia su compañera, le preguntó con tono casi cariñoso:

—Qué tienes? Cármen.

—Sántos, exclamó la interpelada con dolorido é intimidado acento, hasta cuando tentar la ira de Dios!

—Siempre *la misma tema*, replicó Olivéros con mal humorada brusquedad; pero á su pesar extremeciéndose.

—Qué quieres, Sántos, que yo piense, si la suerte que te espera me espanta!

—Pues, mira que te haces ya mui fastidiosa.

—Cómo ha de ser! replicó Cármen venciendo con esfuerzo su natural timidez. Aunque no gústes que te diga estas cosas, y me maltrates como el año pasado, yo siempre te suplicaré, por la memoria del angelito que perdimos, que dejes la mala vida que llevas hace ya tantos años, y me evites el tormento de ver llegar el espantoso fin que para ella preveo.

—Por qué me recuerdas lo del año pasado? dijo Olivéros visiblemente mortificado. No sabes que me desagrada recordarlo?

—Ai! lo que mucho hace sufrir no se olvida jamas: y me aporreaste tanto, y tan injustamente!..

—Oh! no supe lo que hice, tú lo sabes. No me guardes rencor.

—Rencor! no lo creas, puedes matarme cuando se te antoje, sin que yo deje de quererte y sin sentir por tí otro sentimiento. Y es por que soi tan tuya como tu propio corazon, que me empeñaré siempre, siempre, en apartarte del camino que llevas. ¿Crées que pueda vivir, pensando como pienso en el fin desastroso que te espera? No hai una sola noche en que no sueñe con aparecidos y espantos, y no pasa un sólo dia sin que visiones aterradoras me hagan morir de miedo.

—Qué tonta eres! exclamó Olivéros, vaciando

de un sólo trago todo el ardiente líquido que contenia su vaso.

—No seria mejor, añadió Cármen, que nos fuéramos á vivir tranquilos á otra parte, léjos de estos lugares y entregados á otra vida?

—Donde quiera que vaya irá á buscarme la señora justicia.

—Nos ocultaremos.

—No tengo dinero.

—Trabajaremos honradamente para vivir.

—Esa especie de trabajo apénas da con qué llenar la barriga.

—Eso nos bastará.

—A tí, puede ser, contestó Olivéros empuñando de nuevo el frasco de ginebra y llenando su vaso, pero no á un hombre como yo que ha vivido á sus anchas tanto tiempo, á costa de todo el mundo y con más cuentas pendientes con el diablo que pelos tengo en la cabeza.

—Oh! si te enmiendas, don Cárlos puede protejerte, replicó Cármen con dulzura.

—Don Cárlos! repitió Olivéros con respetuoso acento. He ahí el San Agustin de todos tus sermones.

—Es tan bueno y tan caritativo ese señor!

—No lo puedo negar, dijo Olivéros conmovido.

Pero cuando él sepa quién soi yo, agregó con amargura, entónces......

—Te favorecerá si te crée arrepentido, exclamó Cármen interrumpiendo á su terrible amante.

—Te engañas, replicó éste, apurando hasta las eces el segundo vaso de ginebra. Me despreciará y me entregará á la justicia.

—Oh! no bebas más, dijo asustada la mestiza, al ver que su interlocutor llenaba nuevamente hasta los bordes, y esta vez, de aguardiente, el consabido vaso.

—Bien sabes que nunca me emborracho, replicó Olivéros de mal modo, y, exaltándose de pronto, añadió con dureza: siendo quien soi no tengo más camino que seguir que el que sigo; y miéntras no me maten seré el terror de estos valles, y la amenaza y pesadilla de todos los alcaldes de la comarca: lo que á fé me envanece, pues no hai nombre que suene más que el mio, de las vueltas del Auyamal á la cuesta de las Cocuizas, y de la costa de Chuao á los morros de San Juan; ni existe un hombre en todos estos valles que, al mirarme de frente, no se le pare el resuello y le castañeteen las quijadas.

Y la fisonomía de Olivéros, oscureciéndose por grados á medida que su espíritu exaltado se dejaba arrastrar por tan jactanciosas presunciones, tomó al cabo tal expresion de ferocidad salvaje, que Cármen

retrocedió á su pesar algunos pasos, exclamando aterrada:

—Sántos!....por Dios! no me mires así.

—Déjame en paz y márchate á dormir, replicó Olivéros con acento profundo.

—Si quisieras oirme, se atrevió todavía á tartamudear la mestiza con tono suplicante.

—No ves que tengo ya el demonio metido dentro del cuerpo! Qué esperas?

—Quieres cenar?

—Véte!

Y Cármen se alejó sollozando; y Olivéros cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos la frente, dejando escapar un rugido.

Minutos despues entró Damian haciendo altos y bajos con sus desiguales piernas, y Olivéros levantó la cabeza sin que se le notara en el semblante huella alguna de la violenta tempestad que poco ántes lo hubiera descompuesto.

--Qué ha pasado? preguntó Damian, á quien no se ocultara que ántes de aquella calma habia habido borrasca.

—Que tu hija, con sus eternos lloriqueos, me tiene ya aburrido.

—No le hagas caso; esa muchacha no parece sino criada en convento. Yo no sé á quién diablos ha salido; porque su madre aunque más *resandera*

que una beata no se le moria el hijo en la barriga; y yo.....

—Oh! lo que eres tú, exclamó riéndose Olivéros, nada tienes de fraile, yo puedo asegurarlo. Pero vamos á lo sério, ¿cómo estás de dinero?

—Esas tenemos! dijo el cojo rascándose cómicamente la cabeza, pues estamos en quiebra.

—Siempre dices lo mismo, y apuesto que no te falta lo que necesito.

—Cuánto quiéres?

—Dos ó tres cientos pesos para repartir á los muchachos.

—*Cañafistola!* como quien no dice nada. ¿Qué diablos se te hacen á tí los reales? hace ocho dias te llevaste cien pesos!

—Los perdí jugando en un *velorio* en el caserío de La Otra Banda.

—Y no pudiste recuperarlos haciendo mesa limpia?

—No hubo oportunidad.

—Pues, al paso que vas quedaremos en cueros.

—No tengo buena suerte.

—Y los tiempos tan malos! y todo el mundo tan *pichirre* (*) exclamó el cojo con desprecio. Ya no hai quien lleve una peseta en el bolsillo, y todos estos indios que cosechan tabaco tienen los reales en-

(*) Mezquino, miserable.

terrados y no los sueltan ni que les rompan la cabeza.

—Pronto tendremos dinero en abundancia....

—Sí, el que yo gane jugando en la próxima fiesta.

—Te equivocas, espero coger diez veces más del que te puedan producir todas tus trampas.

—Entónces la jugada va á ser séria, dijo Damian, cuyos vivaces ojos chispearon de codicia.

—Por todos respectos, agregó Olivéros con flemática calma, buena presa y zafarrancho en grande.

—Hombre! la segunda parte no me hace mucha gracia.

—Pues á mí es la que más me gusta. He de probarle á esos cangrejos que no les tengo miedo, y que con todas las bayonetas que reunen para acabar conmigo no han de tener la mejor parte.

—Ocurre entónces alguna novedad? preguntó alarmado Damian.

—Extraño que lo ignores.

—No sé nada.

—Pues estás en la luna.

—Como hace ocho dias que no te veo!

—Pero has visto á Tumusa que debe haber venido ayer, y á Golondrina que te mandé de San Mateo mucho ántes.

—Aquí están; pero el negrito sólo me ha referido la entrada de Panaque á La Victoria y el buen

resultado de aquellos polvos que me facilitó el boticario de La Villa para matar las ratas, y que tú llevas siempre en el bolsillo para sulacrearles la boca á los charlatanes que nos puedan vender. Y en cuanto á Tumusa, no me ha contado otra cosa que el mal percance del Piñonal en que perdiste la mula, y el galope de ese doctor á quien llevaron corriendo hasta el rio de Turmero.

—Pues tienen ojos y no ven, ese par de animales, cuando no han reparado en la cantidad de tropas que estos ochos dias ha metido el Gobierno en estos valles. Esta vez nos van á echar todos los perros; y cuenta que no son pocos. En la Victoria tienen más de cien hombres, en Maracay otros tantos; cerca de ochenta entre Turmero y San Maneto, y esta noche se ha acantonado en Cagua toda una compañía de veteranos; amén de los campos-volantes con los que de atrás venimos escaramuzando: ya ves que el *rollo* es gordo y la situacion apretada.

—Y qué piensas hacer? preguntó Damian profundamente alarmado.

—Escarmentarlos, exclamó Olivéros con arrogante energía.

—Estás loco! ¿ crées poder hacerle frente á tanta gente con treinta ó cuarenta hombres que es lo más que puedes reunir?

—Eso me bastará para hacerlos rabiar; dentro de un mes habrá más cruces en todos los caminos, que las que cuenta el camposanto de La Victoria.

Damian, visiblemente preocupado, tomó algunos tragos de aguardiente del vaso que poco ántes habia llenado para sí Olivéros, y, despues de reflexionar algun tiempo, dijo á su compañero:

—Mira, Sántos, lo que aconseja la prudencia en circunstancias como estas, es nó echarla de gallo, sino abandonar el patio é ir á cantar á otra parte dejándolos chasqueados, como tantas veces lo has hecho, y esperar para volver á que yo te avise cuando se haya despejado el tiempo.

—Como que te ha entrado miedo? dijo Olivéros con chocarrería y mirando al cojo de soslayo; bien se conoce que te vas poniendo viejo y que la sangre se te ha enfriado.

—Dí más bien que los años me han puesto tan mañoso!....

—Sea lo que fuere; pero es el caso que ésta vez no les huyo, y que por lo mismo que tanto empeño tienen en ponerme la mano quiero probarles que no podrán conmigo y que miéntras más perros me suelten mayor número de muertos han de contar al fin de la partida. Con que dime francamente si

puedo ó no contar contigo, para saber á que atenerme.

—Si te empeñas, dijo el cojo, dominado por la mirada profunda y llena de amenazas con que le cubrian los ojos de su interlocutor, haré lo que tú quieras.

—Está bien. Vengan ahora los reales.

—No me alcanza lo que tengo á cubrir lo que me pides.

—Pues lo que haya. Es indispensable tener grata á mi gente.

Damian llamó á su hija, y como esta se presentara, le dijo, arrojando un suspiro:

—Cármen, tráeme la *totuma* aquella, que tienes escondida; y miéntras la mestiza obedecia silenciosamente, añadió Damian, cuya fisonomía tomó de pronto una expresion resuelta: Y bien, dónde está el dinero que debemos atrapar?

—En Turmero.

—En el mismo pueblo?

—Sí, en la calle real.

—Y la tropa! exclamó el cojo con espanto, no me has dicho que hai cuarenta hombres en el pueblo?

—Así es, contestó Olivéros riéndose de la alarma de su interlocutor, y eso sin contar con las demas fuerzas que reconcentre allí el Gobierno el dia de la Cándelaria.

—Pues, mira que la marrana tiene pelos!

—La dejaremos china.

—Y sabes de positivo que haya dinero en esa casa? tornó á preguntar Damian, en quien el sentimiento de la codicia prevalecia hasta sobre el temor.

—Me han informado que el dueño piensa comprar otra hacienda y que está reuniendo los reales.

—Pero los tendrá en la casa? insistió en averiguar el cojo, porque seria mui triste marrar el golpe y exponernos sin utilidad.

—Descuida, cuando yo aseguro una cosa es por que estoi cierto de ella.

—Y para cuándo has fijado la funcion?

—Para la noche del primer dia de la fiesta de la Candelaria. Es la oportunidad más favorable, porque habrá mucha gente en el pueblo, y nos será más fácil escurrirnos sin llamar la atencion.

—Aquí está, dijo Cármen, poniendo sobre la mesa una *totuma* rebosada de monedas de plata.

—Y asegurabas no tener la cantidad que te pedia, dijo Olivéros, contemplando la rebosada *totuma.*

Damian lanzó á su hija una mirada rencorosa, y miéntras Olivéros se ponia de pié, y vaciaba todo el dinero sin contarlo en una especie de escarcela de piel de zorro que llevaba terciada bajo la camisa de crudo, el astuto cojo con un gesto irritado indicó á

Cármen, que no era aquella la *totuma* que debia haber traido.

—Ahora á otra cosa, dijo Olivéros cerrando su escarcela, es tarde y quiero amanecer en Tucupido.

—Quieres la cena, preguntó tímidamente la meztiza.

—Sí, tráela, aunque cené, en la prima noche, en casa de don Cárlos, y en compañía del capitan que manda las tropas que se han acantonado en Cagua, tengo hambre, porque no comí bien.

Cármen quedó estupefacta, al oir decir á su amante que habia cenado con un oficial del Gobierno; y él cojo, no ménos sorprendido, hizo un brusco movimiento olvidando su cojera, y dió un traspiés que puso en consternacion todos los frascos y botellas que ocupaban la mesa.

—Demonio! ¿es verdad lo ¿que dice? exclamó Damian, recuperando trabajosamente el equilibrio.

—Como lo estás oyendo, contestó Olivéros con flemática calma, y lo más curioso del caso, es que don Cárlos me recomendó al capitan.

—Pobre señor, murmuró Cármen.

—El tal viejo es un gran.... *alcornoque*, dijo riéndose Damian.

—Te engañas, replicó Olivéros con severidad, don Cárlos es un hombre sin semejante.

—Gracias á Dios que lo sabes apreciar! exclamó Cármen conmovida.

—Ea! déjate de arrumacos y ve á buscar la cena, dijo el cojo á su hija.

—Sí, tráela, Cármen, agregó Olivéros con dulzura.

—Y miéntras la mestiza colocaba en la mesa unas costillas de marrano recien fritas, un plato de empanadas y unas cuantas arepas de más de un palmo de diámetro; Damian tomó asiento frente á su compañero de aventuras, y apoyándose de codos sobre el paño poco limpio que servia de mantel, dijo á Olivéros, poseido de la mayor curiosidad:

—Pero hombre, cuéntame eso, porque ya voi creyendo que eres el mismo diablo.

—Pues has tardado mucho en persuadirte, contestó riéndose Olivéros.

—Es que hai cosas que parecen mentira.

—Ya sabes que tengo *cábula* en pisar la casa de don Cárlos, y que siguiéndola desde hace mucho tiempo, me he escapado tres veces de ser cogido y fusilado; pues va la cuarta y no ha fallado. Perseguido ántes de ayer despues de la carrera del doctor, me refugié en la casa del Torreon á bocas de la oracion, y escapé de nuevo, no sin pasar un mal trago.

Y Olivéros, devorando la cena que se le habia servido, contó á Damian cómo habia sido sorprendido

por el capitan en casa de don Cárlos y toda lo que pasó entre ellos durante la comida.

—Y piensas sacar partido de esa circunstancia? preguntó Damian apénas terminó Olivéros de narrar su aventura.

—Por su puesto. El engaño del capitan me ha de ser mui favorable; es un flanco que tendré siempre abierto.

—Sin embargo, debes irte con tiento.

—No creo difícil metérmelo en el bolsillo: la buena opinion que de mí tiene don Cárlos me ayudará á embaucar al guapeton de su sobrino, y cuando éste no me sea útil para nada, se los cuelgo de las ramas de un saman para que les sirva de escarmiento. Por ese lado creo no tener nada que temer. ¿Pero dónde está Tumusa que no se me presenta?

—No debe estar léjos, cuando hace poco me allanaron la casa se escapó por el platanal.

—Házlo llamar.

Damian salió cojeando y fué á despertar á Golondrina que dormia como un bienaventurado bajo el cobertizo de la cocina.

—Y si te vas ahora cuándo vuelves? preguntó Cármen á Olivéros.

—Al fin de la semana. ¿Quieres ir á la fiesta de Turmero?

—No; contestó la mestiza con horror.

—Por qué tan desganada?

—No tengo humor para divertirme.

Damian entró de nuevo anunciando á su huésped, haber enviado á Golondrina en busca de Tumusa.

—Sabes dónde estará la Bruja? le preguntó Olivéros sellando la cena con algunos tragos de *mistela.*

—Hace muchos dias que no la veo, pero debe estar en el Tierral donde está casi siempre.

—Entónces la tomaré de paso, pero si asoma por aquí mándamela inmediatamente, porque la necesito para hacer bailar á Cascabel.

—Santos! exclamó Cármen estremecida de horror, no obligues á esa loca á semejante crueldad.

—Mira Cármen, dijo Olivéros con tono destemplado, te estás poniendo mui dengosa, vete, y déjanos en paz.

—Ai! si es su madre! exclamó la mestiza con desesperacion.

Pero como en aquel momento antraran á la trastienda Tumusa y Golondrina, nadie la oyó, ó aparentaron no oirla.

—Qué susto, capitan, nos han hecho pasar esos perros adulantes, exclamó Tumusa acercándose á la mesa. Y están ahí mismo.

—Y no les has quebrado ni siquiera una pata?

—Estaba solo.

—Pero tenias tu carabina.

—Temí comprometer al cojo.

—Pero por lo ménos los habrás seguido y sabrás como están acampados?

—Eso sí; los he visto colgar los chinchorros en el corredor de la pulpería de la Quebrada, camino de La Quinta.

—Qué hora será? preguntó Olivéros levantándose.

—Es más de media noche, le contestó Damian.

—Es tiempo; pero entretanto cenan Tumusa y Golondrina, ven acá.

Y seguido del cojo entró á otra pieza miéntras el muchacho y el grotesco negro se refrigeraban.

Los restos de la cena que dejara Olivéros sufrieron un vigoroso ataque; pero no obstante, el buen apetito del negrillo y su prediléccion por toda golosina, Golondrina no probó una sola empanada; su compañero en cambio se las engulló todas.

—En marcha, pues, dijo Olivéros, entrando de nuevo á la trastienda despues de conferenciar largamente con Damian. Vamos á quemarle el *guardabastos* á ese baladron de Marcial Diaz; y luego á Tucupido, por el camino del Tierral, en busca de Lagartijo.

Y ordenando á Golondrina tomar la mula, é ir á esperarle en un sitio especial apartado del camino; cogió una carabina que le presentó el cojo, y seguido de éste y de Tumusa se internó en el espeso platanal que cubria la ribera del lago; y dejando á Cármen

consternada, se dirigieron cautelosamente á la pulpería de la Quebrada donde el campo - volante se prometia pasar la noche.

Media hora más tarde suenan algunos tiros que retumban en el silencio de la noche; y se oyen gritos, y fragor de combate. Luégo el silencio se restablece, y Cármen aterrada mira entrar á su padre el cual le dice con burlesco sarcasmo:

—No se quejará mañana el señor cura: así, de paso, le hemos regalado esta noche cinco entierros.

Y sin cuidarse de los aspavientos y enojadas amonestaciones de su hija, Damian se acostó complacido.

## II.

## Viejas preocupaciones.

Si radical en lo político fué la transformacion de Venezuela al separarse de la madre Patria, pocas alteraciones en lo privado de sus tradicionales costumbres sufrieron los pueblos americanos de orígen español, á pesar de la guerra, y de la emancipacion de la Metrópoli. Largos años despues de ser independientes y llevar vida propia, conservaron nuestros padres, y con ellos la generacion que les siguió inmediatamente, los usos y costumbres heredados de sus mayores, y en mucha parte, hasta las preocupaciones de orígen colonial que en fuerza y vigor se sostenian en 1825. La Revolucion habia abatido el vetusto edificio de la colonia y sepultado bajo sus escombros el pasado político de la capitanía general de Venezuela; surcos profundos habia aplanado en lo social de la vida pública y en las instituciones que practicaban los nuevos ciuda-

danos; del polvo habia levantado y puesto en alto personalidades hasta entónces anónimas, y creado á la Nacion, independiente y libre, manera nueva de ser y de existir; pero, no obstante tan violentos como trascendentales cambiamientos, no habia alcanzado á desarraigar, en lo privado, las preeminencias sustentadas por tres siglos de perdurable estabilidad, ni logrado penetrar en el santuario del hogar y abatir los ídolos, de oro ó de barro, á que rindieran culto nuestros padres, dominados por las preocupaciones de una época, á que ellos mismos tan generosa y noblemente combatieran, sacrificando prerogativas y fortuna.

La guerra, aquella guerra de quince años, sustentada con entereza inquebrantable, terriblemente cruel y desastrosa, desordenada á las veces, frenética, iracunda, llena de altos y bajos en que ora nuestro lábaro flameaba triunfador sobre elevadas cumbres, ora desaparecia desgarrado en el fondo de profundos abismos; sin que por esto, tregua hallase la lucha, ni reposo el espíritu, ni término el cruento sacrificio, la exaltacion de las pasiones, el estrago, la violencia y el vértigo que á todos arrastraba, nivelando clases y condiciones con el duro rasero de la necesidad, la desgracia y la muerte: la guerra misma, con todas sus imprescindibles violaciones, su arbitraria fuerza, y el cortejo de bastardas aspiraciones que alimenta, no alcanzó á corromper sino á mui escasa parte de los que con sin igual empeño y pa-




trióticamente la sostuvieran largo tiempo. Con los primeros albores de la paz, nuestro pueblo tornó á los antiguos hábitos de respeto á la lei, á la virtud, al mérito y al derecho ageno, y olvidado del desenfreno de aquellos dias de sangre y turbulencias, en que esgrimiera como tajante espada su fuerza material y sus pasiones desbordadas, recuperó el tesoro de las sanas costumbres, que fuera de sospechar perdiera para siempre tras la viciada libertad del campamento y el ensimismamiento de sus ruidosos triunfos.

Las fuerzas que nó agotó la lucha las consagró al trabajo; el amor á la gloria que esta esquiva deidad no satisfizo, fué á concentrarse de nuevo en la familia, y, con las jinetas del sargento y el morrion del soldado, jugaron no mui tarde, como con baratijas de desuso, los hijos pequeñuelos de aquellos veteranos que habian visto á Ricaurte volar heroicamente en San Mateo, tramontado los Andes tras la huella imperecedera de Bolívar y cantado el último himno de victoria en la gloriosa llanura de Carabobo. Cándido, sano, comedido y creyente nuestro pueblo, á pesar de las perniciosas enseñanzas de una época de violentas transiciones é incorregibles desafueros cual la que habia pasado, dió ejemplos de virtudes domésticas, de laboriosidad y contraccion á sus deberes; y sumiso á la lei del trabajo, sembró gozoso la tierra que habia regado con su sangre, y la tierra le pagó con exceso los anteriores sacrificios. Devuelto

á sus antiguos hábitos, las preocupaciones que alimentara la rusticidad y la ignorancia, cobraron su primitivo poderío, y lo sobrenatural y fantástico que tanto privara en sus creencias, ejerció en nuestras masas populares el influjo tenaz de que no están exentos ni áun los espíritus más esclarecidos, cuando ha sido viciosa la educacion que recibieran.

Para 1825, la poblacion de nuestros campos y en mucha parte la de nuestras ciudades principales, creia en aparecidos, en fantasmas y en brujas, con la buena fe y la sencillez con que se creia en Dios. Nuestra poesía pastoril, así como nuestras tradiciones populares abundaban en lo maravilloso: genios, silfos y espíritus maléficos, agitaban sus invisibles alas al compas melancólico de las campestres coplas y de la gaita indígena. Para aquellas buenas gentes, las sombras de la noche las poblaban espectros y fantasmas, ánimas en pena y asechanzas infernales. El diablo, á quien todos temian, habia adquirido categoría de soberano, sin embargo, que por sus más frecuentes diablurías, sólo podia tildársele de mal entretenido é impertinente ocioso, que mucho se ocupaba en hacer travesuras. Se le acusaba, entre otras muchachadas, de chuparse la leche de las vacas; de revolver los gallineros alborotando las gallinas; de imitar el chirrido del buho, el canto agorero del *Yaacabó*; y de hacer aullar lastimosamente á los perros, en las noches de luna, mostrándoles los cuernos. Es-

te socorrido personaje, visible para muchos, tenia parte en toda riña; á él se le imputaban todas las desgracias privadas, y en todo asunto profano metia el rabo; y todo esto, con menosprecio de los asperges que le lanzaba el señor cura, y de la probada virtud de las palmas benditas que año tras año se repartian en el poblado. En toda rústica velada á vuelta de la mayor simpleza venian como de rigor las narraciones fantásticas, y entónces, no habia quien no contara una historia de aparecidos, ni quien no registrara en sus nocturnas escurciones haber visto de cerca, un espectro ambulante, un animal diabólico, la luz misteriosa del *Tirano*; y sobre todo, haber tropezado de sopeton, como quien dice, con la más callejera de todas las fantasmas que poblaran las sombras, la jigantesca muger del manto negro, espantajo frecuente de enamorados importunos y de Tenorios trasnochados. Y todo por cuenta del astuto y desocupado Lucifer, que á la capa de otros tantos disfraces, en extremo grotescos, tenia en constante alarma los caseríos y las aldeas: permitiéndose, osado, repicar á media noche las campanas, dar golpes con los cuernos en la puerta de la iglesia, saltar sobre los tejados, espantar las palomas que se anidaban en las troneras de los campanarios, cortejar malicioso á las devotas que asistian á misa ántes del alba, y berrear, como un macho cabrío, durante la cuaresma.

En 1825, á más de semejantes diablurías, creia la gente llana en el mal de ojo; en que habia ciertas plantas que atraian la desgracia á quien las cultivaba; que la mordedura de las culebras venenosas la curaba la oracion de San Pablo; que bastaba persignarse para ahuyentar al diablo y rezar á Santa Bárbara para conjurar las tempestades. Todo esto, y más aún que seria prolijo enumerar, se tenia como evidente; pero no obstante tan exagerada candidez para aceptar lo sobrenatural, no cabian en la vida social mistificaciones y patrañas, y aunque poco versado el criterio público en la ciencia del mundo, rara vez se engañaba respecto de los hombres y las cosas al apreciar sus particulares cualidades.

En aquella época de escasa civilizacion y de notorio atraso, hombre de bien, lo era el magnate ó el labriego que jamas habia cometido faltas vergonzosas y que, severo en sus procederes y costumbres, practicaba sin afectacion la virtud. Un caballero, era cumplidamente lo que define en nuestra lengua este calificativo tan honroso, que tanto y tan lastimosamente se ha bastardeado en nuestros dias: un hombre bien nacido, de alma elevada, generoso, gallardo, fiel á su condicion y á su palabra, digno en toda ocasion de aprecio y de respeto, enérgico sostenedor del débil contra el fuerte, cuidadoso de la propia honra sin atentar contra la agena, y de conciencia limpia. Como

rústicos que eran nuestros padres, tenian la buena fé de ceñirse á la letra en materia de calificativos, y de llamarlo todo por su nombre; así las cosas y los hombres eran entónces lo que realmente eran, sin subterfugios y ambajes, ni exagraciones hiperbólicas: una vaca, era una vaca; un bribon reconocido no era más que un bribon. Pecado mortal en lo político como en lo social era adueñarse de lo ageno, y el que lo cometia, era tildado de ladron y como tal tenido y castigado.

Por entónces, un genio, lo era sólo Bolívar. Un héroe afortunado, Páez. Un general, habíanlo sido Miranda, Piar y Ríbas, y lo eran Sucre, Urdaneta, Soublette y pocos más. Una batalla, Carabobo, Boyacá ó Ayacucho. Un sabio, Várgas. Una gloria envidiable, haber luchado por la Patria. Carácas sólo era la primer ciudad de Venezuela, no la Aténas de América.

Tanta llaneza y rusticidad chillaba hasta dar compasion; estábamos en camisa, y mucho que distábamos de calzar el coturño, y de llegar al apogeo de nuestras facultades morales que tanto nos envanecen hoi.

En principios religiosos aquella generacion estaba aún más atrasada. La moderna filosofía, planta importada como de contrabando, durante el gobierno colonial, habia medrado poco en nuestro suelo; el sol

de una fé ardiente en las viejas creencias la agostaba al nacer. Voltaire, entre los ménos doctos, que lo eran los más, era tenido por un gran hereciarca, y San Juan Crisóstomo triunfaba con ventaja del filósofo cortesano de Federico. La vetusta rutina ortodoxa alimentaba y satisfacia á la generalidad de los espíritus. La verdad revelada se sostenia victoriosa. La sombra de la cruz era un oásis en medio de las calamidades de la vida. Dios imperaba sobre todo lo creado, y así como se le reverenciaba se le temia más que á los hombres.

A pesar de su comprobada simplicidad, nuestros padres pecaban tambien de delicados y orgullosos. El honor, para ellos, era un sagrado talisman, y perderlo era morir de una muerte afrentosa. Nada encontraban bueno, como no estuviera basado en la moral y el derecho. El oro corruptor, á pesar de sus reconocidos fueros, no se sobreponia jamas al mérito; ántes que la riqueza, tenia puesto la virtud, el saber, el talento y todas las nobles cualidades de los hombres. *Por sobre mí*, decian en su inconmensurable vanidad nuestros mayores: *Dios y la lei* y erguida la cabeza desafiaban las iras terrenales, fijos los ojos en el cielo cristiano, del que la libertad política, que habian sabido conquistar, no parecia haberlos divorciado.

Dada en la época aludida la sencillez de nuestro pueblo, fácil es conjeturar que no faltasen quienes

en provecho propio la explotaran; y como por entónces la mayor flaqueza de aquellas buenas gentes consistiera en la credulidad, y en la manifiesta tendencia de las clases inferiores á açeptar por evidente lo sobrenatural, la explotacion fijábase con notables facilidades en el flanco debilitado por las preocupaciones religiosas. Fomentando, los mejor intencionados, un saludable fanatismo, creian cerrar á la inmoralidad todas las puertas, sin advertir que viciando el espíritu inculto de las masas con supuestos misterios y artificiosas y ridículas práticas, daban cabida á perniciosos extravíos y ancho campo dejaban á Satanás para establecer en propio beneficio desvergonzada competencia. Prueba evidente de tan lamentable credulidad y pecaminosas supercherías, lo fué por largo tiempo el ascendiente, casi supersticioso, que ejerció Sántos Zárate entre los campesinos de los Valles de Aragua: quienes le suponian en relaciones íntimas con el espíritu maligno, amén de otras patrañas de la especie, que el astuto bandido fomentaba, haciéndose pasar entre los mismos forajidos de su banda por ente sobrenatural, gracias á la extremada suspicacia que le distinguia, al misterio de que en ocasiones se rodeaba y al auxilio fantástico de una especie de enagenada que tenia privadamente á su servicio, la cual pasaba por adivina y bruja no sólo entre la plebe de toda la comarca, sino entre los mismos compañeros

de tan insigne malhechor.

Esta especie de Sibila, conocida en el país con el simbólico apodo de *la bruja*, era una india semi-salvaje, sucia, vieja, harapienta y fantástica, sin hogar conocido, la cual, de tarde en tarde, fastidiada de mendigar en las encrucijadas de los caminos públicos, visitaba los caseríos y las aldeas de la comarca so pretexto de vender amuletos, plantas medicinales, y aromáticas raíces, sin perjuicio de ejercer la lucrativa industria de demandar la caridad y decir la buena ventura por dos cuartos á los que se pagaban de misteriosos vaticinios. Cuando se presentaba en poblado esta extraña criatura, á quien se le atribuian influencias maléficas, apresurábanse sobre todo las madres de familia á comprarle sin regatear las baratijas que les ofrecia en venta, temerosas de que pudiera hacer *mal de ojo* á sus chicuelos si no la complacian, ó atraer sobre el humilde hogar que visitaba el enojo de los malos espíritus. Los ménos preocupados de nuestros campesinos la veian con recelo; y no habia gañan bastante osado que al encontrarla en su camino no la saludase con respeto y que luégo no se santiguase, hasta tres veces, para poner á salvo de perniciosas influencias la yunta que le acompañaba y la propia persona.

Por medio de esta temible enagenada, digna de lástima para los ménos rústicos, y de otros espías

ménos visibles é indiscretos, hallábase al corriente, Sántos Zárate, de cuanto pasaba en los lugares que pretendia asaltar, ó en los pueblos que le importaba vigilar; y seguro de no caer en asechanzas, no daba golpe en falso, y crecia su funesto renombre y se multiplicaban sus hazañas vandálicas, sin que fuera bastante á reprimirlas la obstinada persecucion que se le hiciera, ni el número de tropas que de ordinario contaba la provincia.

No ménos poderoso que el dominio absoluto que ejercia entre los suyos tan audaz bandolero, era el terror, casi supersticioso, que imponia en la comarca; y como hasta en el crímen llega el hombre á sentirse halagado por las sugestiones de un satánico orgullo, nada exaltaba tanto la vanidad de aquel malvado como el espanto que infundia su funesto renombre.

A fuerza de penetracion y suspicacia, Zárate, habia llegado á hacer creer á sus propios adeptos que poseia la socorrida facultad de la adivinacion, que no habia medios de engañarle ni de sustraerse de sus crueles venganzas: y numerosos ejemplos de tan extraña facultad citábanse entre los individuos de su banda, sometidos á veces á severos y violentos castigos por faltas que nadie sospechaba, y que si bien no se habian realizado, cabida les habia dado el pensamiento.

A estos castigos, siempre inesperados, precedian de ordinario para hacerlos más aparatosos y terribles los acusadores sortilegios de la pretendida Sibila, y no habia ejemplo de que ésta dejara de indicar al verdadero culpable, quien de ordinario pagaba con la vida la menor infraccion contra la disciplina establecida ó la moral vandálica de tan cautelosa asociacion.

Pero sin extendernos más en referencias, veamos cómo se practicaban en las selvas estos actos de severa justicia.

## III.

## Sibila y madre.

—

Cuando Olivéros, á la mañana siguiente de su entrevista con Damian, llegó seguido de Tumusa y del travieso Golondrina al sitio del Tierral, donde se hallaba establecida, en un extenso claro de la selva, una de las principales rancherías de la banda, sola encontró á la pretensa *bruja* acurrucada medio desnuda junto al fuego que ardia bajo el ahumado cobertizo de uno de los ranchos, ocupada en coser al rescoldo unas cuantas batatas que contaba engullirse por via de desayuno.

Mucho ántes de la llegada de Olivéros, aquella extraña mujer, que de contínuo hablaba sola, cual si realmente conversase con intelocutores invisibles, habia interrumpido algunas veces su sempiterno murmurar para decir en alta voz, atizando el fuego que chis-

porroteaba en el hogar.—Qué me quieres anunciar con esos ruidos candela del infierno? continuando luégo su incesante coloquio con los duendes y otros espíritus ménos inofensivos, con quienes de ordinario platicaba: —Los caracoles tienen alma chiquita; ya lo sé; pero despues de muertos nunca salen.......... ¿Por qué van al infierno?...... Y quién lo dice! la vieja de las pulgas, que se murió sin confesion comida de gusanos en el recodo de Las tres Cruces? y el ahorcado? y el *tuñeco* del Jambral ahogado en el añil.... Zape y rezape:

Y tomando puñados de ceniza caliente que lanzaba en rededor de sí, haciendo grotescas contorsiones, añadia con desprecio:

—A tí sí que te conozco, tacaño borrachon, que me negaste las *cotizas* del Sacristan de Santa Cruz; qué bien te habrá ido por allá.... Sí, como eres tan ladino, ya lo creo y tan amigo de lo ágeno...... Zape, garduño retajado, deja quietas mis batatas y come candela que es lo que tú mereces; y empuñando un enorme tizon con aire amenazante, gruñia iracunda dando á diestra y siniestra contra el suelo multiplicados tizonazos.—Sóplate esa, haragan, y dile al diablo á quien le sirves que te dé de comer.... —A mí no, yo tengo escapulario....— Qué me dices con eso? Si Cascabel te oyera!...... Sí, perra vieja, es mi hijo, yo tambien soi mujer...... Porque á nadie lo digo?......

Pues salió de mis entrañas...... Qué no está confirmado? Qué le importa; con los huesos de zapo que le he puesto de rosario está libre de daño...... — Mentira! no fué por él sino por tí, embustero, por quien le cortaron las alas á *Zamuro*...... Mírenlo allí, tan repasado de sin vergüenza, nunca trajiste cosa que valiera: cuando no conociste mujer!...... — A mí con esas?...... Te equivocas...... Si no te despachan tan pronto, aleluya, ya tenia preparadas las cartas para hacerte bailar en la cuerda. Y como la leña un tanto verde que alimentaba el fuego, tornase á chisporrotear metiendo mayor ruido, la *bruja* cesaba de platicar con los espíritus, para de nuevo preguntar á las llamas, lo que querian anunciarle. A la tercera vez que oyó sonar el fuego quedóse pensativa, y haciendo luégo ademanes violentos como para despedir á sus invisibles é importunos interlocutores, exclamó sobresaltada:

—Pronto, pronto, váyanse todos, viene gente; y á no ser el demonio en persona quien se acerca, con intencion de atenazearme las entrañas, debe ser mi compadre que puede más que Satanás.—Fuera, fuera, todo el mundo á su oficio; ya te miro Panaque, ¿quiéres quedarte escondido debajo del caldero para robarte mis batatas? Cuenta, haragan, que he de hacerte apalear. Y prestando atencion á los lejanos ruidos de la selva que venian hasta ella, añadió des-

pues de largo rato de silencio.—Todos se han ido, y han hecho mui bien, porque los que sean ya están aquí.

—Tanacia, dijo Olivéros deteniendo su mula y desmontándose junto al ahumado cobertizo, ¿ dónde está Lagartijo y la gente ?

—Era él, no me engañé, dijo la india para sí sin volver la cabeza, sonaba tanto la candela que no podia ser otro.

—Ea ! bruja del diablo ! exclamó Olivéros, impaciente, no has oido lo que te he preguntado ?

—Sí.

—Y por qué no contestas ?

—Porque tú bien lo sabes.

—Sé que deben hallarse en las alturas de Tucupido.

—Y allí están.

—Pero el lugar preciso donde están acampados ?

—La cumbre del Picacho.

—Vé á llamarlos, dijo Olivéros, volviéndose á Tumusa, y tú Golondrina, agregó luégo dirigiéndose al negrillo, guarda dentro el cuarto el bastimento y acomoda la mula donde coma.

—Te tragara la tierra ! dijo entre dientes, la Sibila, lanzando á Golondrina una mirada rencorosa.

Y éste no quedándose corto en confirmar las poco amistosas relaciones que existian entre él y la

adivina, exclamó intencionalmente al pasar junto á ella, con el saco de provisiones:

—*Foo!* cómo apesta á azufre esta cocina.

—Estamos hoi de fiesta Tanacia, dijo Olivéros acercándose al fuego para encender un tabaco. Prepárate á echar las cartas y á bailar de lo lindo.

—Quién es el agraciado? preguntó reposadamente la india, devorando una batata.

—Cuando sea tiempo lo sabrás.

—Mejor será que me lo digas de una vez, para no romperme luégo la cabeza.

—Descuida; poco tendrás que cavilar, porque el culpable se denunciará él mismo; pero en el caso de que logre no morirse de miedo en el fandango, Golondrina te lo señalará dándole de beber.

—Entónces tendremos aguardiente! exclamó la india con exaltado gozo.

—Para tí solamente; y cuanto quieras, le contestó Olivéros.

Y penetrando en la única pieza que cobijaba el rancho se acostó en un chinchorro que colgaba de las varas del techo.

Al oir tan halagador ofrecimiento, Tanacia olvidó las batatas y se puso de pié rápidamente, ostentando en toda su fealdad las descarnadas formas, veladas sólo en parte por mugrientos andrajos; asi como su talla enjuta y elevada extraña á nuestra raza indígena, y una

cabeza todavía más extraña á un sér medianamente racional. Pobladas crines, ásperas y revueltas, que no otra cosa parecian sus cabellos, cubríanle el cráneo desde el nacimiento de las cejas, y en desordenados mechones descendian sobre rostro y espaldas ocultando las hundidas mejillas, y no dejando ver sino confusamente las grotescas facciones de la india, iluminadas sólo por un ojo de fuego, negro, redondo, fosforecente y á veces fascinador como los de ciertas aves de rapiña, y que mui bien suplia el eclipse total del compañero, velado por una espesa nube, blanca y sin movimiento, como un pozo de leche coagulada.

—Dame á probar de tu aguardiente, dijo la india plantándose á la puerta del cuarto en ademan resuelto. No bebo hace seis dias y me muero de sed.

—Guarda las ganas para el comienzo de la fiesta, le contestó Olivéros meciéndose pausadamente en el chinchorro.

—Un poquito, no más, para calentar el estómago; añadió la adivina con tono suplicante.

—Te he dicho que más tarde.

—Más tarde no, ahora mismo.

—Déjame en paz.

—No! yo quiero emborracharme desde ahora, ó no conjuro al diablo, ni echo las cartas, ni hai ahorcado......

—Verémos, si te atreves á desobedecerme.

—Demonio, rugió colérica la india por la contrariedad, dame el aguardiente que me ofreces ó te bebo la sangre.

—Si no te callas, perra bruja, y me dejas tranquilo, gritó Olivéros perdiendo la paciencia, te cuelgo por las patas y hago que Golondrina te desuelle.

Tanacia se desató en imprecaciones, y retorciéndose los descarnados brazos, intentaba acaso ejecutar su irrisoria amenaza, cuando con voz chillona oyó exclamar tras sí, á tiempo que le aplicaban á la desnuda espalda un tizon encendido:

—Tome, mamita, para que se refresque.

La vieja lanzó un agudo grito de dolor y de rabia, á que hizo eco una estrepitosa carcajada que salió del chinchorro, y revolviéndose frenética, se arrojó sobre el taimado Golondrina quien, blandiendo el humeante tizon, echó á correr hácia el medio del claro, provocándola con groseros sarcasmos. Ciega de ira y con agilidad no propia de sus años, Tanacia persiguió al negrillo esforzándose en ponerle la mano; pero éste más listo y peor intencionado, la hizo dar varias vueltas al rededor del claro, hasta que juzgándola cansada detúvose de pronto con el tizon en alto y el sombrero en la mano, en la actitud del toreador que espera la partida del toro. La vieja con las manos crispadas, y brotando llamas por el ojo sin nube, se le echó encima cual si fuera una furia; pero el negrito

evadió con destreza la garra amenazante que pretendia atraparlo, y usando del tizon, cual de una banderilla, lo plantó en el enjuto pecho de su víctima arrancándole un nuevo grito de dolor.

—Y diran despues que no las sé pegar! exclamó gozosamente Golondrina.

En el paroxismo del furor, Tanacia tornó á embestirle con desesperacion, y el tizon por tres veces le achicharró las carnes; siendo el último choque del tizon con los huesos, tan violento, que la infeliz cayó de espaldas aullando maldiciones y revolcándose en el suelo.

—Echale agua para que se refresque, gritó Olivéros desde el rancho.

Y el obediente Golondrina ántes de que la vieja tornara á levantarse, se lanzó á la cocina y, un instante despues, volvió cargado con un balde rebosado de agua, que derramó cumplidamente en la cabeza de la bruja. Luégo le cedió el campo; con la ligereza de una ardilla, trepó á lo alto de un viejo matapalo, y colocándose á horcajadas sobre una gruesa horqueta, se dió á cantar, á media voz, sarcásticas coplillas alusivas á su iracunda víctima.

Esta se levantó bufando y fué á sentarse al pié del árbol no sin intentar ántes escalarlo, y allí entre espumarajos y blasfemias que brotaban de sus convulsos labios se quedó murmurando:

—Tú me la pagarás, mono maldito; aborto negro del infierno, tú has de bajar de ahí. Si fuera á tí á quien colgaran esta tarde, como me reiría yo viéndote palatear.

Luégo fué bajando gradualmente la voz; pasó de maldecir á Golondrina, que al parecer se habia dormido, á platicar entre dientes con los malos espíritus, sus sempiternos interlocutores; y todo quedó por largo tiempo en el mayor silencio, turbado apénas por los vagos rumores de la selva y el lejano reclamo del paují oculto en la espesura.

A cosa de las tres de la tarde, unos cuantos cañones de carabinas asomaban por entre las malezas que rodeaban el claro, y un hombre enjuto, débil de cuerpo, pero de rostro varonil y salvaje, se adelantó sin hacer ruido, seguido de Tumusa hasta el medio del claro.

—Que *pelizorrero* que vienes, Lagartijo, exclamó burlescamente Golondrina, desde la elevada horqueta del mata-palo, - la zurra del Piñonal como que te ha *avispado.*

—Dónde está el capitan? preguntó Lagartijo buscando con los ojos á su interlocutor entre las ramas de los árboles, y sin cuidarse de los intencionados sarcasmos, que seguia prodigándole el negrillo, tornó á preguntar con impaciencia.— Vamos, ¿dónde está el capitan?

—Donde no lo hallarás, costestó Golondrina.

—Yo lo dejé en este rancho, dijo Tumusa, saliendo á la sazon del ahumado cobertizo, en que yacian carbonizadas, entre las frias cenizas del hogar, las sabrosas batatas que Tanacia pusiera á coser en la mañana.—Pero ya no está aquí.

—Tampoco está la mula donde yo la amarré, agregó Golondrina, con alguna inquietud. Y deslizándose con asombrosa rapidez por un bejuco desde lo alto del árbol, cayó adrede sobre la acurrucada Sibila que, dormida hacia tiempo, despertó sobresaltada, voceando maldiciones.

Durante este corto diálogo y el descenso del negrito, una treintena de hombres armados de carabinas y *machetes*, sucios los más y andrajosos, pero de fisonomías resueltas y feroces, habíanse ido agrupando alrededor de Lagartijo, y mudos y cuidadosos cual si les amagase un peligro desconocido, veian á todos lados con recelosa timidez, cuando entre el mismo grupo que formaban resonó una voz imperiosa que, sorprendiéndolos á todos, los hizo estremecer.

—No están todos aquí, dijo la voz, faltan Mogote y Picadillo.

Y entre el círculo que presurosamente hicieron los bandidos al rededor del que así hablaba, apareció Sántos Zárate como caido de las nubes; ceñudo el rostro, altivo, amenazante y con tal expresion de ferocidad y en-

vanecimiento de la propia pujanza, que casi podria decirse que no era el mismo Olivéros que hasta este instante conocemos.

—Picadillo, capitan, se ha retardado, díjole respetuosamente Lagartijo, porque está herido en una pierna y no puede andar como nosotros.

—Y el bellaco de Mogote?

—Aquí está capitan, aquí está, dijo acercándose pausadamente al grupo una especie de enano de robustas espaldas, cargado con un saco algo voluminoso y mui pesado, que dejó al detenerse deslizar suavemente á los piés.

—Botaste parte del pertrecho en la loma del Jenjibre. ¡Vagamundo! dijo Zárate, encarándosele al enano.

—La mochila estaba rota, capitan, contestó Mogote, acobardado; pero lo recogí todo sin perder ni un cartucho.

—Ya lo sé, y te escapas por eso de recibir una paliza.

Los treinta forajidos, incluso Lagartijo y Tumusa, quedaron asombrados de que supiese el capitan lo que en la loma del Jengibre aconteciera al enano, cuando ellos mismos lo ignoraban. Y dándose á atribuir á doble vista lo que nada tenia de sobrenatural, nadie paraba mientes en que Zárate, de suyo desconfiado, no excusaba ocasion de vigilarlos; y bien habia podido sa-

lirles al encuentro á mitad del camino, y oculto en la espesura de la selva espiarlos fácilmente y seguirles los pasos sin inspirar sospechas, como habia acontecido.

—Por lo que hace á Picadillo, añadió Zárate, acrecentando la sorpresa que se pintaba en todos los semblantes, bueno es que vayan dos á darle ausilio para que salga de la quebrada donde ha caido desrriscado.

Y llevando á parte á Lagartijo y á Tumusa, sus tenientes, dióles algunas instrucciones referentes al plan que meditaba; y terminó diciéndoles, con jesto y tono que no admitian la menor réplica:

—Oíganlo bien: mi objeto es alborotar lo más posible y llamar la atencion por todas partes, ménos en las inmediaciones de Turmero. Nos dividiremos, pues, como ya les he dicho en cinco grupos, que encabezarán ustedes dos, Juan José, Manuelote y Paují, cada cual toma por su lado, y mañana en la noche hacen alguna diablura en los lugares que les he designado; tratando de hacer creer que soi yo mismo quien á la vez estoi en todas partes. Despues, se dan por muertos y no se dejan ver en toda la semana; pero el dia de la fiesta, por la noche, deben hallarse todos reunidos en el cacagual de Villégas, junto á la madre vieja de la botada de la asequia. Allí me encontrarán.

Luégo les dió la espalda, llamó á Tanacia que regalaba á la sazon con golosinas á uno de los bandidos por quien tenia suma prediIeccion, y se encaminó al rancho, donde ya le esperaba Golondrina.

Tendiéronse entretanto los bandidos sobre la espesa hojarasca á la sombra de los copados árboles, y entretenidos en devorar algunos *papelones* que se les repartieran, trascurrió media hora, que ocupó el capitan en hacer emborrachar á la Sibila.

—Vamos, Golondrina, dijo Zárate, echándose en el chinchorro apénas llegó al rancho, haz las paces con tu amiga Tanacia, y cuida de que no tenga sed en todo el resto de su vida.

—Si te me acercas, carbon de Satanas, gruñó la vieja desde el ahumado cobertizo, amenazando á Golondrina con una gran navaja, te despellejo vivo. No haz de salir de ahí, sin que te rebane el pescuezo: ya verás, ya verás.

—Y tanto como la quiero yo, mamita, dijo burlescamente el travieso negrillo abriendo el saco de provisiones y sacando un frasco de ginebra, que en seguida destapó con los dientes y lo comenzó á vaciar en una vieja totuma con estudiada lentitud, de manera que al caer el líquido hiciera mucho ruido.

—Qué suena? murmuró Tanacia incorporándose. Habráse visto sin vergüenza mayor!

Mas, luego á luego sorprendida de la prolongacion

de tan extraño ruido, sacudió negativamente la cabeza, abrió la boca con deleite indecible y esponjó las narices.

—Me habia engañado! dijo.

Y como el ruido continuase, y alcóholico olorcillo se esparciera viniendo á acariciarla, tiró á un lado la navaja, arrastróse hasta el quicio de la puerta, aspiró con voluptuosidad la viciada atmósfera que trascendia del cuarto, y atraida como por fuerza irresistible, se fué acercando á Golondrina, olvidada al parecer de los justos rencores que abrigaba contra el despiadado muchacho.

Sentíala éste venir aparentando no mirarla, pero al tenerla delante dió un paso atras con simulado sobresalto, y ocultando con presteza la *totuma* y el frasco detras de las espaldas, exclamó con fingido terror:

—Oh! no me coma.

—Quién te dice, angelito, que te voi á hacer daño! balbució la Sibila con zalamera dulcedumbre y encendido el sin nube de báquicos deseos.

—Poco á poco, agregó Golondrina evitando el contacto de la crispada mano que se extendia hácia él. Si me toca siquiera, boto el caldo.

—Serias capaz de tamaño pecado?

—Si ya U. no me quiere,...... dijo el rapaz con tono compungido.

—Y quién lo dice! más que á mis caracoles! gruñó la vieja acariciando á su verdugo con singulares muecas; pero, dame un poquito.

—Sí así fuera U. siempre......

—Lo seré miéntras viva, serafincito mio; pero no seas mezquino.

—Vaya! Pues me ha ablandado el corazon! exclamó el taimado negrillo, presentándole la *totuma.*—Dos traguitos no más.

—Tanacia agarró la vasija dando muestras de infinito alborozo, y despues de apurarla con suprema avidez, exclamó relamiéndose:

—Dame más, dame más.

Silencioso entretanto, entre las mallas del chinchorro, Zárate parecia dormitar.

—Temo que te haga daño tanta malva, dijo el negrillo á la sedienta vieja.

—Oh! no seas *pichirre*, agregó ésta con desesperacion, dame más y te bailo la *llora.*

—Baílesela al diablo, mamita, que se la enseñó á bailar......

—A quien tú quieras, caracolito mio, á quien tú quieras, aullaba lastimosamente la vieja, presentando con instancia la *totuma.*

Esta se llenó de nuevo hasta los bordes y Tanacia por segunda vez la apuró hasta las heces.

—Ahora, mi lucero, agregó Golondrina, arréglese

para empezar la fiesta ó no hai más aguardiente.

—La fiesta! exclamó la Sibila estremeciéndose, lo habia olvidado, y caigo ahora en que he de echar las cartas.

—Arriba, pues! y despezúñese en el baile, insistió maliciosamente el muchacho.

—Sabes tú, quién va á ser el ahorcado?

—Qué le importa?

—Tú vas á darle de beber.

—Sabe U. más que yo.

—El me lo dijo esta mañana, agregó la vieja indicando el chinchorro.

—Yo haré lo que me manden; pero vamos que es tarde, póngase la casulla y el rosario ó no se bebe lo que queda en el frasco.

—Lo quieres tú, y lo mandas? ya voi á complacerte; pero despues no me lo niegues.

—Le empeño mi palabra.

—Por tan poco?......

—Tengo en el saco otra botella.

—Entónces, tu palabra es de rei, dijo gozosamente la Sibila. Y gruñendo frases entrecortadas, y haciendo gestos y aspavientos que acusaban el principio de violenta embriaguez, fué á sacar de un lío de trapos sucios, oculto en el más oscuro rincon del aposento, un triple collar de caracoles con que adornó su cuello; una especie de chal descolorido, que prendió

de sus hombros, como grotesca clámide; una *maraca* cubierta de figuras diablescas, cuyo desmesurado mango era una tibia humana sin pulir; un juego de naipes con exceso grasiento y una carcomida calavera de cristiano que ocultó bajo el chal. Despues se echó á la espalda las reacias crines, poniendo en evidencia los desperfectos de su rostro, y miéntras Zárate, que ya habia despertado, revisaba la cazoleta del trabuco y luego, sable en mano, saliera á disponer el escenario de la lúgubre fiesta que preparaba á sus descuidados aparceros; Tanacia, siguió apurando el aguardiente que en pequeñas porciones y con estudiada malicia le propinaba Golondrina.

—A formar todos! gritó Zárate, con imperioso acento, blandiendo en medio al claro el sable que empuñaba.

Y presurosos, corrieron los bandidos á formarse en dilatado círculo al rededor de su terrible capitan, quien arrojando al suelo la repleta escarcela de piel de zorro que llevaba terciada, agregó con gesto de superioridad, dirigiéndose á Lagartijo:

—Divide ese dinero en treinta y dos porciones y repártelo.

Un sordo rumor de satisfaccion y alegría produjo tan generosa dádiva, y miéntras que Lagartijo ejecutaba el ordenado reparto, Zárate, prosiguió fascinando á sus gozosos compañeros, con halagadoras promesas.

—Diez veces más de lo que apañan hoi, ofresco repartirles la semana que viene, si me sale derecho lo que tengo pensado, terminó por decir; pero eso sí, que no haya miedo, ni falte nadie al toque de arrebato, porque entónces haré que se repita lo que nos falta por ver y ejecutar ántes de puesto el sol.

Con el asombro que produjeron estas postreras frases, preñadas de amenazas, cesaron como por ensalmo la animacion y alegría de aquellos foragidos, y hasta los más audaces quedaron consternados. Pavoroso silencio reinó á partir de aquel instante, en el claro que ocupaba la banda; pero no bien terminó Lagartijo de repartir todo el dinero, inmenso grito de general asombro resonó entre el concurso, y paralizados de terror todos los corazones, vieron aparecer á la Sibila, quien, dando saltos y aullidos cual una endemoniada, penetró en el cerco formado por la banda al rededor de Zárate, y comenzó á girar en torno á los bandidos exhibiendo á todas las miradas los conocidos y amenazadores instrumentos de sus terribles sortilegios.

—Hai un traidor entre nosotros, dijo Zárate levantando la voz, y es necesario castigarlo.

—No escapará, gritó la vieja sacudiendo con furia la ruidosa *maraca*. Por mucho que se oculte el taimado las cartas lo denunciarán y morirá colgado.

—Vamos, pues, haz tu oficio, descúbrelo, exclamó

Zárate, yendo á formar junto con Golondrina entre sus procesados compañeros.

Y sola quedó la supuesta Sibila en medio del espacioso círculo.

Ni una palabra de protesta, ni el menor ademan de rebeldia se escapó á aquellos desalmedos, en ocasiones tan feroces y audaces; sumisos todos, inclinaron la frente, y cada cual se entregó á analizar las propias faltas, temiendo hallar en ellas, siquiera asomos de la terrible culpa que se les imputara y que de fijo pondria la bruja en evidencia, á favor de sus infalibles artificios diabólicos.

.Tras breves instantes de silencio y de recogimiento, Tanacia, trazó en el suelo con la tibia que servia de mango á la *maraca* un círculo menor que el que formaban los bandidos, y tantos rádios como individuos la rodeaban. Luégo puso en el centro de las cruzadas líneas, la humana calavera, lanzó sobre ella como lluvia siniestra todo el juego de naipes y murmurando fraces cabalísticas tornó á girar al rededor del círculo en fantástica danza al són de la *maraca*.

Lívida palidez, como espantosa máscara, cubria la generalidad de los semblantes. Todo gesto de aquella endemoniada dirigido con especialidad á éste ó aquel bandido, era tomado por augurio funesto ó directa amenaza; toda mirada intencionada los hacia estremecer. Y la incesante danza continuaba; y cada vez más

rápida en sus giros, la espantosa Sibila, pasaba y repasaba al rededor del círculo cual fantástica sombra.

Al fin lanzó un aullido lúgubre, detúvose de pronto, y despues de mesarse los cabellos prorrumpiendo en lastimeros alaridos, arroja por tierra la *maraca*, coje con rapidez la calavera y suspendiéndola en las crispadas manos á todo el largo de sus desmesurados y esqueléticos brazos, comenzó á conjurar los malignos espíritus con imprecaciones infernales.

El instante supremo de la revelacion habia llegado. Con excepcion de Zárate y del travieso Golondrina, manifiesto terror dominaba á aquellos salteadores; pero entre todos ellos, y más que todos, pálido y abatido, señalábase un indio de treinta años que apénas si podia sostenerse de pié.

—Mírale la cara á Cascabel, murmuró Zárate con sarcástica risa, al oido de Golondrina.

—Vaya un susto! exclamó con indiferencia él negrillo.

—Bueno es que tome un trago para que le pase.

Golondrina recordó entónces lo que le habia dicho la Sibila, y estremeciéndose, no obstante su probada maldad, inclinó la cabeza y se dispuso á obedecer.

—Todavía no, díjole prontamente su terrible vecino. Se enojaría Tanacia.

Poco duró sin embargo semejante pretexto de consideracion. Agotado el vocabulario de las imprecaciones, la bruja tornó á girar de nuevo al rededor del círculo; pero esta vez con extremada lentitud, presentando á cada individuo, y á la altura del rostro, la repugnante calavera, y examinando luégo la impresion que semejante espejo les causara. Al llegarle el turno á Cascabel, la vieja pretendió seguir sin detenerse á examinarlo, pero al fijar en él una mirada, acaso cariñosa, miró estampadas en el rostro del indio tales muestras de abatimiento, terror y culpabilidad, que no obstante la embriaguez que la dominaba, retrocedió espantada, y un grito de desesperacion y de dolor se le salió del pecho. Halló fuerzas empero para vencer su agitacion, y sin mirar á Cascabel, continuó la grotesca pantomima hasta llegar á Zárate.

—Está ya descubierto? preguntó éste con voz sorda.

—No, balbuceó Tanacia. Los espíritus callan.

—Los espíritus hablan, gritó Zárate. Descúbreme el traidor ó te cuelgo ahora mismo.

Y aplicando á las espaldas de la bruja unos cuantos azotes con un chaparro que arrebatara á Golondrina, dijo á éste, á tiempo que Tanacia dando aullidos corria desatentáda al rededor del círculo.

—Ve á darle de beber.

Sorprendidos quedaron los bandidos de que la bruja

no hubiera delatado al culpable; pues no habia ejemplo de que en casos análogos al terminar la inspeccion de las fisonomías, como acababa de hacerlo, no gritase, señalando alguno, "Este es el delincuente."

En tanto que Golondrina fué á buscar una botella de aguardiente, la Sibila repitió por dos veces la anterior escena, sin detenerse á contemplar á Cascabel, ni pregonar el culpable. Pero al ejecutar por cuarta vez su lúgubre inspeccion al rededor del círculo, ya el negrillo habia vuelto, y cuando la vieja llegaba cerca de la víctima que para todos ya estaba declarada, vió á Golondrina que ofrecia á Cascabel el anunciado trago. Tanacia retrocedió aterrada, dando agudos alaridos y luégo precipitándose hácia el indio le cubrió con su cuerpo.

—Está descubierto, exclamó Zárate.

—No es él, no es él, gritó Tanacia, los espíritus dicen que no es él.

—Mientes, bruja maldita.

—El que miente eres tú!

—A la cuerda el traidor.

Diez brazos vigorosos separando á la vieja se apoderaron de Cascabel, quien casi muerto de terror no opuso resistencia.

—No lo cojan, es inocente, está bendito, exclamó la Sibila, ó ha de venirle daño al que lo toque.

—Pronto, exclamó Zárate, al ver que los bandidos

titubeaban, y aplicando á la bruja un furioso puntapié.—Cuélguenlo, dijo.

—Perdónalo, perdónalo, es mi hijo, es mi hijo, exclamó Tanacia incorporándose, y con tal acento de dolor, que los que ya ponian al cuello de Cascabel la cuerda para ahorcarlo se detuvieron indecisos.

Zárate dió un salto hácia ellos, armó el trabuco, salió el tiro y Cascabel cayó muerto á sus piés. Cuélguenlo ahora, repitió.

—Demonio, tú no tienes entrañas, vociferó Tanacia mesándose los cabellos con desesperacion, y prorrumpiendo en desgarradores alaridos, cayó de nuevo de rodillas murmurando con voz ahogada por violentos sollosos. Malvado; tú me la pagarás, tú me la pagarás.

Zárate no escuchó semejante amenaza. Frente al cadáver de Cascabel que atado por el cuello izaban dos bandidos á una de las ramas del jigantesco mata-palo, dividió en cinco grupos los treinta foragidos de la banda, é indicándoles el lívido despojo de Cascabel que se balanceaba en el aire como el horrible péndulo del reloj de la muerte, exclamó con acento terrible:

—Así perezcan todos los traidores!

Y despues de algunos minutos de silencio que nadie osó interrumpir, añadió ordenando á Mogote repartir el pertrecho encerrado en el saco:

—Ahora á revolverlo todo, haciendo mucho ruido;

y el sábado en la noche, todo el mundo en el sitio que ya tengo indicado.

Apénas puesto el sol, la ranchería quedó desierta y silenciosa: la noche sobrevino en el espeso bosque ántes que los postreros reflejos del crepúsculo se estinguieran en las altas colinas. La oscuridad fué convirtiendo en masa informe de profundas tinieblas la pavorosa selva: los gruesos troncos de los árboles, como columnas negras, bajo la bóveda sombría que soportaban, desaparecieron lentamente hasta fundirse en impenetrable lobregues. Y corrieron las horas. Y alta la noche, despues de algunas ráfagas de viento que azotaron con fracaso el espeso follaje, produciendo el acompasado y majestuoso ruido de las olas al romperse en dilatada playa, se levantó la luna; y sus plateados resplandores se extendieron sobre el sombrío ramaje de la selva; y un rayo de luz ténue penetró en la espesura é iluminó un cadáver que colgaba de un árbol á la orilla del claro, y dejó ver confusamente á una mujer acurrucada bajo el horrible muerto.

La bruja, la embaucadora, la Sibíla, cedia el puesto á la madre; los labios de aquella desgraciada plegados por un gesto de profundo quebranto, no murmuraban como de ordinario frases entrecortadas y diabólicas; en cambio, como rios de dolor, surcaban las enjutas mejillas gruesas y abundantes lágrimas.

---

## IV.

## Proyectos descabellados y una ilusion más, desvanecida.

—

Profunda alarma reinaba en la Provincia. En poco más de una semana, á contar de la súbita muerte del pretendido Zárate en la plaza mayor de La Victoria, habíanse multiplicado los escándalos de tan insigne malhechor. El combate del Piñonal, la captura y persecucion de Bustillon, la sorpresa dada á Marcial Díaz en el camino de La Quinta, y algunas raterías de poca monta cometidas con inaudita audacia en distintos lugares, bastaban y sobraban para mantener en constante zozobra á los tranquilos moradores de toda la comarca, cuando nuevos sucesos, por demas alarmantes, y por sobre todo credulidad incomprensibles, vinieron á sobrepujar las anteriores fechurías del pertinaz malvado, haciendo subir de punto la indignacion de las autoridades y el espanto de las gentes. Zá-

rate se habia excedido á sí mismo ejecutando un imposible que nadie se explicaba: en una misma nóche, (por cierto no más larga que las que median de ordinario en nuestra zona, entre los dos crepúsculos) y en la extension de muchas leguas, habia asaltado una casa de campo en las inmediaciones del Consejo; invadido el caserío de Soáta atropellando cruelmente á los vecinos; asesinado en Tocoron á un honrado labriego; combatido con ventaja el campo-volante del camino de Choroní; y puesto á saco con insolente escándalo la más acreditada pulpería de las afueras de San Joaquin.

Aunque del todo impracticables por una misma mano fueran aquellos atentados, cometidos á tantas leguas de distancia y en tan corto tiempo; llovian, no obstante, á las diversas alcaldías acusadores partes confirmando los consumados crímenes, contestes todos en señalar al mismo bandolero como el personal actor de semejantes fechurías en tan diversos y apartados sitios. Y nadie se permitia dudar de la veracidad de los que aseguraban, bajo juramento, haberle visto practicar tamaños desafueros, ó se quejaban de haber probado de la recia mano del bandido alguno brusca y más brutal caricia. ¿Qué pensar? ¿qué creer? ¿Aquel hombre era realmente el diablo? Mucho se lo temian algunos, y, la supersticion hacia prosélitos hasta en los ménos crédulos.

El despecho y la exasperacion de las autoridades provinciales habia llegado al colmo. Semejante aventura á más del crímen que encerraba, era tildada de insolente provocacion á los encargados de vigilar y sostener la moral pública, de burla sangrienta al supremo decoro de la magistratura.

Los Alcaldes bufaban; los ciudadanos se declaraban impotentes para castigar como se merecian desmanes semejantes. El Jefe militar de la comarca tomó irritado toda la afrenta para sí, y echó á lucir todas las galas y amenazas de la fuerza armada: y hubo truenos y rayos, fanfarronadas de cuartel, movimientos estratégicos y operaciones fracasadas. En más de una apartada aldea fueron convocados los medrosos vecinos al toque de destemplada generala. Destacamentos de tropas regulares recorrian los caminos. En todas partes relucian bayonetas, y hormigueaban soldados, anciosos, á cual más, de satisfacer el justo enojo do sus burlados jefes; pero sin encontrar sujeto alguno sobre quien descargar el peso de la lei y de sus iras, que, mui bien atacadas llevaban todos juntos en el cañon de los fusiles.

No obstante la contrariedad de no topar al enemigo, hubo propósito de declarar en estado de sitio la Provincia; ¡y cual si hubiera resucitado Bóves, y corrieran aquellos dias de sangre que precedieron á las jornadas de La Victoria y San Mateo, y á la más

funesta de las derrotas en La Puerta, la agitacion era extremada, el alarma incesante y el pánico de nuestros campesinos subidillo de punto.

En circunstancias tan excepcionales, y de suyo difíciles, importante papel desempeñaba el doctor Bustillon, á quien pedian consejo las autoridades civiles, consultaban sus planes los jefes militares, y el público mimaba, acogiendo cual de infalible oráculo, cuantos asertos sentenciosos tenia á bien formular el taimado jurista que, astuto como era, echaba chispas afectando indignacion suprema, para mantenerse con ventaja á la altura del descontento general, y se inflaba de vanidad figurándose ya sobre la cúspide á que le empujaba su ambicion. Propicias le parecian las circunstancias para exhibirse de relieve y tratar de abrir brecha en el atrincherado recinto de la política, vedado á la oscuridad de su nombre y á los pecaminosos antecedentes de su vida; pero como práctico que era en artimañas y achaques de enredos, cifraba todas sus esperanzas en el conocido proverbio: *á rio revuelto ganancia de pescadores,* y hábilmente fomentaba el escándalo, insinuando sospechas, exajerando peligros y concediendo en fin, al audaz bandolero, pensamientos que nunca habia tenido, miras más altas que las que todos le reconocian y complicidades poderosas, para hacerle aparecer como inmiscuido en la política y solapado agente de ocultas tendencias

reaccionarias contra la paz de la República.

Lo importante era prender la mecha, atizar las pasiones, producir algo extraordinario capaz de alterar, no importa cómo, ni á qué costas, la tranquilidad pública; ¡hacer aparecer indispensable al restablecimiento del órden, á quien con aviesa intencion lo trastornara, y cosechar despues rica prebenda á favor de sus mañas.

Absurdas de todo punto eran sin duda las pretensiones del doctor. ¿Pero que escabel, por inmoral ó degradante, han rechazado jamas las desatentadas ambiciones? Subir es el anhelo, y nada importa que los peldaños de la escala que lleva á la opulencia, tintos estén en sangre, ó bañados en lágrimas, ó cubiertos de lodo; si á la postre, al victimario triunfador palmas le batirán hasta sus propias víctimas, y á los merecidos reproches y al coro de maldiciones que provocan los crímenes, contestará cínicamente sonándose el bolsillo: "Necios, llegué! Llegué á pesar de todo á la cumbre anhelada; arrastrándome á veces como inmundo reptil, levantándome luégo cual iracunda bestia, sin respeto por nada, pisoteando derechos, esgrimiendo calumnias y perfidias, ultrajando la agena honra y el propio decoro, vilipendiando la moral y la justicia, mintiendo siempre para ser creido, amenazando para ser respetado, diciendo, por conveniencia, no sentidas verdades para

engañar mejor, plegando ante los fuertes, abatiendo á los débiles y desafiando á Dios; pero llegué, llegué al fin tan deseado, y héme aquí, superior á vosotros, á pesar de vuestras hipócritas virtudes, de vuestro ridículo recato, amparo de vuestra nulidad, tácita expresion de la impotencia."

Así raciocinaba el buen doctor, cuando se le ocurria raciocinar sobre estas cosas que no vienen á cuento, perteneciendo como pertenecia á la especie, escasa allá en su tiempo, de esos prójimos cristianamente malaventurados, que por saciar sus apetitos dan al traste con todo, incluso con ellos mismos.

Acariciado Bustillon por los maquiavélicos proyectos que bullían en su mente, para alcanzar por medio de la política fácil y pronto encumbramiento, habia dado de mano en la ocasion á las descabelladas pretensiones de emparentar con gentes de elevado linaje; y á pesar del poco agrado que debiera causarle, ver acercar de nuevo el temido rival á la codiciada beldad por quien suspiraba todavía, mordido por los celos, el despecho y el odio, no se opuso á la órden que el coronel Gonzalvo enviara al capitan Horacio Delamar, de volver con sus fuerzas al acantonamiento que se le habia fijado, recorriendo de paso la márgen meridional del lago y los desparramados caseríos de aquella fértil zona.

Pero no obstante las habilidades del doctor, sus políticos planes amenazaron fracasar cuando ménos fuera

de esperarse. El fuego que atizaba era de leña verde, daba más humo que calor, ardia con lentitud, y al cabo se extinguió por completo, sin dejar otro rastro que un frio puñado de cenizas, al cual en vano pretendia recalentar con las llamas que calcinaban su cerebro y que avivaba el soplo de sus contrariadas pretensiones.

El espanto, que tan profundamente se habia extendido en la comarca, no duró muchos dias; á lo cual contribuyó, no poco, la favorable circunstancia de estar mui próxima la tan sonada fiesta de la patrona de Turmero, primordial ocupacion de todos los espíritus, satisfaccion del asíduo trabajo del laborioso pueblo, móvil de sus economías y orgullo de la localidad; fiesta solemne, tradicional, y cual ninguna apetecida, á la que de rigor era asistir por sobre todo inconveniente. Por otra parte, despues de aquella última y criminal hazaña, Zárate no aparecia á pesar del ahinco con que se le buscaba, ni habia tornado á dar señales de existencia; y no faltaba quien creyera que habia desaparecido de los Valles de Aragua dejando con tres palmos de narices á sus perseguidores. Verdad ó no, para la víspera del dia de la ansiada festividad, la calma se habia restablecido en la provincia, y al doctor Bustillon se le quemaban de ira las entrañas.

En aquellos momentos, Zárate, para él, no era más que un imbécil, un cobarde, un ratero, incapaz

de servir de sustentáculo á nada que no fuera menguado. Cordialmente maldecia el doctor en sus adentros, al inconsciente cómplice que así frustraba las mejor fundadas esperanzas; y volviendo los ojos con pesar y enojo, al más largo camino de sus aspiraciones, desechado un instante sin premeditacion, para seguir un rumbo que engañado juzgara más abierto y de más fácil acceso; se preparaba á urdir nuevas argucias para alejar á Horacio, que á la sazon volvia triunfante á hacer latir de amor el corazon de Aurora, y á entorpecer y acaso aniquilar completamete las arraigadas y viejas pretensiones del astuto jurista.

—Ai! Romeráles, si tú sirvieras para algo, decia el preocupado doctor á su amanuense, meciéndose en la hamaca á la sombra del corpulento tamarindo de su casa de Turmero, – las cosas no quedaban donde se han detenido, y mis proyectos no se verian frustrados.

Y Romeráles, que habia crecido en humos, por el sólo hecho de ceñir descomunal tizona durante tan azarosos dias, y haber vomitado, á borbotones, fanfarronadas y térnos insolentes, sin separarse un palmo de la plaza, donde se la pasaba distraido en contemplar los preparativos que se hicieran para la próxima corrida de toros: tales, como enterrar la pipa destinada al payaso, fijar la palizada del espacioso circo, y armar los tablados; contestó rápidamente á su señor, picado de vanidosa suficiencia:

—Yo sirvo para todo, mi doctor, hasta para curar el tabardillo.

Y esto diciendo, golpeaba ruidosamente la vaina de la espada, como indicando la lanceta de que habria de servirse.

—Si así fuera! exclamó suspirando Bustillon, podias hacerme un gran servicio.

—Y U. lo duda? replicó el amanuense. Eso es no conocerme! Cuando nos sitiaron en Valencia, el año de 14, reventé más postemas y ayudé á bien morir más *cahupines*, que balas nos llovian sobre el cuerpo. Y qué aguacero! Aquello sí que parecia un infierno, con su diablo encarnado en el viejo Escalona! Los muertos nos servian de colchon; asábamos la carne en los fogonazos del enemigo, y nos bañábamos......

—Qué diablos! exclamó impaciente Bustillon á quien no divertian por el momento las narraciones de su acólito. No se trata de asar carne, ni de reventar apostemas.

—Pues, de qué, entónces?

—De hacer ruido, de agitar el escándalo, de acometer una *hombrada*......

—Eso no más? Ahí me las den todas! A meter ruido no me ganan, ni repicando juntas unas vísperas todas las campanas de la iglesia; y en cuanto á lo demas, U. bien sabe que soi de pocas pulgas.

—Serias capaz de alzarte? preguntó de súbito el

doctor, sentándose en la hamaca, fijo en la idea que lo absorbia, y sin contar por exceso de momentáneo aturdimiento, con la pusilanimidad de su amanuense.

—De alzarme! repitió éste con asombro.

—Sí, de sublevarte, de ponerte á la cabeza de unos cuantos valientes, y escandalizar y repartir mandobles, y guerrear por tu cuenta!

—Pero contra quién? preguntó más y más asombrado Romeráles, abriendo tamaños ojos.

—Contra el demonio, contra todo el mundo, contra el Gobierno, en fin, si es necesario.

—Contra el Gobierno!!!

—Sí.

—Pero eso es imposible; replicó el amanuense retrocediendo amedrentado.

—Ya lo sé, porque eres un cobarde.

—Señor! yo soi amigo del Gobierno......

—Cuando se trata de alcanzar un fin político todo se sacrifica.

—Créame U. que no le entiendo jota de cuanto escuchan mis oidos, contestó Romeráles conturbado.

—Porque pasas de torpe.

—Puede ser......

—Mira, añadió el doctor, cual si estuviera delirando, si tú fueras capaz de segundar mis planes, te daba ahora mismo las cien onzas que tengo reservadas para un caso imprevisto detrás del gran armario, amén

del dinero suficiente, armamento y pertrechos para movilizar hasta cien hombres; y hacia de tí un temible faccioso, un ariete, un caudillo. Yo mismo te escribiria las proclamas contra el actual órden político, te ayudaria en privado con mis buenos consejos y en público con mi reprobacion. Tú disparabas tiros, provocabas conflictos, amenazábas entrar á sangre y fuego á todas partes, gritabas hasta desgañitarte y no dabas cuartel á los vencidos.

El doctor cobró aliento, y Romeráles que estaba hecho un estafermo, por decir algo, dijo inconscientemente:

—Y despues?

—Despues.....despues.....repitió Bustillon reflexionando, cual si realmente se encontrara en la situacion de resolver un gran problema,—despues....yo te apresaba; y sin más fórmula de juicio, para fijar de una manera conveniente, los carteles de mi indignacion contra tí, y la violencia de mi acendrado patriotismo, te fusilaba por la espalda, frente á la primera alcaldía que hubiese á mano.

—Jesus me favorezca! exclamó Romeráles trémulo de pavor, y apoyándose del tronco del gigantesco tamarindo para no cáerse de sus piés.

—Cómo se vé que no sirves para nada! dijo el doctor con profundo desprecio, acariciando contra el pelo al mimado gatazo, su inseparable compañero á la

hora de la siesta.—Ni para que te maten eres bueno; añadió rechinando los dientes. Cuándo no puedes ayudarme á conquistar ni un puesto de elector en las futuras elecciones. Mentecato! Y envolviéndose entre los pliegues de la hamaca con jesto de soberana indignacion, dejó plantado al amanuense, quien no alcanzaba á darse cuenta de semejantes desatinos.

V.

## Da tres vueltas y lo hallarás.

—

Camino de Garabatos por la vuelta del lago, marchaba entretanto nuestro garboso capitan á la cabeza de su ordenada compañía, ocupado ménos de la operacion militar que practicaba, que del grato recuerdo de su prima, de quien no podia apartar el pensamiento y á quien acariciaba y sonreia con la imaginacion. Mas no embargante el regocijo íntimo que experimentaba el capitan, al considerar que aquella misma tarde, de la que pocas horas le alejaban, tornaria á ver á Aurora y á abrazar á don Cárlos y á Lastenio, á quien amaba como al mejor de los hermanos y al más cumplido y leal de los amigos, sentíase extremadamente inquieto, sin saber á punto fijo á que atribuirlo, y hasta podia decirse que pesaroso y melancólico, cosas por cierto impropias de su temperamento y en abierta desarmonía con su carácter,

expansivo de suyo, franco, alegre, despreocupado é inconstante, dado á aventuras amorosas en que no se compromete el corazon, irreflexivo de ordinario, y hasta entónces no dominado por sérios pensamientos ni pasiones profundas.

Silencioso y absorto en los extraños sentimientos que le dominaban, sueltas las riendas sobre el tendido cuello de su caballo y al lento paso de sus pedestres compañeros, vencia Horacio la última jornada de su larga escurcion, bajo los rayos de un sol abrumador, sin cuidarse de cuanto le rodeaba, y sin fijar mayormente la atencion en las numerosas carabanas de gentes de los campos y de los pueblos comarcanos, que invadian á la sazon todos los caminos, con rumbo hácia Turmero, donde iban á celebrarse aquella noche con música y repiques, fuegos artificiales y otros ruidosos regocijos, las tan rumbosas vísperas de la gran festividad de nuestra Señora de Candelaria.

Y bien que merecia ser contemplado el pintoresco cuadro que ostentaban nuestras costumbres populares en aquella campestre romería; cuadro rico en detalles, por la diversidad de tipos, trajes y colores, cabalgaduras y rodantes vehículos, que, aislados resaltaban con lujosa pompa de brillo y colorido sobre el verde primaveral del fondo del paisaje, y que fundidos luégo caprichosamente en una sola masa, animada de exuberante vida, adquirian lineamientos fantásticos al

ser envueltos, como por trasparente gasa, entre nubes de polvo.

Dividido el extraordinario concurso, en numerosas agrupaciones, en las que á veces entraban vecindarios enteros, incluso el juez de paz y los señores comisarios de policía, movíanse de prisa los viandantes desafiando los rigores del sol, el polvo y la fatiga, sin detenerse bajo las espesas arboledas ó en las orillas de las cristalinos arroyos, sino el tiempo indispensable para cobrar aliento ó apagar la sed; y alegres, sonreidos, sonando gaitas y bandolas, y ruidosas maracas y rústicos tambores: y echando coplas al són de las guitarras los improvisadores, y repitiendo trovas los ménos inspirados, lucía todas sus galas la parte femenina de aquella regocijada multitud, brillando como de realce en el abigarrado conjunto, á par de los hechizos naturales, faldas nuevas de vistosos colores, encintados sombreros, camisas blancas recargadas de adornos, pañuelos de seda ó algodon con todos los cambiantes del íris, rosarios de oro, gargantillas de cuentas y *peonías*, y cantidad notable de zapatos no calzados á los piés sino traidos en la mano por razon de comodidad ó economía. Y eso, que la mayor parte de aquella buena gente marchaba á pié; el apetecido privilegio de cabalgar en un borrico estaba reservado á mui pocos. No obstante no escaseaban, ni mulas, ni jumentos, ni traviezos pollinos, que el armonioso concierto de las

guitarras y las gaitas interrumpiesen en ocasiones especiales con prolongados y ruidosos rebuznos. Tan filarmónicos cuadrúpedos iban cargados de regaladas provisiones, esteras, cobertores, cobijas y útiles de cocina; y cuando más, llevaban como de sobornal, viejos ó viejas, ó acopio de chicuelos, ó remilgadas mestizas, más emperejiladas que una cruz de *velorio* y con más galanes en contorno que cuentas de oro en el rosario. Los campesinos más acomodados, así como gran parte del vecindario rico de los pueblos, hacian la peregrinacion en grandes carros tirados por bueyes, y cubiertos de toldos de zaraza con armazon de cañas, ó simples ramas verdes y anchas hojas de plátano; y arrellanados sobre esteras de enea, entreteníanse en animadas pláticas, cuando no en repartir afectuosos saludos entre las personas conocidas que acertaban á pasar junto á la rechinante máquina ó divisaban á distancia entre el revuelto y agitado concurso.

Pero ni los pesados carromatos, en donde aparecian al travez de la armason postiza, algunos bellos rostros, con ojos centellantes y mui frescas mejillas, ni el desordenado tropel de los borricos, mal avenidos entre sí, ni los grotescos incidentes que estos ocasionaban de ordinario, ni las variadas músicas, ni las alegres coplas salpimentadas de picarescas aluciones, ni los saludos respetuosos, las aclamaciones entusiastas, las tiernas miradas y pudorosos arrumacos de las agracia-

das mestizas, ni el cúmulo de admirativas frases y agazajadores comentarios que resonaban en torno al capitan y sus soldados, cuando estos atravesaban por entre algunos de los grupos que hemos enumerado y que mui bien le resarcian, por cierto, de la indiferencia y frialdad con que dias ántes se le recibiera en La Victoria; no lograban despreocupar á Horacio, quien apénas contestaba á tantos agazajos con inclinaciones de cabeza y forzadas sonrisas, que hacian decir á sus espaldas.—*Vaya un capitan bien cachorro.—Pero nunca visto más buen mozo,*—agregaban en coro las muchachas.—*Cállate tú María, quién te mete á repetir esas cosas. — Qué bien lleva la cachucha. — Y las botas, y, mira! Anda.—Jesus! cuántos soldados!—Bobalicona.—No te pares.—Es decir que yo no tengo ojos.—Estás hecha una pasjuata.—Buenos dias señor capitan.—Dios le guarde.—Adios, señores soldados, Uds. tambien van á la fiesta.* Y coplas al capitan y al teniente; y estrofas improvisadas como estas:

Mucho he visto en este mundo
Pobre, rico, viejo y mozo;
Pero dudo vuelva á ver
Un capitan más hermoso.

Ni hago memoria siquiera
Ni á mi noticia ha llegado,
De que exista ni entre mudos
Un aficial más callado.

Y las maracas á sonar, y los burros á ensordecer con sus rebuznos, y los ejes y ruedas á chillar, y tras un grupo que la compañía dejaba á retaguardia, otros por alcanzar, y nuestro amigo Delamar que diez dias ántes habria fraternizado con toda aquella gente, y contestado con bellas frases tantos agazajos, y estrechado con efusion algunas manos, y besado de paso unas cuantas mejillas; marchaba sério y silencioso con grande asombro del teniente Orellana, quien entretenido en conversar con el viejo sargento Camoruco, exclamó al fin, sin alcanzar á contener la lengua:

—Qué diablo se le habrá metido en el cuerpo al capitan, que lo lleva así tan cabizbajo. ¿No has reparado? viejo.

—Cómo no? y le aseguro, mi teniente, que jamas he visto al capitan más compunjido; y eso, que hemos pasado juntos malos tragos.

—Pues está de botar.

—Se le habrá muerto algun pariente?

—Es posible. Pero ese librito colorado que á todas manos saca del bolsillo, y abre y vuelve á cerrar y manosea y......

—Será una Táctica.

—Qué Táctica, ni qué cuernos, agregó Orellana bruscamente, si más parece un libro de oir misa.

—Se estará metiendo á beato? preguntó con ingenuidad el sargento.

—Miéntras más se vive más se vé; pero leer la misa de camino, ¿qué deja entónces para cuando vaya á la iglesia?

—Hum! si no es la Táctica, replicó maliciosamente el sargento, yo creo más bien que el tal librito sea de cuentos no mui santos; U. sabe como el capitan es dado á faldas, puede ser que esté instruyéndose.

—Y cómo no repara en esas indias que se lo comen con los ojos?

—Es verdad!

—Aquí hai gato en mochila.

—Y el sol que hace, mi teniente, agregó intencionalmente Camoruco.

—Quema más que la pólvora.

—Y nada, con que resfrescarse uno el *guargüero.*

—Esas tenemos!

—Ya se vé, mis viejos rasguños como U. los llama, se resienten de este maldito calor.

—Cómo del frio? viejo bellaco.

—Ni más ni ménos; todo es lo mismo cuando se tienen ganas.

—Espera un poco, ya vamos á llegar al caserío de La Cuarta; pero cuidado como te vás á emborrachar.

Orellana parecia conocer la localidad, y no angañó al sargento. Minutos despues por órden del capitan

mandó á hacer alto á los sesenta veteranos frente á un amplio placer donde jugaban á las bolas, unos cuantos desocupados, á la sombra de unos guásimos, venimos á la mejor surtida pulpería de tres millas á la redonda.

La mujer que en aquel momento despachaba en el mostrador del ventorrillo, apénas divisó los soldados, entró precipitadamente á la trastienda, donde un hombre se ocupaba á la sazon en marcar con suma habilidad todo un juego de naipes.

—Qué ocurre? Cármen, preguntó el hombre sin levantar los ojos de su delicado trabajo, haciendo brotar con la ayuda de un punzon tres puntitos sobresalientes y casi imperceptibles, á los piés y en la corona de un grotesco rei de espadas.

—Soldados! exclamó la mujer sobresaltada.

—Soldados! repitió el artista, cayéndosele de las manos la baraja y dando un salto de sorpresa que puso en evidencia la singular desigualdad de sus robustas piernas.

—Y Sántos, que está dormido! agregó Cármen con desesperacion.

—Vé á avisarle.

Y el conturbado cojo, haciendo altos y bajos se dirigió al despacho. Pero no bien habia dado tres pasos, se sintió detenido por una mano vigorosa, á tiempo que Delamar despues de desmontarse del ca-

ballo se acercaba al mostrador exclamando con militar entonacion:

—Ea! no hai aquí quién despache?

El cojo sin contestar al capitan, se volvió sorprendido hácia el que así le sujetaba, y éste, como anudando una conversacion interrumpida, miéntras que Cármen corria á atender al oficial, dijo despreocupadamente en alta voz:

—Y U. se queja de que le salen caros los marranos? pues los que llevé á Carácas no eran tan gordos como esos, y los vendí casi por el doble.

Horacio creyó reconocer aquella voz y fijó en ella toda su atencion.

—Ya lo creo, dijo el cojo comprendiendo la estratajema de su interlocutor y segundándolo con admirable desparpajo.— U. qué va á decir, amigo Olivéros; pero ¿á que no consigue quién le pague, por sus vacas, lo que me ha quitado á mí por la lebruna?

—Vaya un hombre lloron! Dos pesos más que U., me ofreció ayer don Aparicio, el alcalde de La Victoria, por todas las que me quedan.

—Serán fiadas.

—Fiadas! exclamó con ironía Olivéros, ya van andando y esta tarde voi á buscar los reales. Mire, Damian, si no es que mi comadre se enamora de esa novilla, no se la vendo, porque pensaba regalársela

á don Cárlos. Pero vamos, hagamos las paces y déme un vaso de guarapo.

Y, dejando la trastienda, salió á la pieza que ocupaba el reducido ventorrillo, donde afectando una alegre sorpresa al ver al capitan á quien ya habia reconocido y visto llegar á la cabeza de la tropa, mucho ántes de que Cármen le avisase, gracias á una especie de tragaluz que tenia hácia el camino el cuartucho en que se hallaba acostado, exclamó dirigiéndose á Horacio:

—Felices los ojos que lo ven, mi capitan. U. por aquí? y tendiéndole la mano saltó luégo por sobre el mostrador y cayó en medio de los soldados con la mayor naturalidad y desparpajo.

Cármen dejó á su padre, el buen Damian, el cuidado de atender á la tropa, y pálida y temblorosa, temiendo la traicionara la emocion que sentia, fué á ocultarse en el mismo cuartucho, de donde tan audazmente hábia salido su terrible y singular amante, para ponerse en evidencia.

—Yo lo hacia á U. en Carácas, dijo Horacio á Olivéros, sin sospechar ni remotamente con quién en realidad se las habia.

—Estoi de vuelta hace dos dias, contestó éste, pero me detuve en La Victoria arreglando un negocio con el señor alcalde. Y fingiendo creer que el capitan venia de Cagua, añadió con sencillez:—No ha encontrado U. cerca de Santa Cruz un ganado de flor,






arreado por dos peones y un caporal en una yegua saina?

—Sí á eso llama U. flores, don José, dijo Damian, riéndose burlescamente, á la vez que vendia á los soldados guarapo fermentado *panelas* y *asemitas*,— no sé qué nombre dará U. á las reses que siquiera estén gordas.

—Hombre, U. no encuentra nunca nada bueno, como no sea lo suyo, exclamó Olivéros con aparente disgusto; pero aquí está el capitan que debe haber visto mi ganado y que dirá si no está gordo y mui gordo.

—Yo no vengo de Cagua, dijo Delamar, así es que nada he visto.

—Ah! yo creia, é iba á preguntarle por su tio.

—No lo veo hace muchos dias, agregó el capitan. Y apurando un vaso de guarapo, miéntras que Orellana y el sargento se refrescaban á hurtadillas con repetidos tragos de aguardiente, sin dejar de examinar á Olivéros con cierta desazon, añadió: Y decia U. qué pensaba ir esta tarde á La Victoria?

—Sí señor, contestó el interpelado prontamente, lleno de recelos que mui bien ocultaba, y tratando de adivinar el objeto de semejante pregunta,—voi á recibir los reales de ese ganado que tengo ya vendido. Esa es mi vida, no parar en ninguna parte cuando vengo del llano, y considere U., que con los caminos

tan azarosos como están, no es de lo más divertido pasarlos así todos los dias.

El cojo hizo, á su pesar, un brusco movimiento al oir este aserto y derramó media tinaja de guarapo.

—Por fortuna no se ha perdido mucho, dijo riéndose un soldado, porque el papelon está en el fondo, y lo demas es agua.

—Como que está tan cerca la laguna, agregó otro.

—Pero U., amigo, como que no le tiene mucho miedo á los ladrones, dijo Orellana con malicia, fijando en Olivéros una mirada escudriñadora.

Este no pestañó siquiera, y haciendo una de esas vanidosas contorsiones de cuerpo, con que los individuos de nuestro pueblo se dan aires de jaques, contestó gesticulando y riéndose á la par con mal caracterizada petulancia:

—No sé lo que le diga, mi teniente, pero yo soi palo que no lo sube todo mono; y como no me tiren de mampuesto esos bichos, el que me salga por delante me lo llevo de pecho. Afortunadamente no los he tropezado sino una sola vez, y yo creo que hubo entierro, porque las balas de mi trabuco revolcaron á uno. ¿Se acuerda U. compadre? añadió volviéndose á Damian.

—Como si fuera hoi, contestó el cojo, sirviendo un vaso de *mistela* á quien le habia pedido unos bis-

cochos.—Y eso que va para dos años. Todavía el susto no me sale del cuerpo cuando paso por las vueltas del Auyamal.

—Ya lo creo, replicó Olivéros riéndose con socarronería, y haciendo mofa del miedo que decia haber sentido el cojo.

—Pero lo que U. no cuenta, contestó éste, mostrándose picado, fué la carrera que echó U. despues del trabucazo.

—Y qué queria U. qué hiciera? ¿Qué me esperase allí para que me cogieran los otros?

—Sí, pero me dejó á mí en la estacada.

—Qué culpa tengo yo de que U. ande mal montado.

A pesar de aquella natural escaramuza entre los dos compadres, los recelos de Orellana no desaparecian; pero cuando más directamente se aprestaba á sondear al fingido nogociante de ganados, redobló el tambor y el capitan mandó á formar la compañía.

—Se va U. capitan? dijo Olivéros, acercándose á Horacio y evitando de este modo contestar á las acuciosas preguntas del teniente.

—Sí amigo, contestó Delamar, quiero llegar temprano á........

—A casa de su tio.

—O á Cagua.

—Pues me va á permitir que lo acompañe, yo

tambien quiero de paso saludar á don Cárlos.

Camoruco vió á Orellana, como diciéndole,—no puede ser, U. se ha equivocado. El teniente movió como dudando la cabeza y Horacio exclamó:

—Como U. guste.

—A ver, compadre, exclamó el bandido en alta voz, dirigiéndose al cojo, diga á su muchacho que me traiga la mula.

Damian, desde el fondo oscuro del ventorrillo lanzó á Olivéros una mirada llena de espanto y de sorpresa; y como éste, que á la sazon daba la espalda á los soldados, le contestase con una significativa guiñada, se asomó á la puerta de la trastienda diciendo:

—Pablito, tráele la mula á don José.

Un instante despues, cual si la mula estuviera ensillada de antemano, salió Golondrina por la puerta de trancas, trayéndola del diestro.

El capitan dió la órden de marcha. Olivéros saltó sobre la mula, recogió las riendas, y haciendo gala de destreza en el manejo de su caballería, la hizo girar en círculo repetidas veces, á tiempo que exclamaba en alta voz, como para hacerse oir en lo interior de la casa:

—Adios! Comadre, hasta que yo mismo vuelva. Cuídeme la novilla. Y partiendo al galope, fué á alcanzar al capitan quien á veinte pasos delante de la

cabeza de la tropa, marchaba al paso de su caballo, solo y silencioso.

A poco andar, medios halló Olivéros de entrar de llano en plano en sostenida conversacion con su preocupado compañero, á quien distrajo largamente refiriéndole las extravagantes anécdotas, que á propósito de Zárate y de sus recientes aventuras, corrian en la provincia; y aprovechando la favorable coyuntura del deseo que poco ántes habia apuntado el capitan, de llegar á Cagua ántes de oscurecer, se apresuró á indicarle la existencia de una excusada senda, por donde sin tener que atravesar la aldea de Santa Cruz, podia mui bien ahorrar una hora de camino y pasar por la hacienda de don Cárlos ántes de puesto el sol.

Horacio aceptó sin vacilar la indicacion de aquel extraño guía, y á media milla distante de La Cuarta, tomó resueltamente la vereda, cuya entrada le señaló Olivéros; no sin desagradar al teniente Orellana y al viejo sargento Camaruco, los que mui bien hallados con viajar por el camino real, en compañía de las alegres campesinas que se dirigian hácia Turmero, perdian con el cambio de itinerario, el socorrido beneficio de refrescarse en las tabernas á expensas de aquellas buenas gentes. Forzoso fué, no obstante, ceder á la voluntad del capitan; y ántes que el desmayado sol tocase el horizonte, Horacio y Olivéros, departiendo

mui amigablemente, y seguidos á distancia por los sesenta veteranos, entraban por el callejon de clavellinas al anchuroso patio de la hacienda de El Torreon, saludados por Víctor con ruidosos aplausos y repetidas aclamaciones de entusiasmo.

Dejémoslos llegar, y digamos entretanto, cómo y en qué habia empleado el tiempo la noble familia Delamar, durante la ausencia de su deudo nuestro confiado capitan.

## VI.

## Metamorfosis.

---

Apénas algunas horas habia permanecido Horacio en la casa de su tio, y ya la ausencia de tan afortunado sobrino dejaba en aquel hogar, vacío tan grande, como si hubiera pasado en él toda la vida.

El recuerdo de Horacio llenaba todos los corazones. Don Cárlos desde el primer instante de la partida del capitan habia caido en profunda tristeza, de la que sólo le distrajera, por momentos, el imprescindible deber de prodigar al huésped que le habia quedado los agasajos de la hospitalidad. No ménos apenado, mostrábase en ocaciones Víctor, quien protestando contra la tiranía de las ordenanzas militares, no cesaba de ponderar las relevantes prendas de su primo, de quien se vanagloriaba entre los chicos de la escuela, de ser pariente tan cercano. Clavellina, á su vez, parecia distraida: con manifiesta desgana atendia

á las ocupaciones que le estaban encomendadas, y con mayor desabrimiento y esquivez que nunca, rechazaba los asíduos galanteos de José, el paje de don Cárlos, que de amor la requeria sin esperanza. Teresa misma, se manifestaba temerosa de los peligros que pudiera correr el jóven oficial, por quien tantos corazones se interesaban juntamente y tantas preces volaban á lo alto. Pero nadie, aunque con mayor reserva y discrecion, experimentaba interiormente el nervioso desasosiego, mezclado de tristeza y repentinas exaltaciones, que la impresionable y soñadora Aurora, cuyos bellos ojos durante la ausencia de su primo, derramaban ocultas y silenciosas lágrimas.

La mañana siguiente á la partida del capitan, no obstante el bullicioso despertar de la naturaleza, la alegría de los pájaros, el verde primaveral de la campiña y la luz viva que derramaba el sol, todo parecia triste, monótono y sombrío á los indicados habitantes de la antigua casa de El Torreon.

Inclinada la frente, los brazos cruzados á la espalda, y con visibles muestras de inquietud, paseábase don Cárlos, desde muy de mañana, á lo largo del corredor, fijo el pensamiento en aquel sobrino tan querido, á quien despues de muchos años, sólo breves instantes le fuera dado estrechar en sus brazos.

Dominado por la exaltacion de los más afectuosos sentimientos, exageraba el anciano los peligros que

debian amenazar al capitan en aquella guerra de emboscadas, nocturnas escaramuzas é ingloriosos combates, de cuyos funestos resultados juzgábase hasta cierto punto responsable, ya que por sólo verle, habia venido Horacio á tomar parte en la persecucion de aquellos foragidos que afligian la comarca. Absorto en sus meditaciones paseábase don Cárlos despues de largo rato, cuando se abrió la puerta del aposento de su huésped, y apareció Lastenio; quien no ménos afligido con la violenta separacion de Horacio, y en extremo embarazado con la hospitalidad que se le dispensaba en ausencia de su amigo, no encontraba qué partido tomar para salir de tan difícil situacion, sin ofender la suma delicadeza de la familia que le ofrecía su hogar, ni comprometer el propio decoro haciéndose pesado.

Apénas le vió don Cárlos, dirigióse hácia él, y agotados que fueron los cumplimientos de rigor entre personas cultas que han pasado la noche bajo un mismo techo, la conversacion recayó naturalmente en el favorecido capitan, tema obligado de toda la familia.

—Vamos, señor de Sanfidel, exclamó el anciano, despues de larga y sentimental peroracion sobre los temores que abrigaba respecto á su sobrino,—ayúdeme U. á influir en el ánimo de Horacio, á ver si logramos apartarle de esa malaventurada profesion á que se ha dedicado. U. es su mejor amigo, U. posée toda su

confianza, y no dudo tenga sobre él, ascendiente y autoridad bastante, para hacerle renunciar á una carrera en que, dadas las circunstancias, pocas serán las glorias que alcanze á cosechar, y muchos los sinsabores y peligros que le esperan. Ademas, prosiguió el anciano con no oculta severidad, bueno es hacerle comprender que es tiempo ya de pensar seriamente en labrarse un patrimonio digno de su nombre, y entrar en la vida ordenada de la familia. Yo no tengo gran fortuna, pero con lo poco que poseo estoi dispuesto á ayudarle á conseguir una posicion honrosa por medio del trabajo. Horacio posée una buena índole, y fácilmente lograremos atraerlo á estas ideas, si los consejos de U., como lo espero, tienden á sostener y á vigorar los mios.

—No es otro mi propósito, señor don Cárlos, contestó prontamante Lastenio. Desde mi llegada á este país, no he cesado de instar á Horacio á que abandone la carrera de las armas, á la que tanto apego manifiesta tener; pero hasta hoi ha desoido mis consejos y hasta llevado á mal mi constante oposicion á los descabellados proyectos con que viene halagado. Su gran aspiracion estriba en procurarse con la espada un elevado puesto en la política, y todo lo que pueda apartarle de ese camino erizado de escollos, lo estima como contrario á sus más caros intereses y á la gloria que entrevé para un no lejano porvenir.

—Qué locura! El tiempo de los rápidos encumbra-

mientos militares pasó para jamás volver. Por más que todavía resuenen en Colombia, tambores y cornetas, la época ha cambiado, y el país tiene que entrar forzosamente en un órden de cosas mui diverso del que hemos tenido hasta el presente. Venezuela, más que otra alguna de las Secciones de la gran República, necesita reponerse de los estragos ocasionados por la guerra, y vivir en paz bendita al amparo de las leyes, so pena de agotar la poca sábia que le han dejado tantos años de desastrosa lucha; y no es la espada, no señor, ni las descabelladas ambiciones de nuestros militares, lo que en lo sucesivo puede afianzar y hacer efectiva la práctica de las instituciones que nos rigen. Conspiremos un poco, señor de Sanfidel, contra las temerarios proyectos de ese señor capitan, á quien tanto queremos; eso contribuirá á que U., miéntras regresa Horacio, no se fastidie mucho entre nosotros. Así, pues, manos á la obra, preparèmos un buen plan de campaña, y fuera cumplimientos; haga U. y mande en esta su casa como dueño absoluto, que yo soi el primero en ponerme á sus órdenes.

—Señor don Cárlos, exclamó Lastenio, profundamente embarazado, es U. mui amable, y mucho agredezco á U. su caballeroso proceder para conmigo; pero casualmente me disponía á manifestarle, que miéntras dura la ausencia de mi amigo, quiero aprovechar mi permanencia en estos valles, visitando los pueblos y lugares históricos de esta bella comarca, que no conozco aún;

así, pues, sin creerme desligado, por supuesto, del filantrópico propósito de coadyuvar con U. á hacer de Horacio un simple ciudadano, U. me permitirá le diga adios por pocos dias.

—Es una desercion la que U. me anuncia, señor de Sanfidel, exclamó el anciano, mortificado mui de veras, con la resolucion tomada por su huésped; y yo no puedo consentir en que U. nos abandone. La exagerada delicadeza de U. le ha aconsejado mui mal en esta vez, permítame U. que se lo diga. No, señor, U. tiene que esperar á Horacio en esta casa; y ya trataremos de que no se fastidie U. en nuestra compañía.

—Señor don Cárlos......

—Oh! no se empeñe U. en lo contrario. A donde ha de ir U. sólo, en estas circunstancias, sin conocer el país y cuando más azarosos que nunca han llegado á estar nuestros caminos? Tranquilícese U.; cuando desée conocer algun lugar, un pueblo ó simplemente dar un paseo cualquiera, yo le acompañaré; lo otro no seria ni bien visto. Y como en aquel momento acertara á aparecer Aurora, don Cárlos se volvió hácia ella, exclamando:—Qué dices, hija mia, de las pretensiones de este caballero: tambien quiere abandonarnos ¿Las crées justas y naturales?

—De ninguna manera, contestó Aurora, cuyo pálido semblante indicaba haber velado gran parte de la

noche. Y despues de saludar á Lastenio, añadió con dulzura.—El señor Sanfidel no hace bien en dejarnos, á ménos que nuestra compañía le sea desagradable.

—Señorita! exclamó Lastenio, profundamente conmovido, no es posible que nadie pueda creer lo que U. acaba de decir: esta casa es para mí un encantado paraíso.

Aurora se ruborizó, y don Cárlos contestó prontamente:

—Pues, no la abandone U. amigo mío.

—Ademas, agregó Aurora con cierta timidez, el señor de Sanfidel ha ofrecido esperar aquí á......

—A Horacio, dijo el anciano soltando el nombre que su hija tardaba en pronunciar. Así es, U. no puede ménos que esperarle. Y permítame, U. que le recuerde, si es que no me equivoco, añadió don Cárlos, buscando delicadamente un pretexto á Lastenio para acallar sus escrúpulos; permítame que le recuerde, que U. ha ofrecido algo á esta señorita, que le obliga á quedarse.

—No sé precisamente, contestó el jóven confundido; pero......

—Cómo no! repase U. su memoria, y estoi seguro que no ha de rehusarnos el honor de que podamos admirar su talento en el divino arte á que ha debido U. tan señalados triunfos, ni el placer de poder aplaudirle en esta soledad......

—Ah! señor! exclamó Lastenio, lleno de gratitud hacia el anciano, que en tan delicada red lo aprisionaba. Todo el honor es para mí, me declaro vencido; y protesto que no ha habido en el mundo un subyugado más venturoso, ni más agradecido al triunfador. Y volviéndose á Aurora, cuya melancolía la hacia doblemente interesante y seductora:—Señorita, añadió dominado de profunda emocion, tendrá en mí la discípula un mediano maestro; pero si ella me dispensa la honra de permitir que la retrate, jamas pintor alguno se habrá sentido más feliz y orgulloso que el pobre artista que desde hoi se pone á vuestras órdenes.

—Está servido el desayuno, dijo en aquel momento Clavellina, asomando su hechicera cabeza á una de las ventanas de la sala.

—Vamos, dijo don Cárlos, ya el señor de Sanfidel es nuestro prisionero. Y Aurora despues de dar las gracias al artista por sus galanterías, le invitó á pasar al comedor, á donde se dirigieron seguidos del anciano, quien frotándose las manos con manifiesto gozo les decia:

—Es necesario prepararle á Horacio una sorpresa; pero no deben UU. perder tiempo, porque ese señor capitan no tardará en volver, y hai que probarle, que miéntras él se entrega á tan salvajes correrías, nosotros, como gente culta, ocupamos el tiempo en faenas artísticas y civilizados placeres.

Desde aquel instante, Lastenio, no pensó sino en el noble arte que le proporcionaba la inmensa dicha de contemplar, horas enteras, á aquella mujer encantadora, por quien se sentia arrastrado á todas las vehemencias de una primera pasion, tan pura como intensa, tan ideal como avasalladora. Del inmediato pueblo hizo traer, en la misma mañana, el resto de su equipaje, constante de dos gruesas maletas, en las cuales habia acomodado Horacio, á pesar de la renuencia del artista, una caja con colores para pintar al óleo, algunas varas de tela barnizada, y lápices, pinceles y carbones, y la rica paleta, tiempo hacia abandonada. En posesion de estos objetos, ocupose Lastenio en organizar un taller en la pieza vecina á su aposento, y que así como á este, iluminaba una ventana que se abria sobre el huerto. Allí, no sin trabajo, improvisó un caballete, prensó telas de diversos tamaños, resfrescó sus recuerdos, y poseido del más vivo entusiasmo, gracias al fuego oculto del amor que llevara en el alma, resucitándole á la vida de la imaginacion y los sentidos, con toda la apasionada vehemencia de los primeros transportamientos del espíritu, estuvo á punto de caer de rodillas y morir de indecible emocion ante el modelo que le ofrecia el acaso, cuando Aurora, radiante de celestial belleza, trémula, pudorosa, mas con el alma ausente, quedó sentada frente á él. Y le fué permitido contemplarla sin aparente disimulo, y una á

una analizar sus gracias y encantos; y besar con los ojos, aquellos ojos como soles, abismos de magnética melancolía; aquella frente luminosa y pura donde reposaba el pensamiento como blanca paloma anidada entre flores; aquella abundosa cabellera de visos de oro y azabache, impregnada de embriagádor perfume, cuyas ondeantes crenchas tenían del mar, la majestad de las dormidas ondas; del dia, la luz radiante, y de la noche el misterioso arcano de las sombras; aquella frescas mejillas donde la nieve reflejaba crepúsculos de aurora; y aquella boca, en fin, supremo encanto, donde todas las gracias sonreian á la par, donde el candor, vencido, suspiraba entre llamas, donde el ángel parecia plegar las blancas alas, é irresistible se ostentaba la tentadora Eva con todas las insinuaciones del amor.

Lastenio quedó estático y creyó estar soñando. ¿Era posible experimentar súbitamente tanta felicidad, quien como él sumido en las amarguras de un amor desgraciado, carecia de esperanzas? Razon tenia para dudar. Su alma, cual delicada flor abandonada á los rigores de prolongado estío, se marchitaba en el pesar, hacia ya muchos años, sin que una gota de rocío viniera á acariciarla. Y sin fuerzas para sobreponerse á sus quebrantos, sin aliento siquiera para forjarse una ilusion halagadora, y sintiéndose desmayar más y más cada dia, en la perezosa languidez del desencanto por todo lo que le hubiera lisonjeado en

tiempos más felices; creia, sinceramente, haber perdido el tesoro de sensibilidad que encerrara su alma, la sábia fecundante de las nobles pasiones, y hasta la facultad moral de experimentar los dulces goces que proporcionan los sentidos. "De mí no queda ya sino la forma," decia con frecuencia á su amigo, "lo demas ya no existe."

¡Pero cuando más grande fuera su abatimiento, cuando más distante se juzgaba de los atractivos de la vida, y más cerca de las profundas sombras que limitaban para él todos los horizontes: rocío benéfico desciende á refrescar su corazon, y atónito se siente, como resucitar, en un mundo de goces ya olvidados. Lastenio experimentó en su sér moral violenta sacudida, y dudando de la realidad de aquella extraña metamorfosis, su espíritu pareció oscurecerse. No podia ser verdad tanta ventura! No obstante, la prestigiosa maga que habia verificado aquel portento, estaba allí, ante él, acariciándole con todos los atractivos de una rara belleza, embriagándole el alma con misterioso é irresistible filtro. Pero ¿no era todo aquello un alucinamiento? ¿No era élla el fantasma, el espectro de la perdida dicha, que por cruel sarcasmo del destino, surgia para tentarle una vez más, de las tinieblas del pasado?

Largo rato permaneció Lastenio, absorto en la contemplacion de aquella como celestial aparicion que se ofrecia á sus ojos, dominándole con podero-

so hechizo; é indefinidamente amenazaba prolongarse tan indiscreto embelezo, cuando abrumada Aurora, por la extraña fijeza con que la contemplába el artista, y acaso mortificada por tan embarazosa situacion, le dijo como para salir de ella:

—Y bien, señor de Sanfidel, ¿le parece á U. bien que permanezca así?

—Oh! no es un sueño, murmuró Lastenio, avergonzado de su indiscreto y prolongado éxtasis, dejándose caer en la silla próxima al caballete.—Perdone U. señorita; U. está mui bien en esa posicion. Perdone U. Dudé un instante de la luz, fué un error; ya no dudo. La posicion es admirable. Y ocultando el rostro tras el prensado lienzo que soportaba el caballete, enjugóse una lágrima, arrebató la paleta y los pinceles y con trémula mano dió principio al retrato.

El veneno habia sido inoculado, Lastenio amaba; y la vida, que dos dias ántes le pareciera un horrible martirio, le sonreia de nuevo con deleitosa placidez.

El taller del artista se convirtió desde su extreno en sala de trabajo de toda la familia. Allí, miéntras permanecia Aurora delante de Lastenio, ó recibia de tan apasionado maestro algunas lecciones de dibujo, manejaban la aguja Teresa y Clavellina, leia don Cárlos la gaceta que se publicaba en Carácas, y malgastaba Víctor lápices y colores en las hojas en blanco de sus libros de estudio, so pretexto de repasar el catecismo.

Con ejemplar constancia y laboriosidad se habia entregado Lastenio á sus tareas artísticas. Cuando no le ocupaba el retrato de Aurora, al que diariamente consagraba algunas horas, ni la enseñanza de su dócil discípula, se entretenia en copiar del natural los risueños paisajes que ofrecian á la vista las orillas del lago, con sus frondosos arbolados y sus aves acuáticas; el apacible huerto con sus palizadas de granados en flor y sus bosquecillos de rosas y jazmines; y el vetusto edificio del trapiche, cuyo elevado torreon soberbiamente erguido sobre la verde alfombra que extendian á su planta los dilatados cañaverales y los floridos prados, parecia mecerse entre las nubes agitando su penacho de humo.

Aurora distraia sus ocultos pesares, siguiendo embelezada el correr del pincel ó del lápiz de su jóven maestro, ya copiase del natural tan graciosos paisajes, ó bosquejase de memoria escenas pastoriles, encaminadas á representar con circunspecta propiedad, las costumbres y tipos de nuestros campesinos, y cuanto hubiese fijado la atencion del artista desde su su llegada á aquellos valles. Diariamente ofrecia el pintor á su discípula variadas muestras de su talento artístico: ora, el esbozo de una fiesta campestre, ora el suplicio del infortunado Panaque; ya una hermosa aguada que representaba á Clavellina, como la diosa Flora, cosechando en el jardin las entreabiertas rosas, ó la caricatura, fiel trasunto, de la grotesca pa-

reja que hicieran Bustillon y su amanuense Romeráles, cabalgando á la par en sus rollizas mulas.

De esta suerte, y en mui pocos dias, el artista, habia transformado su taller en museo de pintura.

—A ver, señorita; dijo una tarde Lastenio á la curiosa Aurora, presentándole un boceto, al que acababa de dar la última pincelada, ¿reconoce U. el personaje que he querido retratar? ¿Le encuentra U. alguna semejanza con el original?

—Extraordinaria! contestó Aurora llena de admiracion. Pero es casi increible; U. no ha visto á ese hombre sino una sola vez.

—Así es, replicó Lastenio satisfecho; pero hai fisonomías que vistas una vez no se olvidan jamas, y la de ese hombre ha tenido para mí tan singular privilegio.

—Déjenme ver, déjenme ver, exclamó Víctor, empinándose para mirar el cuadro por sobre el hombro de su hermana, añadiendo en seguida con estrepitosa exaltacion. Magnífico! admirable!......

—Sabes quién es? le dijo Aurora.

—Y me lo preguntas! qué cachaza! Oliveros mi amigo don José Olivéros; quién no ha de conocerlo, si parece que habla. Y arrebatando el boceto de manos del artista, corrió á mostrárselo á don Cárlos y luégo á Clavellina y á Teresa que quedaron pasmadas al contemplar el extraordinario parecido de aquella copia informe con el original.

## VII.

# El beso del pincel.

—

La asiduidad con que Lastenio se entregara á sus tareas artísticas, reconocia por causa eficiente la complacencia con que Aurora le veia trabajar. Apénas tomaba la paleta y los pinceles, ora fuese en la casa, ora bajo las frescas enramadas del huerto, ó á orillas de la mansa laguna, seguro estaba de atraer á sí á la soñadora castellana y á su inseparable Clavellina. Aurora era la musa que inspiraba á Lastenio, la que le daba aliento y le comunicaba con tan sencillas pláticas é ingénuos aplausos el fuego del entusiasmo en que sentia abrasarse el enamorado pintor. Este, como es de suponer, prolongaba los dichosos instantes en que, al par que dejaba correr con su acostumbrada maestría sobre la tela, el pincel ó el lápiz, platicaba con su díscipula, á quien gozaba en referir, á vuelta del menor incidente, hechos históricos, anécdotas senti-

mentales y romances platónicos, alucivos aunque indirectamente al estado en que se encontraba su alma; pero encaminados siempre, sin traspasar los límites del más delicado comedimiento, á despertar en su interlocutora los apasionados sentimientos que en él predominaban. Desgraciadamente, en aquellas íntimas y pudorosas confidencias, los triunfos de la poética erudicion del artista apénas alcanzaban á distraer breves instantes la ocupada imaginacion de la siempre melancólica Aurora, sin llegar jamás á interesarle el corazon; así, que no era extraño oir cada vez que el artista terminaba alguna de sus obras, diálogos como este:

—Poseer la facultad que U. posée, señor de Sanfidel, es una gran felicidad, decíale Aurora entusiasmada.

—Oh! yo no la estimo en tanto, señorita, cantestaba Lastenio emocionado.

—Hace U. mal, cuántos la desearian!......

—Felicidad es esa que no me satisface.

—Es U. mui ambicioso.

—Puede ser; pero crea U. que mi mayor ambicion no se refiere al arte.

Aurora callaba y Lastenio lleno de audacia proseguia:

—Otras son las facultades que yo querria tener, ara sentirme el más venturoso de los hombres.

—Ha olvidado U. éste ó aquel detalle, decia entónces Aurora, evadiendo el terreno en que el artista se lanzaba lleno de timidez y esperanzas. Y las intimidades de esta especie terminaban donde habian comenzado.

Lastenio se forjaba, no obstante, acariciadoras ilusiones. Una palabra, una sonrisa, la menor infleccion de voz de aquella seductora criatura, bastaban para hacerle delirar horas enteras; pero á pesar de tan quiméricas presunciones, su atencion se fijaba con frecuencia en la constante melancolía y extraña inquietud del hechizero objeto de todas las aspiraciones de su alma; y preocupado de no encontrarles una esplicacion satisfactoria, sufria horrible tortura, ó experimentaba deleitosas fruiciones, segun que á la imaginacion sobresaltada del pintor asaltasen tristes presentimientos, ó que se complaciera en atribuir semejantes manifestaciones, á un sentimiento análogo al que llenaba por completo su apasionado corazon.

Al interpretar de esta manera las congojas de su discípula, no se engañaba sino á medias. Aurora, experimentaba en su interior los embates de una violenta tempestad. Todas las soñadas quimeras en tantos años de absoluta reserva, parecian haber tomado cuerpo y cobrado de pronto el vigor de la vida, el ascendiente irresistible de la realidad. Para experimentar aquellas deliciosas fruiciones que producia en su alma la lectura del romance espa-

ñol, no tenia ya que recurrir á aquel su libro favorito, brasero que inflamaba su imaginacion, ni seguir con el corazon palpitante y húmedos los ojos, las justas y galanteos de aquellas nobles paladines que, ora en la Vega del Jenil, ora en los voluptuosos aposentos de la Alhambra lucian todas las galas del valor, la gracia y la hermosura. Aquellos dulcísimos ensueños, aquel romance encantador, aquella fantástica idealidad en que recreaba el espíritu, no eran ya mera alucinacion de la fantasía, ni reflejos de aquel maravilloso mundo vedado para ella. Tantas ficciones, parecian cumplidas; y la síntesis de todas ellas, magnificada por misteriosa luz, la habia sorprendido de improviso arrebatándole la apacible calma de la conformidad, y dejándola completamente deslumbrada.

El seductor fantasma, tan soñado, visible sólo con los ojos de la imaginacion en las noches de febriles insomnios, se le habia presentado despierta, llevando con gentileza incomparable el pomposo manto recamado de oro y azul que ella bordara hacia ya tantos años, sin encontrar hasta aquel dia, hombros bastantes dignos que pudieran llevarle. Aurora encontró la realidad mui superior á la ficcion; cortos instantes habia podído contemplarla, pero én su oido habia quedado, cual armonía celeste, el melodioso timbre de aquella voz hasta entónces no oida, y en sus ojos la tentadora imágen de aquella inesperada aparicion. Dormida, ha-

bia soñado desde entónces con tan seductora realidad, poderosa en prestigios; despierta, seguia soñando con no ménos delicia; y sentíase feliz cuando lloraba, triste cuando reia, pesarosa si lograba olvidarla, y asustada y medrosa cuando con el corazon próximo á estallar en ahogados sollozos se confesaba así misma que amaba.

Engaño cruel padecia, sin embargo, Lastenio. A pesar de la ausencia, el venturoso capitan, vivia como de presente en el apasionado corazon de su prima.

El retrato, entretanto, aunque bastante adelantado, tardaba en recibir la última pincelada. Lastenio se esforzaba en hacer de ésta una obra maestra, y mui cumplido éxito parecia coronar su aspiracion. Además de la extraordinaria semejanza con el original, lo artístico del conjunto, la pureza de los delineamientos y la naturalidad y perfeccion de los detalles eran de relevante mérito.

Arrullado por incesante coro de sinceros aplausos trabajaba el artista. Para don Cárlos, como para toda la familia, aquella obra era un verdadero prodigio; Lastenio mismo la consideraba como el más conspícuo de sus triunfos; pero esta gran victoria que tanto parecia satisfacerle aun estaba incompleta.

Vencidas las mayores dificultades que ofrecia la copia fiel de tan bello modelo, sin menoscabar la brillantez del colorido, la morbidez incomparable de las

formas y la expresion angélica de aquella como hechicera vision de ensueño encantador, habia tropezado de súbito, el inspirado artista, al dar remate á las graciosa boca del retrato, con el insuperable inconveniente que oponia al experto pincel, la excitada sensibilidad y la exquisita delicadeza de quien lo manejaba. Nido de besos y ardientes deseos, aquellos labios voluptuosos de Aurora, producian en Lastenio extrañas y mal reprimidas sensaciones, que en vano se esforzaba en acallar, avergonzado de experimentarlas ante la candorosa frente de aquel ángel mujer, cuya inocencia debia escudarle contra todo impuro sentimiento. Sin poder evitarlo, el artista se sentia subyugado por la extraordinaria exaltacion de los sentidos; y mal su grado, plegábanse con rapidez desesperante las voladoras alas de su espíritu y de la excelsa altura donde se cerniera victorioso de pecaminosas tentaciones, descendia, como herida paloma por flecha envenenada, á profundos abismos, presa del tósigo mortal de una voluptuosidad más que nunca sentida. Incierto, conturbado, poseído de invencible embriaguez, dejábase acariciar entónces por el cálido aliento de aquella sensualidad jamas sufrida sin indignacion y rechazada siempre con el vigor moral de sus pudorosos sentimientos.

Estas rebeliones de su naturaleza material, que así atentaban á mancillar el más puro idealismo, límpida fuente de todas las aspiraciones de su alma, se efectua-

ban, monstruosas, siempre que recargado de luciente carmin se asentaba en el lienzo el pincel del artista sobre los esbozados labios del retrato. Parecíale, entónces, al ofuscado pintor, que la figura toda que llenaba aquel lienzo, cobraba singular animacion; y delirante, se figuraba verla desprenderse del fondo luminoso del cuadro y acercarse á él, provocándole con la expresion fascinadora de un supremo deleite: el casto seno estremecido, húmedos los ojos y brillantes de insoportable luz, la frente oscurecida y pálida, las mejillas como rosas de fuego y entreabiertos los ardorosos labios de donde se escapaba hálito abrasador entre sonrisas tentadoras y convulsos suspiros. Convertida en bacante la angelical imágen, la copia y el original, visibles separadamente un instante, cual dos encarnaciones infernales, se confundian al fin en una sola carne, y Lastenio, turbado, trémulo de emocion, febricitante de deseos contenidos y sediento de amor, creia posar sus labios en los labios de Aurora, y darle ardiente beso, cada vez que fijaba el pincel sobre la tela para colorir aquella boca, que parecia dispuesta á recibir tales caricias, y que cual pila eléctrica, violenta sacudida le hiciera padecer.

Aurora, en tanto, sin alcanzar á imaginarse lo que sufria Lastenio en aquellos instantes de completa alucinacion y suprema embriaguez, veíale con asombro palidecer y suspirar, quedar absorto contemplándola, cerrar

luégo los ojos como ofuscado por deslumbrante luz, abrirlos nuevamente con extraña expresion, arrojar por tierra los pinceles, tornar á recojerlos, aplicarlos de nuevo con insegura mano, persistir en su intento, retroceder desesperado, la frente oscurecida, bañada de sudor, y combatir por largo tiempo sin obtener satisfactorio resultado.

—Oh! soi un miserable, indigno de la confianza que me dispensa esta familia, murmuraba Lastenio irritado contra sí, y más que todo avergonzado, ocultando el rostro á las miradas del modelo, detras del caballete. ¿Es posible que no pueda sacudir el yugo que impone á mi naturaleza el tentador demonio que la humilla?

Y con nueva energía tornaba á batallar contra las innobles insinuaciones de la imaginacion y los sentidos, para caer una vez más bajo el imperio de aquella seduccion irresistible á quien servian de cómplices, el calor sofocante de la temperatura; la amortiguada luz que dejaran penetrar por la abierta ventana, los frondosos rosales, de flores rojas como áscuas, y las lujuriantes trepadoras, cuyos verdes renuevos, cual dormidas serpientes, se enroscaban en los barrotes de la reja oprimiéndolos en perezoso abrazo; los lejanos arrullos de las tórtolas, que venian á resonar en el taller como ahogados suspiros de extasiados amantes; y el olor irritante de las maduras frutas que picoteaban en el

vecino huerto aladas avecillas; y las embriagadoras emanaciones de los nardos que florecian en el jardin cercano, y que en las leves alas de adormecido céfiro penetraban en la estancia, como sutil veneno, esparciendo emponzoñado filtro de amor y voluptuosidad.

—No puedo más, decia al cabo Lastenio, abandonando la empezada tarea. Y Aurora apesarada de verle padecer una derrota, que su inocente candidez sólo atribuia á dificultades del arte no vencidas, le veia salir desesperardo, é ir á buscar alivio á su quebranto bajo las espesas arboledas del lago en compañía del anciano don Cárlos, quien se esforzaba en consolarle.

VIII.

## Un aviso oportuno.

Durante una de aquellas tempestuosas sobreexcitaciones que padecia el artista al colorear los labios del retrato de Aurora, la voz estrepitosa de don Antonio Monteoscuro resonó de improviso en el patio llamando á gritos á don Cárlos.

Sin esperar á que el ruidoso huésped llegara al corredor y se desmontase del caballo, cuantas personas se hallaban á la sazon en el taller, corrieron á encontrarle; pero por más que no debiera cojerles de sorpresa la manera escandalosa con que se anunciaba Monteoscuro, profunda alarma pintábase en todos los semblantes, cuando el rústico anciano al ver presente á toda la familia, exclamó sorprendido de hallarla tan tranquila:

—Y qué! ¿No saben Uds. lo que pasa?

—Qué ocurre? preguntó prontamente don Cárlos

con manifiesta inquietud, miéntras que las otras personas que le habian seguido quedaban como en suspenso, pendientes de la respuesta que iba á dar don Antonio.

—¿Por lo visto, dijo éste, Uds. viven en la luna?

—Pero qué ocurre? Habla, replicó más alarmado el señor Delamar.

—Es decir que nada saben Uds.

—Nada! contestaron aquellos que entre los circunstantes tenian derecho á replicar.

—Pues acontece algo mui grave.

Y Monteoscuro se desmontó rápidamente, dejando ver en su duro semblante manifiestas señales de preocupacion y de inquietud.

—Ha ocurrido alguna desgracia á mi sobrino? preguntó conturbado don Cárlos, cediendo á su preocupacion constante. Vamos, Antonio, habla por Dios, dinos que le ha pasado.

—Al capitan! exclamó Monteoscuro, conturbado á su turno, ¿saben Uds. algo?

Al oir esta pregunta que parecia encerrar la confirmacion de una catástrofe, Aurora se puso profundamente pálida, y apoyóse en Clavellina para no caer desvanecida. Pendiente como estaba Lastenio de la infausta nueva que amenazaba darles don Antonio, no acertó en aquel momento á ver á su discípula, que á haberla visto, todas sus ilusiones habrian muerto al

instante; pero al rústico anciano no se le escapó la impresion dolorosa que su pregunta, mal interpretada, causara á la sencilla niña; por lo que corrigiendo la ya lanzada frase, añadió mui turbado:

—Lo que yo quiero preguntar, es que si Uds. han tenido de Horacio alguna mala noticia......

—No, ninguna, á Dios gracias, pero tú nos la vienes á traer, dijo Don Cárlos, dominando con esfuerzo su visible emocion.

—Yo! exclamó sorprendido don Antonio.

—Si, tú mismo. ¿No acabas de preguntarnos si no sabemos lo que le ha pasado?

—Oh señor! hable U. por piedad, exclamó Lastenio con desesperacion, nos tiene U. como sobre ascuas.

—Demonio! gritó Moteoscuro lanzando toda una catarata de estrepitosas *carambólas*, Uds. me van á volver loco. Yo nada sé del capitan, ¿lo oyen Uds? Y qué el diablo me lleve si al decir lo que he dicho me he referido á él. Son Uds. los que le han nombrado.

Una exclamacion general de contento siguióse á aquella aclaratoria.

—Y lo peor del caso, agregó Monteoscuro, fijando sus penetrantes ojos con paternal cariño en el rostro de Aurora, lo peor del caso para mí, es que nunca me perdonaré haber sido tan torpe; no obstante que me consuela pensar que Uds. lo han sido mucho más.

—Vamos, Antonio, que te trae, díjole don Cárlos serenándose.— El susto que nos has pegado vale la pena de que no te hagas de rogar.

—Con diez mil Carambolas! al fin nos entendemos.

—No del todo.

—Otra más! veo que todo el mundo se ha vuelto loco en esta casa. Y haciendo un brusco movimiento de impaciencia, don Antonio tomó á Aurora de la mano y echó á andar hácia la sala.

—Pues no te muestras poco terco esta vez, añadió con impaciencia el caballero, siguiendo á su exéntrico amigo; has venido á darnos una gran noticia y todavía nada nos has dicho.

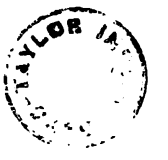
—Y es mia la culpa? replicó don Antonio sin volver la cabeza. Por ventura me han dejado Uds. explicarles el motivo de mi visita? Y volviéndose á Aurora agregó á media voz cariñosamente.—Sólo por tí lo siento, pero cuenta que sabré pagarte con usura cuanto te he hecho sufrir.

—Entremos aquí, le dijo Aurora indicándole el taller.

—Y por qué aquí? replicó Monteoscuro, no acostumbrado á que le recibieran en aquel aposento.

—Esta es ahora nuestra sala de trabajo.

—Pues trabajo le doi al que me pruebe que este cuarto no es el trasunto de una celda de orates, exclamó don Antonio entrando en el aposento, y despues de examinar el improvisado caballete del artista y los





diversos, y multiplicados objetos que encerrara el taller añadió con sorpresa:—Pero, en fin, qué significa todo esto?

—Dé la vuelta y verá, le dijo Víctor.

—Muchacha! exclamó admirado Monteoscuro contemplando el retrato, te han robado la cara, tu hermosa cara, para estamparla en ese lienzo. Y volviéndose á Lastenio prodigándole una mirada de ingenua y decidora satisfaccion, agregó.—Carambola! pues sepa U. mui señor mio, que yo no le creia capaz de tanto; aunque es verdad que una cara como esa se retrata ella sola.

Y dejándose caer en una silla, estiró las piernas hasta tocar con las espuelas el pié del caballete; registró los bolsillos de la chaqueta de paño burdo que vestia, sacó de uno de ellos un estuche de cuero, de éste unas enormes antiparras montadas en carei, y haciéndolas cabalgar en la parte más prominente de su levantada nariz, se dió á examinar prolijamente los permenores del retrato, murmurando para sí:

—Mui bien,...... está admirable,...... nada le sobra ni le falta: el tal pintor no es en realidad un brocha gorda; pero ¡tate! que al cabo lo pillé, la boca tiene un gesto...... y levantando la voz, añadió, con la ruda franqueza que le era peculiar: Todo está mui bueno, señor de Sanfidel, pero esa boca dista mucho de asemejarse á la mui bella de vuestro original.

—Oh! no está aún terminada, replicó ruborizándose Lastenio.

—Y por qué causa? cuando todo el retrato está concluido?

—Me ha sido mui difícil darle su verdadera expresion, contestó el pintor, con visible embarazo.

—Ah! comprendo, exclamó Monteoscuro fijando en el ruborizado artista una mirada picaresca,—la boca es la que habla y esta muchacha no la habrá tenido quieta. Cuidado con esa boca y lo que pueda decir, señor de Sanfidel, á labios como esos es necesario no dejarlos desplegar so pena de no encontrar qué contestarles.

—No así á los que mucho nos prometen y luégo luégo callan, agregó don Cárlos, aludiendo á la anunciada noticia que áun no les habia dado don Antonio.

—Vaya, pues, ya que parecen más cuerdos, les diré todo lo que pasa, y el motivo de mi intempestiva visita.

Y Monteoscuro relató entónces con extraordinarios pormenores la última aventura del audaz Sántos Zárate, sin omitir la terrífica impresion que semejante atentado causara en la comarca.

—Y qué crées tú de todo eso? le preguntó don Cárlos.

—Que ese hombre es el diablo, y que juzgo como locura insigne en semejantes circunstancias per-

manecer con tu familia en este campo, expuesto como todos estamos, á ser asaltados de un momento á otro por tan atroz facineroso. Mi opinion es que te vayas á Cagua ó á Turmero, y es esto lo que he venido á aconsejarte. Ni una noche más. debes pasar aquí; con que medítalo bien, y resuelve temprano.

—En todo eso que nos cuentas, Antonio, dijo el anciano con su calma habitual, me parece que lo que más abunda es la exageracion.

—Hombre, hombre, tú sabes que á mí no me comulgan con ruedas de molino, replicó Monteoscuro, lo que pasa hoi en estos Valles es mui extraordinario, y da motivo suficiente á singulares conjeturas; pero no por eso es ménos cierto que estamos amenazados, mui de cerca, de graves y funestos acontecimientos para lo porvenir.

—Y ¿tendrá en ellos parte ese bandido?

—Quién lo sabe? Cuando las pasiones se aprestan á combatir no son muchas las armas que rechazan.

—Pero salir así tan de carrera como tú pretendes, dijo don Cárlos preocupado, seria dar pábulo al escándalo.

—He pensado en todo eso; pero por fortuna, un pretexto plausible se te ofrece.

—Cuál?

—La fiesta de mañana. Haces lo que todo el mundo, te vas esta tarde á Turmero, y luégo te quedas

en el pueblo hasta ver en lo que paran estos extraños nubarrones que se acumulan sobre nuestras cabezas.

—El pretexto es aceptable, pero tiene sus inconvenientes.

—A ver, á ver ?....

—Aquí no hai nadie que tenga bien dispuesto el espíritu para divertirse. Aurora se ha negado á asistir á la fiesta, y hasta Clavellina, se muestra desabrida.

—Hum ! murmuró Monteoscuro, lanzando á Aurora una mirada que parecia decirle: sé la causa. Luégo añadió:

—Pero la cuestion, por el momento, no estriba en divertirse, sino en ponerse á salvo de un percance cualquiera. Con que resuélvete, mi casa como siempre la tienes á tu disposicion y no hai más que llegar.

Aurora al parecer mui contrariada, guardaba como todos silencio.

—Ahora me explico, dijo don Cárlos meditando, la insistencia del doctor Bustillon en animarnos tanto á asistir á esa fiesta, y el gracioso ofrecimiento que nos hace en su carta de anoche, de tener á mi disposicion su casa, por todo el tiempo que yo desee permanecer en Turmero.

Al oir el nombre del doctor, Monteoscuro hizo un brusco movimiento y se puso de pié; abrió luégo la boca como para replicar á su amigo, contúvose,

no obstante, su probada franqueza, y acercándose á don Cárlos:

—Oyeme dos palabras, le dijo, con misterioso acento, y salió de la estancia.

—Qué quiéres? díjole don Cárlos, apénas se encontraron á solas en el corredor.

—Quiero decirte algo que hasta hoi no te he dicho, por no tener de ello una completa evidencia, pero bueno es que lo sepas para que estés prevenido y no te coja de sorpresa.

—Habla.

—Ese doctor, no es mas que un gran bribon, mi querido Cárlos, exclamó Monteoscuro con acento de profunda conviccion; y esa insistencia de que hablas, y ese ofrecimiento de su casa á que se refiere su carta me lo comprueba plenamente.

—Cómo así! exclamó sorprendido el anciano.

—Como lo oyes. La mano oculta que dirige todo cuanto acontece hoi en estos valles es la ambicion de ese farzante: él influye en las decisiones de las autoridades; aconseja y domina al Coronel Gonzalvo, jefe de las armas; tiene voto en las deliberaciones militares; se permite dar órdenes á los jueces de paz y á los Alcaldes; propala noticias alarmantes contra la paz general de esta seccion de la República, con el objeto de desmentirlas luégo y de darse importancia; fomenta con maña todo escándalo; atiza el fuego

de toda pública querella; maneja á un tiempo mil oscuras intrigas y ya se atreve hasta criticar, públicamente, las medidas gubernativas de Santander, halagando poderosas pasiones.

—Mui duramente tratas al doctor, dijo don Cárlos con severidad, y acaso no te asista razon.

—Con mil rayos! exclamó exasperado Monteoscuro, yo no creo que me hagas la ofensa de creerme un aturdido, ó un calumniador.

—Líbreme Dios, Antonio.

—Reclamo entónces que me creas.

—Pero bien: áun no me has explicado qué relacion puede existir entre mi humilde personalidad y las pretensiones políticas del doctor Bustillon.

—Allá voi, pues no es otro mi objeto. Los ocultos manejos de ese hombre son los que han alejado de tu casa á Horacio, tu sobrino.

—Por qué motivo?

—Acaso juzga que la buena facha del capitan pueda estorbar sus planes.

—Oh! eso no es posible!......

—Ya se vé! como tú juzgas á lo demas por tí, crees que no existen perversos en el mundo.

—No, Antonio, te equivocas, todos los hombres tenemos nuestro lado malo; pero no alcanzo á concebir que se cometan maldades sin objeto; y á fé que no me explico las razones que tenga Bnstillon para alejar

á Horacio de mi casa.

—No te las explicas?

—Ya te he dicho que no.

—Pues yo voi á explicártelas. Empieza por saber que tu amigo el doctor, es de la especie peligrosa, por más que bien lo oculte; de esos taimados ambiciosós que, no contentos con lo mucho que malamente han adquirido, ni con lo poco que nuestra sociedad se digna concederles, están siempre en acecho de una oportunidad que les permita arrebatar por fuerza ó por astucia lo que ansian poseer. Para esos hombres no hai camino vedado, con tal que les conduzca donde quieren llegar. El deber para ellos es un pesado yugo que desean sacudir; el honor una preocupacion, como ridícula antigualla aprecian la virtud; el interes es todo: objeto, medio y fin de sus aspiraciones. Si un camino se les hace difícil de trillar, al punto toman otro cualquiera, que abandonan de nuevo sin escrúpulo; como no lo tendrán, para lanzarse por tortuosas veredas é infectos lodazales, si estos les llevan léjos brindándoles fortuna. Con todo, necesario es fingir; aparecer ante la sociedad que desean explotar, sin las deformidades que exhibirian desnudos de todo fingimiento. De ahí, el cuidado de ocultarlas para no hacerse odiosos; de ahí, las mil caretas que les facilita la mentira para encubrir la realidad; de ahí, las engañosas apariencias, la afectacion de lo que no

poseen, y el anhelar constante de adquirir para engañar mejor, un relumbron cualquiera que deslumbre y no los deje ver tales cuales son y cual serán despues. Si el nombre que llevan, por oscuro, nos les da posicion, ó las propias faltas acumuladas sobre la heredada oscuridad los han afeado aún más, buscan como ilustrarlo con alianzas á preclaros linajes; para lo cual ponen en juego todas las artimañas que le son peculiares; y......

—Basta, Antonio, exclamó don Cárlos indignado, comprendo donde vas á parar; pero permite que te diga, que es absurdo pensarlo, y ridículo siquiera repetirlo.

—No tanto, amigo mio, replicó Monteoscuro.

—Cómo no! Yo creo al doctor bastante racional y sensato para no pretender imposibles.

—Por medios ordinarios, ya lo creo.

—Y á qué medios te refieres entónces?

—A los extraordinarios.

—Cuáles son esos?

—Oh! los ignoro, pero te aconsejo que los temas, pues será á esos á los que apelará algun dia.

—Antonio, tú estás loco, dijo don Cárlos, serenándose.

—Quisiera estar equivocado, replicó Monteoscuro, pero bueno es que estés alerta; los hombres como Bus-

tillon no son de fiar, y mucho he de engañarme si no nos da sérios dolores de cabeza. Ya me figuro verle las patas al caballo; pero en fin, esperemos, y en todo caso, cuenta siempre conmigo; y tendiéndole la mano en son de despedida, añadió negándose á quedarse á comer con la familia:—Por lo que hace al asunto que me trajo, cuida de no olvidarlo: corres peligro en este campo, y no debes exponer á tu hija á lo que pueda acontecer. Vé á dormir esta noche á Turmero y comeremos juntos.

Y montando á caballo, sin dejar de instar á Aurora á que siguiera tan prudente consejo, se despidió de todos y se alejó al galope.

Una hora despues, Horacio era recibido con indecible júbilo por la familia Delamar, Olivéros estrechaba la mano de don Cárlos, y el teniente Orellana con los sesenta veteranos, acampaba sosegadamente en el trapiche.

---

## IX.

## Granos de arena que formarán montañas.

---

Apaciguadas las primeras manifestaciones de bullicioso regocijo, que en la noble familia Delamar, produjera la inesperada vuelta del nunca olvidado capitan; aprovechó Olivéros una favorable coyuntura para despedirse de don Cárlos, pretestando la suma urgencia que tenia de llegar aquella misma noche á La Victoria; y como no habia querido desmontarse, á pesar de las corteces insinuaciones del anciano, disponíase á partir, sin llamar la atencion de su venturoso compañero de viaje agradablemente entretenido, cuando éste, que no le perdia de vista, le detuvo diciéndole:

—Un momento no más, amigo Olivéros, y me hará U. un servicio.

—A sus órdenes, capitan, contestó el interpelado deteniéndose.

—Como U. va directamente á La Victoria, agregó

Horacio, me evita U. poner un posta al coronel Gonzalvo para anunciarle mi llegada.

—Lo que U. guste, capitan.

—Gracias, voi á escribir dos letras. Y Horacio se volvió hácia su tio pidiéndole recado de escribir.

—Aquí tienes, ven, dijo Lastenio indicándole la puerta del improvisado taller.

El capitan, siguió á su amigo, y una exclamacion de agradable sorpresa, resonó á poco en el interior del aposento.

—Te has portado, Lastenio, dijo luégo al artista, contemplando embelezado el retrato de Aurora. Has hecho una obra maestra. Y á su pesar desconcertado, negra nube de tristeza oscureció su semblante, á tiempo que murmuraba para sí: Ai! yo no poseo ningun talento. ¡Cómo podré agradarla!

—He ahí cuánto necesitas, dijo Lastenio, indicándole una mesa.

—Cuánto necesito! repitió sorprendido el capitan, tomando aquellas palabras como contestacion directa á la sentida queja que le arrancara la vista del retrato.

—Pues, no deseabas escribir?

—Es verdad, tienes razon, no te comprendí bien, estaba distraido.

Lastenio fijó en su amigo una mirada llena de inquietud y sorpresa, y miéntras el capitan dándole la espalda se sentaba á escribir, fué á apoyarse medita-

bundo de la reja de la ventana que se abria sobre el huerto..

Horacio tomó resueltamente una pluma, la mojó en el tintero y se detuvo, fijos los ojos en una tirilla de papel que parecia escapada de las hojas de un libro y en la cual se veia escrito, como por mano de mujer, una fecha y un nombre. El corazón del jóven oficial se agitó con violencia; la fecha escrita, no le era indiferente, era la de aquel dia en que por vez primera habia puesto los piés en aquella morada; y el nombre, era el suyo. Detenidamente examinó aquellos caractéres que no le parecian desconocidos, y asaltado de pronto, por una idea feliz, sacó con suma discrecion del bolsillo de pecho de su uniforme, aquel precioso librito de pasta roja que tanto preocupara, horas ántes, á Camoruco y á Orellana, lo abrió por la primera página donde Aurora habia escrito su nombre y comparó ámbas letras que resultaron ser idénticas. Horacio, padeció entónces como un deslumbramiento, y una emocion dulcísima acarició su alma.

—Te falta algo? le preguntó Lastenio, notando con extrañeza la inaccion de su amigo.

—Nada, contestó Horacio nuevamente sorprendido de la coincidencia de aquella otra pregunta, apresurándose á guardar con el libro aquel caro recuerdo que la casualidad ponia en sus manos.

En aquel momento, Lastenio dejó apresuradamen-

te la ventana, para volver á ella, armado de la paleta y los pinceles, llevando ademas en la diestra el pequeño boceto que de memoria hiciera de Olivéros. Horacio torno á mojar la pluma, y en tanto que el artista de pié frente á la reja se daba á perfeccionar aquella obra con acertados toques de pincel, escribió la siguiente carta que hacia tiempo aguardaba Olivéros.

"Hacienda de El Torreon, 1º de Febrero de 1825."

"Señor coronel J. Gonzalvo, Comandante militar y Jefe de operaciones de los Valles de Aragua."

"Estimado coronel: Acabo de llegar sin novedad, y mañana, como U. lo ha ordenado, seguiré á Turmero. Nada he encontrado de particular en el largo trayecto recorrido. De Zárate no he tenido ni noticias; no obstante, el portador de ésta, señor José Olivéros, vecino de los Llanos y negociante en ganado, segun me han informado, pero hombre práctico y conocedor de estos lugares, con quien he venido hasta esta hacienda desde el caserío de La Cuarta, puede dar á U. algunos informes relativos á las astucias de los malhechores que perseguimos. Hable con él; este hombre lo creo llamado á sernos útil, pues me parece, á más de valeroso, astuto y persona de fiar."

"Dios guarde á U."

"*El capitan Horacio Delamar.*"

Cerrada que fué esta carta, el capitan se apresuró á

salir para entregarla al portador.

—No te apresures tanto, díjole Lastenio, sin levantar los ojos ni el pincel del boceto que retocaba.

—Por el contrario, pena me da haberme hecho esperar tanto tiempo.

—Ya no te esperan.

—Cómo! exclamó irritado el capitan. ¿Se ha marchado ese hombre?

—No tal, amigo mio, pero es él, quien á su turno te va á hacer esperar. Acércate y verás si está ó no distraido: y á fé, se lo agradezco, pues me da tiempo para perfeccionar este borron que principié de memoria.

Horacio se acercó á la ventana, y en efecto divisó á Olivéros á veinte pasos de la reja, armado con la escopeta de don Cárlos y esforzándose por descubrir en la copa de un árbol, un objeto invisible que Víctor le indicaba con repetidas gestos de impaciencia. Luégo sin detenerse á averiguar la pretencion del niño, el capitan bajó la vista y admiró el boceto convertido en retrato.

—Te parece bien? le preguntó el artista.

—Soberbio! mi querido Lastenio; pero que diablos cazan á estas horas?

—Oh! lo que ves, forma parte de un drama que encierra para Víctor toda una historia de lágrimas, contestó el artista sin interrumpir su empeñada labor; y precisamente me parece que asistimos á una trágica

escena de venganza.

—Esplícate, dijo Horacio con alguna zozobra.

—No te preocupes, no merece la pena. Hace dos dias que el imprudente *lorito* de tu primo, tuvo la mala suerte de trepar hasta la cima de uno de esos árboles, sin que nadie lo viera, y de provocar, desde esa altura, el voraz apetito de un alado gastrónomo que á la sazon cerníase airado sobre los alborotados gallineros, atisbando una presa acaso ménos delicada. Inquieto el niño con la presencia en nuestro cielo de tan fiero enemigo, y no encontrando en parte alguna al desventurado fugitivo para ponerlo á buen recaudo; llamábale cariñosamente en todos los tonos conocidos, sin obtener respuesta, y corria desalado de un extremo á otro del jardin y del huerto, sacudiendo los árboles, registrando los setos y poniendo en consternacion toda la casa, cuando vimos de pronto, abatirse como caido de las nubes, sobre esa misma ceiba, al voraz gavilan, y ascender de nuevo, con extraordinaria rapidez, llevando entre las garras una brillante presa, cuyo verde plumaje destrozado, así como sus lamentos se esparcian por el aire. Víctor reconoció la víctima y lanzó un grito de rabia y de dolor, al cual contestó sobre nuestras cabezas otro no ménos dolorido.—"Muérdele la pata, lorito," exclamó el niño con desesperacion; pero su desgraciado amigo á quien llevaban ya mui alto, no estaba para gracias ó no alcanzó á escuchar aquel sabio consejo. A la ira de Víctor siguié-

ronse las lágrimas, y á éstas la desesperacion y el desconsuelo, cuando despues de verse en el espacio, víctima y victimario, como un punto, desaparecieron para no verlos más.

—Y bien? exclamó Horacio, á quien tan triste historia parecia haber interesado.

—Ahora parece que ha llegado el turno á la venganza, le contestó Lastenio, poniendo á un lado pinceles y paleta; un gavilan se ha posado en ese árbol, y como tu primo tiene la pretension de distinguir entre mil de la especie, al verdadero delincuente, lo habrá reconocido y ha encargado á Olivéros fusilarlo por su cuenta.

—Justa venganza, dijo Horacio dirigiéndose con su amigo al corredor, pero tarda en realizarse.

Un tiro resonó en aquel momento, desmintiendo la observacion del capitan; tras la detonacion se oyó un rugido, y un instante despues, poseido de brutal regocijo, arrojaba el niño á los piés de su hermana el ave agonizante.

Aurora dejó escapar un débil grito de terror, y sus ojos atónitos, fijarónse en el duro rostro de Olivéros, que cual revuelto mar, dejaba ver el fondo de sus negros abismos.

Los demas nada vieron. Don Cárlos tomó al niño por el cuello del vestido, y con severidad hasta entónces no usada para con su hijo:

—Víctor, le dijo, ha cometido U. una accion re-

prochable, indigna de un caballero y más indigna á los ojos de Dios.

—Tío,...... dijo Horacio interviniendo en favor del azorado y compungido niño. Perdonadle......

—Oh! la venganza es una pasion innoble y criminal, agregó el anciano, y si á la primera manifestacion no se le pone valla, ni se la afea como merece, donde vamos á parar. Y volviéndose á Víctor á quien mucho le dolia reprenderlo, añadió suavisando la voz. Miéntras no te arrepientas del mal sentimiento que te ha guiado esta vez, no te permito que me abrazes.

Víctor con los ojos arrasados en lágrimas se arrojó en los brazos del anciano, no ménos conmovido.

—Está bien, está bien, decíale don Cárlos, pero que no vuelva á suceder. Y llamando á uno de los criados mandó botar bien léjos el cadáver del gavilan.

Durante esta escena, el rostro de Olivéros habia tomado su expresion natural; pero lleno de asombro, sus ojos no se apartaban de la severa y despejada frente del anciano.

—He aquí la carta, dijo Horacio, más que todo para cambiar de escena.

—Será U. servido capitan, contestó Olivéros, guardándola cuidadosamente en la escarcela de piel de zorro que llevara oculta de ordinario bajo los anchos pliegues de la camisa.

Y despidiéndose luégo de toda la familia, se alejó murmurando:

—Las cosas de don Cárlos me son incomprensibles.

## X.

## La fiesta.

—

Era el 2 de Febrero de 1825. Con motivo de la gran festividad de Nuestra Señora de Candelaria, agrupábase, en las calles y plazas de Turmero tan crecido concurso de gente alegre y divertida, que bien podia estimarse en cinco veces más de la ordinaria la poblacion flotante que contuviera el pueblo.

Desde la víspera, como en parte lo han presenciado ya nuestros lectores, todos los vecindarios de los campos, aldeas y villas comarcanos invadian á Turmero, cuyos estruendorosos regocijos resonaban á muchas leguas en contorno. Los buenos vecinos del mencionado pueblo mostrábanse orgullosos de atraer la atencion de toda la Provincia; no cabian de satisfechos, y acariciados por los repetidos y eternos repiques que les regalaba el campanario de la Iglesia, así como por las contínuas salvas de petardos é inflamados

cohetes que surcaban el aire atronando el espacio, pavoneábanse, haciendo ostentacion de las añejas prendas de sus tocados y vestidos, miéntras sonaba la hora de la misa mayor; la que mui distraidos aguardaban, viendo llegar por todas direcciones nuevos y engalanados concurrentes á la rumbosa fiesta.

Entre los diversos corrillos que formaran en las calles y en la plaza principal, tan envanecidos sujetos, distinguíase un grupo, no distante del alto-sano de la Iglesia, por la calidad de las personas que lo componian; y en el cual, con mesurada compostura, platicaban con el Alcalde del lugar, algunos ricachos de las inmediaciones y unos cuantos vejestorios, *plantados*, á pesar del tiempo trascurrido y de los hechos consumados, en la atrasada fecha de la coronacion de Cárlos IV.

En el momento en que terminaba uno de los repiques, tres cajas de rapé poníanse en movimiento al rededor del grupo; y el más anciano de aquellos apergaminados personajes interpelaba á un jóven hacendado su antecesor en la palabra.

—Decia U. que nuestra fiesta es tan rumbosa este año como nunca se ha visto? Cómo se vé que U. data de ayer, señor don Juan! En mi tiempo, lo que hoi parece á U. tan sumamente pomposo y divertido, nos habria dado vergüenza y ganas de llorar. Aquellos sí que eran festejos! No de tres dias, sino de quince, en que corrian las onzas de oro como granos de maíz.

Y qué clase de concurrencia! ¿Se acuerda U. don Cosme? Lo más granado de Valencia y Carácas. Y tanta, y tanta gente, que no bastaban las casas para alojar á los más distinguidos visitantes, y era necesario hospedarlos en las haciendas próximas. Con que dígame U. ahora si aquellos tiempos pueden compararse con estos!

—Con todo, amigo don Sebastian, dijo el Alcalde, mire U. la gente cómo llega. Ya no cabe en el pueblo.

—Gentuza, si señor, yo no lo niego.

—No tanto. Desde mui de mañana tenemos en el pueblo lo más encopetado de La Victoria, incluso al señor don Aparicio el Alcalde mayor.

El apergaminado panegirista de lo pasado, sin darse por vencido, se disponia á replicar, cuando varias voces que partian del grupo más cercano al de tan elevados personajes, se dejaron oir, repitiendo con marcada curiosidad estas sencillas fraces:

—Qué será? Qué será? Miren Uds.

—Qué cosa? preguntó el Alcalde.

—Aquella polvareda que se levanta más allá del rio.

Y los que podian, desde el lugar en que se hallaban, abarcar con la vista toda la calle real, indicaban una nube de polvo que adelantaba hácia el poblado.

—Será el ganado. Se aventuró á decir un entusiasta por las lidias de toros.

Y ya como evidente, repitió la alborosada muchedumbre:

—El ganado! el ganado! allá viene.

Y se creia ver cuernos donde no existian. Y hubo quien pretendiera, á tan larga distancia, contar el número de las supuestas reses, y analizarle hasta los pelos; no quedando ya quien no creyera en tan aventurado aserto, cuando á un muchacho se le ocurrió decir:

—El ganado, señores, está encerrado desde anoche en los corrales del *Placer*.

—Pues qué es aquello? preguntó don Cosme, sin atreverse á levantar un brazo, para indicar el polvo, temeroso de comprometer la estrecha cuácara de paño en que se hallaba aprisionado, y la cual tenia trazas de haber figurado no mui nueva en el bautizo de quien con tanta gracia la llevara.

—No lo adivina U.? preguntó Romeráles, acercándose al grupo.

—No, señor.

—Es el señorío de Maracai que nos invade! mi señor don Cosme, exclamó el amanuense.—No oyen Uds. los relinchos de los caballos y las yeguas y hasta el de los potricos no ***desmadrados*** todavía?

—Pues buena música nos traen, se apresuró á decir don Cosme. Cuando en las últimas pascuas fuimos á Maracai, desde la Barraca principió á sonar el tamboron.

Romeráles aprobó con una mueca la réplica de su interlocutor, é iba á ensartar toda una historia, que no venia apropósito, cuando oyó decir á sus espaldas:

—Aquel gentío si que es grande.

El amanuense del doctor, curioso de suyo, giró sobre sus talones, siguiendo la direccion de todas las miradas fijas en el camino de La Victoria, y divisó una numerosa cabalgata.

—Quiénes serán? decian algunos.

—Gente de San Mateo.

—Si es mucha!

—Es tropa.

—Son paisanos.

—Veo brillar los fusiles.

—Pero no se oyen cajas ni cornetas.

—A que nadie adivina! exclamó de pronto Romeráles.

—Los reconoce U.? dijo don Cosme.

—Cómo no! si todos son amigos.

—Quiénes, pues?

—El señorío de Cagua, si señores, el señorío de Cagua exclamó alborozado el amanuense. ¿No ven Uds. aquel señor que monta un saino patas blancas, como el que me mataron en la accion del Juncal? Ese es don Cárlos Delamar; y á fe que ya creíamos que no habria de venir.

—Don Cárlos Delamar! repitieron con satisfaccion

y respetuoso acatamiento, cuantas personas oyeron aquel nombre.

—Qué tal? señor don Sebastian, dijo el Alcalde.

—Que los huéspedes que tendremos como él, serán mui pocos.

—Hombre ! U. exagera.

—Ya veremos cuando hagamos la suma.

—Y el de aquel potro alazano tan parecido, como dos gotas de agua, á la yegua en que yo lanzeé á Bóves, métamelo en la cuenta, agregó el amanuense.

—Cuál ?

—Aquel que viene pegadito de las ruedas del carro en que nos trae don Cárlos su familia.

—Parece un militar.

—Ni más ni ménos, replicó Romeráles, y entre todos los presentes, añadió con vanidosa satisfaccion, solo yo, le conozco.

—Y quién es ?

—Oh! un compañero de armas. El sobrino de don Cárlos; todo un hombre! El capitan Horacio Delamar.

—Apunte dos, don Sebastian, tornó á decir el Alcalde.

—Y el otro, el del caballo rucio, como mi mula de viaje, añadió el amanuense, no se les queda atrás.

—El que se acerca al carro y entreabre el toldo, acaso para conversar con las muchachas? preguntó don

Cosme.

—El mismo. Un gran pintor.

—Cómo! un pintor? exclamó con gesto de desprecio el panegirista de las antiguas fiestas: ese no entra en la cuenta.

—Pues ha de entrar, replicó Romeráles. Sí, mis señores, ese gran pintor, amigo del capitan, al cual ya le he encargado mi retrato, es nada ménos que el señor don Lastenio Sanfidel.

—Y van tres, dijo riéndose el Alcalde.

—Los demas UU. los conocen, agregó el amanuense: don Roque Prieto el juez de paz; el jóven Jaramago, su sobrino; el párroco de Cagua; y los Pagolas y el mayordomo de *Purica* y....

—Pero tambien vienen soldados.

—Ya se vé, la compañía del capitan.

—Dónde irán á hospedarse?

—Al cuartel.

—No, la familia.

—Dónde ha de ser, en casa, dijo Romeráles pavoneándose. El doctor y yo la esperamos desde anoche.

—Pues, no parece, porque cruzan por aquella esquina, indicó acertadamente don Cosme.

—Irán á dar la vuelta.

—No, señores, la familia Delamar llega á mi casa, que es la suya, y voi á recibirla; dijo con voz de trueno, y tono brusco y destemplado el señor de Mon-

teoscuro, que á la sazon pasaba junto al grupo.

Romeráles se quedó hecho una pieza, y para disimular su turbacion, ántes de escurrirse del corrillo, como lo efectuó en breve, se apresuró á inclinar la atencion general hácia la tropa; la que al redoble de un tambor, se alineaba en la esquina donde dejara de escoltar la cabalgata, y que mui luégo, á paso redoblado, con su capitan á la cabeza, se dirigió á la plaza y fué á alojarse en el cuartel.

Antes que se agotasen, en ausencia de Romeráles, los numerosos y estrafalarios comentos á que dieron lugar las presunciones del amanuense, entre los encopetados señorones que platicaban con el señor Alcalde, trascurrió largo tiempo; y uno tras otro, sonaron con estrépito y se extinguieron al fin en el espacio, los dos repiques que faltaban para empezar la misa. A la última vibracion de las campanas, la plaza quedó casi desierta y repleta la Iglesia. No obstante, lo más granado de toda la Provincia ocupaba la nave principal del templo, desde el prebisterio hasta la puerta mayor, sobresaliendo entre el numeroso concurso de hermosas provincianas, la singular belleza de Aurora Delamar, así, como entre los magnates que asistian á la fiesta, las grotescas figuras del doctor Bustillon y su amanuense Romeráles, pagados si no de sus personas, mucho que sí de la importancia que afectaran y de la sensacion que por la misma

causa presumian producir.

Solemne fué la fiesta; la música ruidosa; largo el sermon, y abundante con exceso el incienso. Rico manto, salpicado de estrellas de oro, estrenaba la Vírgen. El altar mayor, lucia lujosa pália y macetas de plata. Los piés y las rodillas del inmenso concurso magullaban sobre el pavimento las hojas aromáticas de que estaba cubierto, y odorante atmósfera se respiraba en el sagrado recinto. Los pocos abanicos de las damas, no bastaban á refrescar el aire ni hacerle respirable. Durante la elevacion del cuerpo y sangre de nuestro sublime Redentor, estallaron en la plaza estrepitosos petardos, sonaron las campanas é innúmeros cohetes volaron á las nubes. El sol llegaba á la mitad del cielo cuando el oficiante bendijo al auditorio, y terminó la fiesta. No habia más que desear; todo el mundo quedaba satisfecho. Empero, el panegirista de los remotos tiempos, el por demas exigente don Sebastian, se sonreia con lástima al oir ponderar á sus vecinos la magnificencia de tal solemnidad; y con la buena fé de su monomanía, aseguraba que en su época, aquella misa habria pasado por rezada, y que en dia semejante, cuando el señor obispo don Mariano Marti, ofició de pontifical en aquel mismo templo, la misa terminó como hora y cuarto despues de mediodía: circunstancia ésta, que á juicio de quien la recordaba no era de despreciar, ni debian

pesar poco en la balanza de las comparaciones, los noventa minutos de mayor duracion, que una solemnidad llevárale á la otra.

Concluida la festividad religiosa llega el turno á los regocijos profanos. Doquiera que se reune el pueblo, suenan gaitas, guitarras y *maracas* ; se improvisan *joropos* y fandangos, y retumba monótono el tambor africano. Cuadrillas de rústicos cantores, echando coplas al son del *cinco* y las *bandolas*, cruzan las calles en todas direcciones, hacen corro en las esquinas ó se detienen frente á las abiertas ventanas á encarecer la gentileza de las damas, ó la conocida liberalidad de los generosos caballeros.

Por todas partes bulle alegre y risueño el venturoso pueblo: silba, grita, perora en alta voz, hace piruetas, baila, invade las surtidas pulperías, se refresca á sus anchas, y, dividido en grupos más ó ménos compactos, hace cortejo á los cantores que les regalan el oido con las campestres músicas y las improvisadas y picantes letrillas. Pero de todas las cuadrillas de trovadores ambulantes, ninguna arrastra mayor séquito que la estrafalaria comparsa de grotescos difrazados llamada por tradiccion *los Villalobos:* acaso por que en su origen fueran de este apellido quienes la compusieran. Los chicos al divisar esta especial cuadrilla le salian al encuentro, la festejaban, la aplaudian, y gritaban hasta desgañitarse.—Aquí están ya *Los Villalobos*, vengan todos

á verlos y á escucharlos.

Empero, si era fácil lo que pretendian los muchachos, no lo era, de seguro, reconocer á aquellos hombres bajo la mano de grasa con hollin que habian dado á sus rostros, y que aparte el caprichoso traje que llevaran, constituia la mayor gracia de sus estrambóticas personas.

Algo, no obstante, más divertido que aquella mascarada se esperaba con no oculta impaciencia. De todos los regocijos públicos, el que tenia más atractivos para la multitud, era á no dejar duda, la corrida de toros: indispensable complemento de la fiesta, y de donde dimanaba, para muchos, el mayor esplendor. Para este objeto, como ya lo hemos dicho, habian construido extenso circo en medio de la plaza, decorado en parte, de altas tribunas ó *tablados* á que podia asistir la gente acomodada, dejando libre al pueblo gozar del espectáculo tras de la fuerte palizada que servia de resguardo. Bajo las tribunas se habian improvisado numerosas barracas, separadas las unas de las otras con esteras de enea, en donde se vendia toda especie de. bebidas alcohólicas, y azucaradas golosinas; y donde noche y dia se jugaba á los dados, y jugadores de oficio establecian el monte.

En una de estas barracas, la mayor acaso y la más concurrida, tallaba con sin igual fortuna, sin hacer caso de la grita del pueblo que atropellándose tomaba

puesto al rededor del circo, un cojo de robustas espaldas y puños como antiguas manoplas, en quien el sargento Camoiuco ó el teniente Orellana habrian reconocido al pacífico Damian, el ventorrillero de La Cuarta.

Próximo á salir el primer toro, la cuadrilla de *Villalobos* que cantaba al pié de la escalera, de una de las tribunas, se abrió en alas para dejar subir á una familia, y uno de los cantores, aprovechando aquella circunstancia, se escurrió en la barraca á tiempo que Damian con la baraja en la mano, corria las cartas y ganaba un albur de tres reyes repetidos contra una sola zota.

Hubo en torno del cojo, con motivo de la invariable suerte del montero, un murmullo poco agasajador; pero Damian se quedó impávido, y con voz reposada, exclamó, dando á partir la baraja:

—Vamos á la otra *talla* mis amigos; pero nada de llanto.

Y echaba las cartas en la mesa, cuando acertó á divisar al *Villalobos* que habia entrado á la barraca.

Con indecible espanto, fijó Damian los ojos en el ennegrecido rostro de tan estrafalario personaje, quien haciéndole con mucho disimulo una señal de inteligencia, exclamó en alta voz, tan luego como acabara de beberse medio jarro de guarapo.

—De aquí á las doce de la noche, con tallas

como esas, todos estamos listos.

Y tornó á salir, sin causar la menor extrañeza entre los jugadores, que impacientes, gritaban al paralizado montero:

—Corra la baraja, á ver si gana ese otro *albur*—Cargo el siete—Más al caballo.—O me arruino ó desbanco.—Juego limpio.

Damian perdió de puerta. Y siguió la jugada.

Don Cárlos Delamar y su familia llegaban en aquel momento al pié de la escalera de uno de los tablados, precedidos por Bustillon y Romeráles ocupados de abrirles paso entre la compacta multitud que se agolpaba en torno al circo; y seguidos de cerca por Horacio y el señor de Monteoscuro, quien á pesar de las dificultades que oponia atravesar por entre tanta gente, y del rumor ensordecedor que les rodeaba, referia al capitan, los pormenores de las dos últimas peleas que habia perdido en la riña de gallos; y de manera gráfica, la muerte inesperada del *Jabado* el mejor *tres-y-cinco* de su *cuerda.*

Al subir Aurora la escalera apoyada en Lastenio, una vieja mendiga le tendió la mano, y con acento dolorido le dijo:

—Hermosa niña, una limosna para dar sepultura á mi hijo.

Volvióse Aurora con presteza, y estremecida de terror al contemplar el espantoso rostro de aquella des-

graciada, se lanzó á la escalera con precipitacion, tratando de alejarse de semejante mónstruo; pero apénas subió tres escalones, paróse avergonzada, y arrojando á la mendiga el rico pañuelo de encajes que llevara en la mano:

—Tomad, le dijo, es cuanto llevo de valor. Y arrastró á Lastenio hacia la puerta del tablado.

Tanacia, que no era otra la mendiga, recogió el pañuelo con desdeñoso desabrimiento, lo examinó largo rato cual si tratara de valuarlo, y sonriéndose con sarcástica expresion de desprecio iba á guardarlo, cuando Lastenio bajó rápidamente la escalera y se dirigió á ella diciéndole:

—Véndeme ese pañuelo.

—Qué pañuelo? preguntó la vieja con socarronería.

—El que acaban de darte.

—No parece ordinario.

—Me es igual.

—Cuánto me das?

—Lo que quieras.

—Me darias dos pesetas?

—Toma, dijo Lastenio poniéndole en la mano una moneda de oro, y arrebatándole el pañuelo.

—Y esto cuánto vale?

—Diez veces más de lo que me has pedido. Y el artista se alejó triunfante.

Tanacia quedó un instante como estupefacta; envolvió luégo cuidadosamente la moneda en una de las puntas del descolorido chal que le cubria los hombros, asegurándola con un estrecho nudo, y levantó la cabeza como buscando al generoso caballero para darle las gracias; pero este habia vuelto á subir la escalera, y la bruja acertó á ver entónces la cuadrilla de *Villalobos* que se alejaba cantando no distante de ella, y á la cual se apresuraba á incorporársele aquel de sus compañeros que poco ántes entrara á la barraca.

El ojo fascinador de la mendiga, quedó por largo rato fijo, con extraña insistencia y feroz expresion, en el último de los disfrazados trovadores.

—Me habré engañado? murmuró al fin, moviendo negativamente la cabeza, como no pudiendo dar crédito á la sospecha que la habia asaltado.—No se atreveria á tanto, y sin embargo, el corazon más que los ojos me aseguran que es él.—Vamos, no me dará trabajo averiguarlo. Aunque es tan zorro! Pero si lo descubro, añadió con diabólica sonrisa, Cascabel queda pronto vengado.

Tan luego como Lastenio volvió al palco en que se habia instalado la familia Delamar, inclusive Clavellina, Horacio y Monteoscuro, se inclinó sobre el respaldo de la silla de Aurora diciéndole al mismo tiempo que le presentaba el pañuelo.

—Señorita, tomad vuestro pañuelo que dejásteis

caer en la escalera.

Aurora se volvió sorprendida, y adivinando al punto lo que habia hecho el artista, le dió las gracias con amabilidad. La aventura del pañuelo propalada por Romeráles que la habia presenciado y que ocupaba con el doctor el inmediato palco, dió tema á la conversacion.

Bustillon frunció el ceño al oir relatar lo acontecido, y no obstante hallarse interesado en platicar privadamente con don Cárlos, volvió el rostro y lanzó á Lastenio una mirada rencorosa.

La orquesta, que ocupaba una de las tribunas, dejó oir en aquel momento una ruidosa contradanza, y la cuadrilla de toreros con el payaso á la cabeza, paseó el circo y saludó al alcalde, festejada con nutridos aplausos. Luégo sonó un clarin, el payaso se deshizo en grotescas piruetas provocando á risa al gozoso concurso; y ágil, violento, erguido, la cola en alto y apénas tocando el suelo con los piés, apareció en el coso el primer toro, partiendo osado con iracundo empuje, sobre las rojas capas que en todas direcciones le presentáran los toreros.

La atencion general se fijó entónces en las mil suertes peligrosas y sucesivas peripecias que ofrecia el espectáculo.

Flores, dulces, monedas de oro y plata, y cintas y sombreros, llovian de los tablados sobre la arena del combate á cada nueva muestra de audacia y de destreza de los celebrados lidiadores; é indistintamente la atrona-

dora multitud aplaudia con el mismo entusiasmo al gladiador intrépido que, á cuerpo limpio clavara en la cerviz del animal vistosas banderillas, y á la rabiosa fiera cuando en las astas poderosas lograba levantar uno de sus contrarios. Al primer toro, siguieron sucesivamente cinco á cual más feroces y esforzados. La fiesta era completa, la corrida, como nunca, admirable. En ménos de una hora habia cuatro contusos y dos heridos de peligro entre los toreadores; y eso que no se estaba ni á la mitad de tan espléndido espectáculo.

Miéntras se hacian proezas en la arena del circo y hombres y bestias derramaban sangre, circulaban entre los concurrentes á los aristocráticos tablados, bandejas con refrescos en que abundaba el regalado *caratillo* y la roja sangría; y enormes cucuruchos atestados de dulces, con los que de buen gusto, por entónces, era obsequiar á las damas: el que Bustillon ofreció á Aurora, era en su especie la octava maravilla, medía tres piés de altura y lo ménos pesaba media arroba. Víctor, á quien lo dió su hermana, sin abrirlo, no alcanzó á enflaquecerlo, no obstante la eficaz cooperacion y la glotonoría de Clavellina, y suficiente provision de golosinas le dió para arrojar á puñados á los chicos del pueblo y al payaso, durante la segunda mitad de la corrida.

Romerales no cabia de satisfecho; el sin rival presente del doctor á su bella vecina, del cual tambien participaba con anuencia de Víctor, á par que le enorgulle-

cia, parecia retemplar su ruidoso entusiasmo; y mil historias alusivas á la más refinada tauromaquia, narraba á quien las queria oir, haciendo gala de entendido y cual ninguno práctico en achaques de cuernos y muletas, de banderillas y estocadas.

—Vamos á ver si mata limpio, exclamó el amanuense con la boca llena de merengues, despues de referir una historia imposible; viendo ofrecer á Flores, en la ocasion el Móntes aragüeño, la espada que habia de herir al toro. Y dominado á su turno, como todo el concurso, por intensa emocion, vió saltar del toril, ardorosa y violenta, la pretendida víctima, cual si apercibída de antemano al singular combate que se le propusiera, lo aceptára de grado y volase á buscarlo.

Partiendo con rápida embestida sobre las rojas capas que se desplegáran á su vista, dió tres vueltas el toro al rededor del circo, y se detuvo en medio al coso; erguida la enastada frente y los nervudos cuartos extendidos; y escarba el suelo con las inquietas manos, y de menuda arena baña sus palpitantes flancos, que á par sacude con la flexible cola; y muje airado y fiero en actitud amenazante, sin que haya quién se atreva á provocarlo.

Crecida parte del concurso rechifla á los toreros; los excita al combate y pide á gritos la pronta muerte de la indómita fiera. Flores saluda con la espada y se avanza hácia el toro con singular denuedo; despliega la muleta, lo llama desde léjos, oculta el arma y lo provoca, retro-

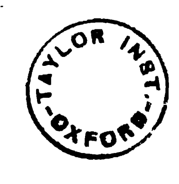
cede buscando que le siga, gira en torno del bruto que siempre le da el frente, é indeciso se pára sin osar acercársele.

La multitud que lo aplaudia al principio, se desata en vociferaciones ultrajantes.

—Entrale si eres hombre, aulla enfurecida. Te compro la asadura! Haz tu oficio, cobarde!

—No, no, gritan con energía voces caritativas.—Que se le echen los perros.

—Que lo mate. A qué ha venido entónces?




E inmensa grita se levanta. Todos están de pié, no hai quien no gesticule con extremada exaltacion; las damas de los tablados se inclinan sobre la barandilla de sus palcos y unen sus argentinas voces, llenas de sobresalto, al pertinaz estrépito, moviendo negativamente las manos y los perfumados pañuelos, sin aplacar la excitacion del populacho ni sus crueles designios.

Sin darse cuenta de lo que dice y hace, Aurora expresa en alta voz sus compasivos sentimientos, y dolorosamente impresionada, agita tambien hácia la plaza, en ademan de súplica, las temblorosas manos; deslízasele de ellas el pañuelo, que va á caer llevado por el viento á gran distancia del palenque, y un débil grito de sorpresa se le escapa del pecho. Es el momento en que el aturdido torero, pálido de ira y de despecho, se resuelve á acometer al toro.

La grita cesa; un silencio profundo se sustituye á la

ruidosa algarabía. El toro parte sobre su enemigo con indecible rapidez; mal se defiende conturbado el torero, y peor lo ataca con la espada; sin premeditacion y sin fortuna tírale una estocada decisiva, que apénas sin rasguña el arqueado morrillo, y los enhiestos cuernos de la fiera alcanzan y levantan al infeliz torero que vuela á veinte pasos moribundo.

Clamor inmenso se levanta. Luégo domina á todos pavorosa agonía é intensa sobre-excitacion.

Cuando el toro se lanza á rematar á Flóres, un gallardo oficial penetra al coso y recoje un pañuelo; el feroz animal, enardecido con tan rápido triunfo, abandona al postrado enemigo y acomete á quien inerme osa exponerse á su pujanza. El oficial está perdido; no intenta huir empero, busca con rapidez el pomo de la espada, que no la lleva al cinto y, oprimiendo el pañuelo entre ámbas manos, retrocede paso á paso sin dar la espalda á tan feroz contrario. En todas partes se oyen gritos de angustia y de terror. Aurora sólo exhala un gemido y los diligentes brazos de su fiel Clavellina la reciben al punto desmayada. En medio del angustioso espanto que á todos sobrecoje, grito desgarrador se deja oir: es la voz de don Cárlos que exclama con desesperacion:

—Y no hai quién lo salve? Doi toda mi fortuna por su vida.

Esta rápida escena fué obra de un instante. La cuadrilla de toreros parecia estar petrificada. No espira sin embargo el dolorido grito del anciano sin obtener pronta

respuesta: un hombre osado salta la valla del palenque, grita al toro que apénas dista de su víctima el largo de una espada, corre hácia él, é impávido se planta ante los cuernos que ya se bajan para herir. Lo que entónces pasó fué como un sueño. Aquel desconocido, la cara embadurnada con hollin y el cuerpo disfrazado con el grotesco traje de los festejados *Villalobos*, rompe del toro en las narices la modesta bandola en que se acompañara poco ántes sus improvisados cantares, y aceptando para sí todo el peligro, da tiempo al imprudente Horacio de ganar el palenque.

Nueva lucha se traba entónces ante el suspenso y admirado concurso. El toro asalta al *Villalobos* con iracundo frenesí, le busca con los cuernos, trata de pisotearlo con las manos, le sigue acometiendo hácia el lugar donde su experto contendor recula defendiéndose; le acosa sin descanso, mas no logra impedir que este recoja de la arena la empolvada muleta y la vencida espada arrebatada á Flores. Frenéticos aplausos y atronadores gritos de entusiasmo festejan la sin par destreza y sangre fria del audaz *Villalobos*, quien ya armado, fatiga al fiero bruto con repetidas suertes; plántase luégo airado, la espada en alto y torva la mirada; y el toro le acomete, y un relámpago brilla, y la vencida fiera queda muerta á sus piés.

Estruendorosa explosion de inmenso júbilo festeja al matador desconocido; llueven con profusion de los ta-

blados, sombreros y abanicos, ramos de flores, tabaqueras, perfumados pañuelos y bolsillos de seda provistos de dinero. Y todos quieren abrazar y conocer al afortunado vencedor. Aurora vuelve en sí con los ojos arrasados en lágrimas. Don Carlos, delirante de entusiasmo y reconocimiento, baja al coso que invade alborotada muchedumbre, y seguido de Horacio, no ménos conmovido, busca al héroe de la fiesta para estrecharlo entre sus brazos; pero en vano le solicitan todas las miradas, en vano el caballero pregunta donde está, nadie le encuentra; el *Villalobos* ha desaparecido. Y cuando el entusiasmado concurso, bendice, encomia y victorea al ya ausente desconocido, el doctor Bustillon con las manos crispadas por concentrada ira, jadeante el pecho y descompuesto el rostro, ruge entre dientes despechado.

—Quien quiera que seais, maldito seas!

## XI.

## La pesadilla de Romerales.

—

Sentados á la puerta del cuartel, ántes del toque de retreta, platicaban familiarmente el teniente Orellana y su viejo camarada el sangento Camoruco; distraidos en ver pasar las oleadas de pueblo que se dirijian hácia la calle real, ávidas de admirar el gran baile conque el señor Alcalde obsequiaba aquella noche á lo más distinguido de los asistentes á la fiesta.

El teniente fumaba como de costumbre, recostada la silla á la pared, miéntras que su interlocutor, en cuclillas sobre el duro empedrado, removia en la boca la mascada de tabaco negro del país que inflaba de ordinario una de sus mejillas; y se ocupaba en diseñar en la menuda arena, con la punta de una baqueta de fusil, y á favor de las mil candilejas que iluminaban la plaza, los hierros ó marcas más famosos de los distintos *hatos* que habia frecuentado en sus campañas: entretenimiento que le

era habitual y en cuya práctica fincaba no escasa vanidad el viejo veterano.

—Volviendo á lo sucedido esta tarde, dijo el teniente á su distraido compañero, despues de perseguir con codiciosos ojos á un grupo de mestizas que pasaba frente á ellos, no se me quita de la memoria la figura del *Villalabos* que salvó al capitan; y como le decia, ántes que nos interrumpieran esas parlanchinas *cotorras*, el aire de aquel hombre, á pesar del disfraz que le disimulaba el cuerpo, y de la untura negra que le cubria la cara, me recordó, desde que le vi saltar la palizada, al individuo de las polainas de cordoban que encontramos ayer tarde en La Cuarta y que nos acompañó luego hasta la hacienda de don Cárlos.

—Pues á mí me ha pasado lo mismo, contestó el sargento. ¿Y quiere U. que le diga lo que se me ha puesto en la cabeza?

—A ver?

—Que el disfrazado no es otro que ese mismo Olivéros, que ni á U ni á mí nos ha caído en gracia.

—Quien quita.... si es amigo del capitan, como parece....

—Y á la verdad que se ha cuadrado.

—No digo lo contrario; pero por más que haga, nadie me quita que ese hombre no juega limpio y que es un gran bellaco.

—Ando en la misma, mi teniente, aunque parece que le ha cortado el ombligo al capitan.

—Eso nada me prueba, yo soi perro más viejo y le aseguro que ese señó Oliveros, tiene un modo de mirar.... A mí por lo ménos, en las pocas veces que le hablé ayer tarde, nunca me vió de frente.

—Será que U. no le es simpático, dijo el sargento cambíando la mascada.

—Sea lo que fuere; pero es el caso, que á mí tampoco me hace buena sangre. Y volviéndose bruscamente el viejo Camorucò, que terminaba de dibujar, á la sazon, el hierro *Marrereño.*—Compadre, añadió con tono de profunda conviccion, á mí no se me despinta, y no lo eche en saco roto; ese hombre no es lo que aparenta. Mire, ayer cuando llegamos á la hacienda me dieron ganas de chuparme unas *criollitas*, (*) y me dejé ir sobre el tablon que linda con la huerta. Yo caminaba distraido, pensando en que estaba *inrritado* á causa del buen recibimiento que nos hizo el alambiquero, cuando al pasar por la huerta avisto al tal señó Olivéros, recostado de un mango y al parecer mui pensativo. ¿Qué tendrá el *suidadano*? dije para mi capote, y continué la marcha hácia el cañaveral; pero cate U. que al acercármele, piso una rama seca que se quiebra con ruido, y el mui bellaco, que hasta entónces no me habia visto el bulto, ni sentido,

---

(*) NOTA.—De criolla, nombre que se da en nuestros campos á la caña de azucar más antigua que se conoce en Venezuela.

pega un salto armando la escopeta que tenia en la mano, y se da una batida sobre la empalizada, que por poco se *espaleta*. ¿Qué mosca lo ha picado patriota? le dije sorprendido, y el mui embustero, disimulando el susto, me contesta quemándome los ojos con una mirada de basilisco:—Vaya un zorro bien grande! pero no me ha dado tiempo de tirarlo. Zorro, dije para mis adentros, el más grande que yo he visto, eres tú. Y todavia cortando las criollitas, seguia pensando en la batida y en el supuesto zorro; y por tres veces volví la cara para atras, recordando los dos cañones de la escopeta que le viera en la mano.

—Pues, á mí me brindó tabaco ántes de irse.

—Y U. lo aceptó?

—Sí, mi teniente, por política; pero no lo masqué.

—No lo mascó? compadre!

—Ni siquiera lo olí.

—Seria mui malo.

—Malo? ambilao del mejor que se prepara en Santa Cruz.

—Eso me da, compadre, mucho más que pensar; porque U. es mui taimao.

Y Orellana, realmente preocupado, guardó largo silencio; y su viejo camarada, continuó dibujando nuevos hierros con la punta de la baqueta.

Gran concurrencia de pueblo, se agolpaba á la

puerta y á las abiertas ventanas de la casa del Alcalde, á ver el anunciado baile. Suntuoso, para la época y la localidad, era el sarao que daba tan alto magistrado al *señorío* de la comarca. Con el aditamento de dos arpas y la supresion del tamboron y los platillos, la orquesta que tocara en la Iglesia y luego en los tablados, resonaba en el baile, dejando oir alegres contradanzas y cuadrillas, pocos valses y á veces el *sambe.* Treinta parejas, al compas de la música, resbalaban risueñas en el prensado lienzo que cubria, como excesivo lujo, el enladrillado pavimento de la sala, miéntras que cien personas más de los dos sexos, entre las que abundaban más pelucas y canas, que negras cabelleras, recreaban los ojos y suspiraban al recuerdo de la pasada juventud, sin faltar entre ellas quienes murmurasen del presente, poco agradable siempre, para los que han dejado de ser jóvenes, si lo camparan con el remoto ayer.

Desde el principio del sarao, circulaban por sala y corredores zalameras mestizas, ofreciendo en bandejas de plata, y no como se quiera, sino pura, á la escojida concurrencia, *huecas* (*) de azucar, blancas y rosadas, agua con vino de Canarias, orchata de semillas de melon, y el siempre bien venido *caratillo* y la imprescindible sangria. Del socorrido número de estas Hebé

(*) Nota.—Soplillos.

cobrizas, era la tentadora Clavellina, cuyo azafate de refrescos, el más solicitado por los hombres, no lograba pasar del corredor, donde no alcanzó nunca, á satisfacer la simulada sed de ciertos señorones, que lentamente paladeaban el regalado néctar que les ofreciera la mestiza.

Aurora, era la reina del sarao; á ella se encaminaban cuantas galanterías se decian en la fiesta; á su paso regaban flores hasta los más estólidos, y el mismo don Sebastian, el esforzado panegirista de la época en que cerró sus cuentas la famosa compañía Güipuzcuana, aseguraba que en su tiempo no habia visto belleza semejante.

Los caballeros más asiduos á Aurora, y por sobre todos preferidos, erán el capitan y el artista; lo cual hacia rabiar de envidia, al timorato Jaramago y al doctor Bustillon, que se moria de celos.

En todos los círculos que se formaban en el baile, no se hablaba de otra cosa, al ver juntos al capitan y á su bella prima, que de la aventura del pañuelo; y nadie ponia en duda que habrian de haber próximas bodas en la hacienda de El Torreon. Aurora, sin embargo, conservaba aquel pañuelo, una vez dado, otra perdido y dos veces recuperado; y aunque bien quiso devolvérselo á Horacio, cuando éste se lo presentó despues de su peligrosa aventura, impidióselo su excesiva modestia, y la consideracion de no humillar á Sanfidel siempre tan delicado y circunspecto.

Romeráles, entretanto, llenaba el corredor con sus historias, su buen humor y su descarado mentir; habia comido bien y bebido mejor, lo cual probaba que no lo hizo en su casa; más no embargante la laboriosa digestion que debia haçer su estómago, cebábase en las *huecas* con especial glotoneria, y amenazaba ahogarse en *caratillo*. A una frescura dirigida á Clavellina, ésta habia contestado con una bofetada, y el amanuense aseguraba, despues de recibirla, que su mayor dolor no le venia del golpe, sino de no poder besarse la mejilla donde la mestiza le habia puesto la mano. A pesar de todas estas cosas que le divertian mucho, venciole el sueño á cosa de las once y empezó á cabezearse en un rincon, sin poder conciliarlo, á causa de las mil travesuras que se ocurrian á Víctor, para mortificarlo y divertirse con los repetidos sobresaltos que le hacia padecer. Apurada la paciencia, Romeráles buscó al doctor y le pidió permiso, bostezando, para irse á dormir; pero Bustillon parecia tener aquella noche un humor endiablado, y como el amanuense acertara á acercársele, precisamente en el momento en que seguia con el oido atento y encendidos ojos, las cortadas palabras que cruzaban, no distante de él, el capitan y Aurora, exclamó con enfado, rechazando brutalmente á su acólito:

—Haga U. lo que quiera; pero déjeme en paz.

—No deseo yo otra cosa, murmuró Romeráles, y

encasquetándose el sombrero, se dirigió á su casa, distante poco trecho de la casa del baile.

Al llegar á la puerta, cuya llave llevara en el bolsillo, vió algunos bultos en la próxima esquina, y sin parar en ellos la atencion, como tampoco en una acurrucada mendiga que dormia sobre el quicio, entró, cerró la puerta y, minutos despues roncaba tan ruidosamente que de la calle se le oía.

Empero, no fué largo el reposado sueño del amanuense del doctor; embargado como tenia el estómago por laboriosa digestion, una espantosa pesadilla le sobrevino á poco de dormirse: sin manera de escapar, veíase entre los cuernos de un toro enfurecido, pedia ausilio sin que nadie fuera á socorrerle, y agonizante se debatia sin esperanza, cuando ve correr á él el mismo *Villalobos*, que habia salvado al capitan. Romeráles deja escapar ahogado grito de terror, y medio dormido todavia, jadeante, conturbado, y con los ojos desmesuradamente abiertos se sentó en la cama. Antes de acostarse habia apagado la vela, y sin embargo, el aposento estaba iluminado, y al traves del pesado velo de su invensible sueño, divisó extrañas sombras que en torno á él se removian. Aletargado como estaba el amanuense, creyó que continuaba en otra forma la persistente pesadilla; cambió de posicion y se acostó de nuevo. Dos brazos vigorosos le sujetaron entónces sobre el lecho, y una mano, aun más pesada, le tapó la boca con rudeza.

—Esta es más gorda, pensó angustiado el amanuense, haciendo esfuerzos, por sacudir su postracion y despertar; lo cual logró inmediatamente, falto de aliento, sin poder respirar. Y tornó á abrir los ojos, para cerrarlos luego y quedar como muerto, ante la terrífica vision que á ellos se presentara.

—Pínchalo con la daga, para que se despierte y nos diga dónde tienen enterrados los reales. Dijo una voz que heló de espanto la sangre del acólito.

—Y como la brutal órden se cumpliera, y media pulgada de cortante acero le entrase en una pierna Romeráles exhalando un quejido se sentó prontamente, y, cara á cara se halló con Sántos Zárate.

—Misericordia! balbució estremecido de terror.

—Silencio, díjole el bandido, si das un grito te coso á puñaladas.

Pero convencido al punto de la sumision del pobre diablo, que se restregaba los ojos figurándose estar soñando todavía, añadió sin dejar de amenazarlo:

—Dínos pronto, dónde está el dinero.

—El...... dinero?...... repitió Romeráles como idiotizado.

—Sí.

—Yo no tengo un centavo.

—El de tu amo, gran caugrejo; y pronto, ó no comes más pan.

—Y ¡no lo han encontrado?

—Hemos registrado toda la casa sin hallarlo.

—Pero ¿no me hacen nada?

—Si nos ayudas te perdono la vida.

—Ah! exclamó, suspirando ruidosamente el amanuense, yo siempre he dicho que es U. mejor de lo que......

—Pronto, habla, ¿dónde está? dijo impaciente Zárate, sacudiendo por los cabellos la pesada cabeza de su víctima.

—Ahí, ahí, en el nicho, detrás de aquel armario, exclamó Romeráles con dolorido acento.

Tumusa, armado de la daga que habia sondeado ya la escasa pantorrilla del amanuense, quedó custodiando á éste, miéntras que sus tres compañeros trataban de separar de la pared, el pesado escaparate tras el cual debia hallarse el tesoro.

La operacion no fué difícil de practicar, dado lo vigoroso de los brazos que se emplearan en ella; pero ya fuera por precipitacion, ya que el antiguo armario tuviera falsas algunas de las patas, sucedió que el armatoste, apénas separado del muro, tambaleó y vino á tierra con estrépito.

Zárate dió un rugido, que hizo caer de espaldas en la cama, privado de sentido, al inocente espectador de esta trágica escena; y lanzándose hácia un nicho practicado en la pared, que se ofreció á sus ojos, exclamó palpando sobre el nicho una enorme totuma repleta de dinero:

—Aquí está, aquí está.

Al ruido que produjo la caida del armario, despertó como sobresaltada la mendiga que fingía dormir en el quicio de la puerta de la calle, recogió apresuradamente el lío de trapos que le servia de almohada, y murmurando con feroz alborozo:

—No me engañé, eran ellos, y ya están en accion, echó á correr hácia la casa del baile, á dar aviso de lo que acontecia, á los curiosos que se agrupaban á las ventanas del Alcalde.

Alarmado á su turno con el inesperado y ruidoso accidente del armario, Zárate, mandó salir á sus dos compañeros por donde habian entrado; y sacando del nicho la enorme calabaza, se apresuraba á seguirlos, cuando esta se le desfondó entre las manos y lluvia de oro y plata inundó el pavimento.

Tumusa dejó solo á Romeráles, que á la verdad, no necesitaba de custodia, tan grande era el terror que lo embargaba, y corrió á ayudar á su iracundo jefe, ocupado en recoger del suelo el robado tesoro.

Algunos silbidos, que parecian señales convenidas, sonaron en la calle, é inmediatamente se oyeron voces y carreras.

—Estamos descubiertos, dijo el negro alarmado.

—Mejor, contestó Zárate, mayor será el escándalo. Dame el saco.

—El saco! repitió Tumusa, con espanto, oyendo resonar dos tiros de fusil.

—Sí, demonio, el saco para llevar los reales; y pronto, no sientes que nos queman.

—Se lo llevó Paují.

Zárate lanzó una imprecacion. Abrió precipitadamente la escarcela de piel de zorro que nunca abandonaba, y comprendiendo que no era bastante grande para contener todo el dinero, que tenian por delante, botó apresuradamente cuanto encerraba en ella, inclusive la vejiga del tabaco, y la repletó de monedas.

—Pon el resto en el pañuelo, dijo al negro.

A los dos primeros tiros siguióse una descarga.

—Bueno, la cosa toma cuerpo; pero el cojo se sostiene, añadió Zárate.

Y como su alarmado compañero terminase de ejecutar lo que le habia ordenado; recogió el trabuco, corrió al patio, y á favor de las ramas bajas del tamarindo escaló la pared.

En el momento, en que á las ventanas del Alcalde, llegaba la mendiga, que no era otra que Tanacia, á denunciar el robo; Horacio se paseaba en la sala del baile, llevando de bracero á su prima; quien no ménos feliz de sentirse tan unida á él, como él á ella, esperaba llena de emocion la dulce confidencia que hacia tiempo le anunciaban los ojos del enamorado capitan. No obstante, tardaba éste, á pesar de sus buenos deseos, en declarar á su bella pareja, cuánto por élla sentia su

corazon. Por un fenómeno, que no sabia explicarse Horacio, invencible timidez le dominaba; y el apuesto galan, que en achaques de amor, jamas retrocediera ante mujer ninguna, no se atrevia á insinuar una palabra á la pudorosa doncella, rendida de antemano á sus plantas. Hizo, empero, un esfuerzo, exhaló un ahogado suspiro, al que sirvió de eco alentador otro no ménos quejumbroso que acarició su oido con inefable y celestial encanto, y fijando en Aurora una mirada melancólica, abria los labios para decirla que la amaba, cuando un inmenso grito de terror le corta la palabra, y cien medrosas voces repiten con espanto:

—Sántos Zárate está robando el pueblo.

Lo que entónces pasó, apénas si se puede describir, tanta fué la confusion y alboroto que produjo en el baile el nombre del bandido. No pocas damas fueron presa de accidentes nerviosos; y hubo desmayos, y carreras de las más pusilámines que trataban de esconderse en los aposentos interiores, y parálisis de lengua, y descoyuntamiento de piernas, pocas bravatas y escasos corazones que conservaran serenidad y altivez. Entre estos últimos, aunque en extremo contrariado, distingíase el capitan, quien esforzándose en calmar el espanto que á todos dominaba, buscó á don Cárlos, á quien halló sereno, y le entregó su hija.

—Cuidado, Horacio, nada de imprudencias, díjole conmovido el anciano.

—Adios tío, será lo que Dios quiera, contestó el capitan y se lanzó á la calle.

—Esta vez, no te negarás á que te siga, dijo Lastenio, siguiéndole los pasos.

—Por ningun caso, contestó generosamente el capitan, y volviéndose á Monteoscuro que blandia en el zaguan descomunal estoque.

—Don Antonio, le dijo, miéntras la fuerza armada cumple con su deber, no dejeis salir á nadie de esta casa. Y acompañado del Alcalde corrió al cuartel donde Orellana, ya advertido de lo que acontecia, le esperaba con los sesenta veteranos en pié y cargados de firme.

Horacio atacó los bandidos, parapetados en la esquina inmediata á la casa del doctor, los que sosteniéndose un momento dieron tiempo á su jefe á que saltara la pared del corral y viniera inmediatamente á incorporárseles; retirándose entónces como buenos soldados hasta las orillas del rio, donde desaparecieron por entre bosques y sembrados, perseguidos con tezon por la compañía de Delamar y cuarenta soldados de los acantonados en Turmero.

Cuando los lejanos disparos no se oyeron más en el poblado, comenzaron á salir de los aposentos interiores de la casa del baile, los que primero se ocultaran; y fué entónces cuando apareció el doctor Bustillon, dando apremiantes órdenes, á cuantos tenian la mala suerte de encontrarse con él.

—¿Sabe U. doctor, lo que se dice por ahí? díjole don Cárlos.

—Qué! exclamó sobresaltado Bustillon.

—Que la casa de U. ha sido la asaltada.

—Mi casa!

—Como U. lo oye.

—Y no ha habido quién la defienda? replicó colérico el doctor.—Ya se vé, las autoridades son las primeras en dar el mal ejemplo cuando se trata de desatender sus deberes. Y como ya no habia peligro en recorrer las calles, se dirigió á su hogar, á cuya puerta se agolpaba alborotada multitud.

—Paso, exclamó el doctor abriéndose camino entre el apiñado concurso de curiosos; y sorprendido de que la puerta estuviera cerrada, comenzó á golpearla con viveza, con el grueso aldabon.

—No se moleste, dijeron varias voces, ya nos hemos cansado de llamar sin que nadie conteste.

—Lo habrán asesinado entónces; exclamó alarmado Bustillon.

—A quién? á quién? preguntaron en coro los curiosos.

—A quien ha de ser, á Romeráles.

—Y estaba dentro? Pobrecito; repitieron cien voces compasivas.

—Desarrajad la puerta, mandó el doctor. Y obedecido al punto, saltó la cerradura y la puerta se abrió.

Los más diligentes fueron en busca de un paquete de velas que encendieron en el mismo zaguan; y acompañado del Alcalde, Bustillon, con el alma oprimida, penetró en su morada, donde reinaba sepulcral silencio.

La sala estaba abierta; pero nada indicaba que extraños visitantes la hubieran ocupado: sobre un viejo sillon dormia tranquilamente el mimado gatazo; los candeleros de plata se mantenian en pié sobre las rinconeras. En cambio, en el propio aposento del doctor, inmediato á la sala, todo era confusion y desórden: los colchones de la cama se hallaban en el suelo, caidos los roperos, rotas las alacenas, y forzadas las cerraduras de escaparates y baúles.

El doctor silencioso hasta entónces, dejó escapar un profundo suspiro; y no embargante la dolorosa impresion que le causara contemplar tanto estrago, una sonrisa amarga plegó un instante sus convulsos labios, recreándose de antemano en el chasco, que se habian dado los ladrones. Pero tan grata satisfaccion quedó desvanecida al penetrar en la vecina estancia, y encontrar por tierra el gran armario, y descubierto el invisible nicho, y este sin el tesoro que guardaba. Ante semejante espectáculo, perdió el doctor todo comedimiento; la sempiterna máscara de afectada dignidad que velaba sus vulgares instintos, desapareció dejando á descubierto las pequeñeces de su alma, y prorrumpiendo en lastimeras lamentaciones de avaro sa-

crificado, olvidó completamente á Romeráles, su único amigo, á quien juzgaba con razon asesinado.

El Alcalde despidió á los curiosos, hizo venir al juez para abrir la sumaria, y descubriendo bajo sábanas el cuerpo inmóvil del amanuense del doctor, lo indicó á éste exclamando:

—He ahí un cadáver!

—Un cadáver, replicó Bustillon con despecho, un cadáver se entierra; pero cinco mil pesos no se reunen todos los dias, y me los han robado.

—Ocupémonos primero de ese infeliz, dijo el Alcalde dirigiéndose al juez é indicando el lecho en que yacía Romeráles.

—Sí, como el dinero no es de U., vociferó el doctor, puede U. ocuparse de otra cosa; pero tenga entendido que he de hacer responsable de mi ruina, á todas las autoridades de la Provincia.

El Alcalde no contestó, y miéntras Bustillon se lamentaba de haber perdido tan enorme suma, sin hacer caso de su fiel servidor, acercóse al lecho y descubrió el cadáver, arrancándole de las crispadas manos la sábana, mortaja, en que se hallaba envuelto; pero no bien cayó la sábana, sentóse de pronto Romeráles, y con las manos juntas, en ademan de súplica, pálido el rostro y extraviada la mirada, exclamó con dolorido acento:

—Oh! por piedad, no acabeis de matarme; lo confesaré todo.... Ahí, ahí, detras de aquel armario,

está el dinero; todo el dinero que se halla en esta casa. Lo gordo está guardado, en casa del señor cura. Ya veis que nada oculto; pero no me mateis.

—Miserable traidor! vociferó colérico el doctor, lanzándose sobre el compungido Romeráles con los puños cerrados:—Has vendido mi secreto, y he de hacerte ahorcar.

—Qué veo! exclamó alborozado el amanuense, como despertando de un angustioso sueño. El doctor! y el señor Alcalde! Y reventando en estrepitosa carcajada, añadió sin dejar de reirse:—Ha sido todo un sueño; pero qué pesadilla!

## XII

## Una respuesta gráfica.

—

Tan luego como el alcalde hubo interrogado á Romeráles, dejando abierta la sumaria del robo, Bustillon quedó solo con su acólito, quien sin convencerse todavía de ser verdad lo que suponia un sueño, refirió de nuevo á su señor cuantos pormenores sobre el hecho en cuestion plugo á éste hacerle repetir, para convercerse de que fuera Zárate en persona el autor de tamaño atentado.

Miéntras narraba el amanuense, paseábase el doctor á lo largo del aposento, visiblemente preocupado con la enemiga que parecia haberle jurado tan audaz bandolero; pero como no siempre en las idas y venidas de la cama de Romeráles al desvencijado armario, siguiera la anterior huella de sus pasos, acertó en una de las tantas veces que recorriera el aposento, á asentar el pié sobre un objeto en que hasta entónces no hubiera reparado; y deteniéndose á examinarlo, le pareció reconocer en el, una de esas vejigas en que acostumbran nuestros cam-

pesinos llevar dentro el sombrero, el tabaco de mascar. En el estado de agitacion en que el doctor se hallaba, no dió importancia á tan menguado objeto, y apartándole con el pié iba á continuar su ejercicio, cuando Romeráles le dijo:

—Entre otros objetos que me parecieron cartuchos de fusil, fué esa vejiga una de las tantas cosas que ese endemoniado ladron arrojó de la bolsa que llevaba terciada, para que le cupiera el dinero.

—Los cartuchos están ahí, dijo Bustillon recojiendo la vejiga; y como notase que ademas del tabaco encerraba otra cosa, se acercó á la luz que el amanuense tomó para alumbrarle, y con gran extrañeza se encontró que contenia una carta cerrada, cuyo sobre leyó al punto quedando sorprendido.

—Una carta dirigida al coronel Gonzalvo! exclamó el amanuese, quien no ménos sorprendido que el doctor habia leido el sobre; y cómo éste la abriera, se impuso como él del contenido.

—Qué significa esto? se preguntó Bustillon cavilando: una carta del capitan Delamar, fechada ayer en la hacienda de su tio, y dirigida al coronel!—Y en la cual recomienda á ese Oliveros, que se atrevió á decir á don Cárlos que entre Zárate y yo habia cuentas pendientes! Pero cómo se encuentra aquí esta carta, en la propia bolsa de Zárate?

—Se la habrá robado á ese tal Oliveros, se aventuró á decir el amanuense.

Bustillon no le contestó, habia caido en profunda meditacion; y á medida que cavilaba, sus ojos se encendian y arrojaban llamas, y sonrisas diabólicas plegaban y extremecian sus pálidos y sarcásticos labios. De pronto levantó la cabeza, y guardando la carta en el bolsillo, volvióse á su silencioso compañero diciéndole:

—Olvida que hemos encontrado esta carta y que la has leido como yo; me cuesta muchos miles de pesos; pero si las sospechas que abrigo se realizan, te juro que no la estimo cara.

Y haciendo levantar á Romeráles, que no alcanzaba á imaginar lo que sospechara el doctor, le dictó una larga carta dirigida al coronel Gonzalvo, y otra para el alcalde, en la que en sustancia le ordenaba, á nombre del Jefe de las armas, de quien decia tener plenos poderes: enviar inmediatamente un oficial, con el encargo de alcanzar y hacer devolver á Turmero los cuarenta soldados encargados de custodiar el pueblo, ordenándole al mismo tiempo al capitan Delamar, continuar la persecucion de los bandidos hasta el confin de la provincia, y más allá, si fuere necesario. Cerradas aquellas cartas, el amanuense, mal su grado, fué á llevarlas á la alcaldía, y Bustillon tornó á caer en sus meditaciones.

A pesar del nuevo escándalo del atrevido bandolero, que una vez más ponia en consternacion á toda la co-

marca, y de las amistosas amonestaciones del señor de Monteoscuro y otras personas respetables; don Cárlos Delamar y su familia, acompañados de Lastenio, tornaron á la hacienda de El Torreon, despues de cortos dias de permanencia en Turmero, grandemente mortificados por no saber de Horacio. Así fué que el doctor, de vuelta de la Victoria, á donde fuera llamado al dia siguiente de los sucesos que dejamos narrados, no encontró ya en Turmero á la codiciada beldad, objeto de sus aspiraciones. Lo que, á fe, lo puso de un humor detestable, tanto más, cuanto que fijo el pensamiento en la carta del capitan, que de manera tan extraña le habia caido en las manos, se prometia poner en práctica toda su habilidad para saber de don Cárlos, la vida y milagros de aquel incógnito Olivéros, que nadie conocia, y que á él le importaba tanto conocer.

Encontrándose hasta cierto punto chasqueado en sus propósitos, aprovechó la primera coyuntura para pasar á Cagua, y cuando ménos lo esperaban, se presentó en casa de don Cárlos, pretestando ocuparse de asuntos públicos que requerian su presencia en el próximo pueblo.

Por una de esas inspiraciones difíciles de explicar, Lastenio no inspiraba celos al doctor, y de buen grado aplaudió el talento del artista cuando le mostraron el retrato de Aurora. En las primeras horas de la mañana, Bustillon estuvo amable como nunca, en acecho de una oportunidad propicia para abordar al anciano la cuestion primordial

de su visita; pero no encontrando fácil el camino tortuoso por donde pretendia llegar á ella, se decidió á abordarla francamente, en momentos en que su inseparable Romeráles, atraido por los sazonados frutos en que abundaba el huerto, terminó de narrar su última aventura y se encaminó á solazarse con los maduros higos que tumbaban los pájaros.

—Ahora que recuerdo, señor don Cárlos, dijo reposadamente Bustillon. ¿Sabe U. que corre la noticia de que han asesinado á un tal José Olivéros? ¿Será acaso el que U. me ha nombrado algunas veces?

—Qué me dice U.! exclamó sorprendido y apesarado el anciano. ¿Pero cuándo ha podido sucederle semejante desgracia?

—Entiendo que hace más de una semana.

—Entónces no es él, contestó gozosamente Víctor, quien ya de pié para acompañar al amanuense, se habia detenido al oir la pregunta que á su padre dirigiera el doctor.

Este se volvió hácia el niño, como tratando de exigirle una explicacion de tan rotunda negativa; pero fué don Cárlos quien se apresuró á contestar:

—Si hace ya tanto tiempo que corre esa noticia, Víctor tiene razon, pues no hace cuatro dias que le vimos aquí, de paso para la Victoria, segun dijo.

—Entonces será algun otro del mismo nombre y apellido, agregó Bustillon con afectada indiferencia; y cual

si no le diera importancia á sus palabras, añadió abriendo su caja de rapé y ofreciendo un polvo á su interlocutor: Es tanto lo que U. me ha hablado de ese hombre, que se me ha hecho interesante y querria conocerle.

—¿Y U. no le conoce? preguntó Víctor admirado.

—Creo no haberle visto nunca; y es á UU. á quienes únicamente se los he oido nombrar.

—Un buen hombre, doctor, y un amigo mui consecuente, agregó el anciano.

—Pero á mí me admira que el doctor no le conozca, insistió el niño, cuando mi primo Horacio, que todavía no tiene un mes en estos valles, ya es tan amigo suyo.

—No he tenido yo tanta fortuna, replicó solapadamente Bustillon; pero espero tenerla cuando UU. me lo hagan conocer.

—No será difícil, díjole don Cárlos; en estos últimos tiempos nos ha visitado varias veces.

—Si U. tiene mucho empeño en conocerlo, ahora mismo se lo voi á presentar, exclamó Víctor corriendo hácia el taller.

—Ahora mismo! repitió sorprendido el doctor.

—Sí señor, contestó el niño riéndose.

—Y dónde está?

—Aquí, aquí, y Víctor se lanzó al aposento.

Bustillon alarmado dejó el asiento que ocupaba, y temeroso de haber dado de narices en alguna emboscada,

interrogó á don Cárlos con un gesto de indecible expresion.

Pero por más premura que pusiera el anciano en explicar al doctor la travesura de Víctor, éste no le dió tiempo, y el niño, triunfante, apareció trayendo aquel boceto que Lastenio habia hecho de Olivéros y se lo presentó diciéndole:

—Ecce homo!

El doctor retrocedió como aterrado al mirar el retrato, y pálido y demudado, preguntó profundamente conmovido:

—Y ese, és.... Olivéros?

—Su persona, contestó Víctor.

—Y está mui parecido, agregó don Cárlos, sin dejar de examinar con sorpresa el descompuesto rostro del doctor y la mala impresion que le hiciera el retrato.

Pero, por una extraña y repentina metamórfosis, la profunda palidez que velaba el semblante del doctor trocóse de súbito en purpúreo color, y cambiando de tono y de expresion, añadió sonriéndose con forzada afabilidad:

—¿Conque ese es Olivéros, el amigo del capitan Delamar? A fe que no tiene mala facha, aunque me parece mui rústico.

Y el alma del doctor rebosaba en aquel instante de feroz alegría.

Romeráles, entre tanto, con el pañuelo lleno de güayabas é higos, se acercaba al corredor; y curioso de suyo, al ver de léjos que algo extraño contemplaba su

señor, se apresuró á llegar. El doctor al divisarlo trató de ocultar el retrato; pero Víctor, entusiasmado con la obra de Lastenio, corrió á mostrarla al amanuense, quien dando un salto, cual si hubiera pisado una culebra, dejó escapar un grito de terror, y trémulo de espanto exclamó balbuciente:

—Es él! es él!

—Quién? preguntó don Cárlos sorprendido de la violenta convulsion que agitara los miembros de Romeráles.

Pero ántes de que éste contestara, lanzóle Bustillon una mirada de inteligencia que lo dejó cortado.

Aurora, Lastenio y Clavellina, que á la sazon llegaban de pasearse á la orilla del lago; no pudieron contener la risa, al ver la grotesta actitud en que permanecia el amanuense.

—Y bien, amigo mio, dijo don Cárlos al conturbado Romeráles, despues de explicar á Sanfidel y á su hija lo que motivara aquella muda escena. ¿Quiere U. decirnos por qué le ha sorprendido tanto ese retrato?

Romeráles levantó la cabeza, y buscó la aprobacion del doctor, quien fulminándole de nuevo otra mirada de inteligencia, díjole á su vez con la mayor naturalidad.

—En fin, sáquenos U. de la duda. ¿Conoce U. el original de ese retrato?

—Oh! por mi desgracia! contestó el amanuense extremeciéndose.

—Acabe entónces de decirnos quién es, exclamó Víctor.

—Y no le conoceis ?

—Terminad, dijo el doctor con aspereza, sin dejar de amordazar con su mirada la suelta lengua de su acólito.

—Pues bien, yo os lo diré, exclamó Romeráles exhalando un suspiro. Ese que veis ahí, vivo y terrible como un aborto del infierno, fué el infeliz á quien de tres lanzadas despaché al otro mundo en la accion de la Puerta, tomándole por Bóves.

Esta respuesta que mucho satisfizo al doctor, casi despreocupó á don Cárlos. Y la conversacion varió de tema.

Poco despues despidióse el doctor. Lo que habia sospechado era evidente; y la fortuna parecia sonreirle. Apénas se halló á solas con Romeráles, que, cabizbajo y preocupado, guardaba obstinado silencio, se detuvo, y golpeándole con familiaridad la espalda para sacarlo de aquel estúpido mutismo:

—Mira, le dijo, con infernal satisfaccion, lo que no quiere Dios, lo puede el diablo. Ya esa mujer es mía.

—Qué mujer ? preguntó sorprendido el amanuense.

—La hija de ese orgulloso viejo.

—Se la ha pedido U. ? ¿ y al fin ha convenido en dársela ?

—Eso no lo hará nunca; pero he de arrebatársela. Tengo en mis manos la reputacion de ese viejo y la vida de su sobrino el capitan, y á fe que sabré sacar partido de ventaja tan grande.

—Comprendo, murmuró preocupado el amanuense: ¿Pero si mañana se descubre que ellos han sido engañados?

—Oh! yo trataré de que no puedan comprobarlo. Y cuenta, que sólo tú estás en posesion de este secreto, en que de hoi más, fundo todas mis esperanzas, replicó Bustillon con acento terrible; y que si me traicionas con una indiscrecion, tienes de vida lo que yo tarde en saberlo.

## XIII.

## Privilegios de las ventanas que miran á los huertos.

—

Quince dias despues de los últimos sucesos que dejamos narrados, y en las primeras horas de una bella mañana, platicaban mui confidencialmente el capitan Horacio Delamar y su amigo Lastenio Sanfidel, bajo los copados jabillos del pintoresco lago de la hacienda de El Torreon. La noche anterior á esta privada entrevista, provocada por Lastenio, habia llegado de nuevo el capitan, despues de larga ausencia, á aquel hogar encantador, que tantos atractivos tenia para su alma enamorada, y donde poco tiempo debia permanecer, aguardando, como esperaba por momentos, órdenes superiores para ponerse nuevamente en campaña.

Motivaba esta espectativa del capitan Delamar, la determinacion tomada por el jefe militar de la Provincia, de hacer el último esfuerzo para acabar con Sántos Zárate, cuyas fechurías pasaban de la cuenta, y

mucho en que pensar daban al público que las padecia y á las autoridades que no alcanzaban á evitarlas. Juzgado insuficiente el número de tropas que hasta entónces se emplearan en la persecucion del bandolero, se habian pedido nuevos refuerzos al Gobierno para estrechar en un cerco de bayonetas la extensa selva de Güere, madriguera habitual de tan envalentonado foragido, y registrar árbol por árbol todo el bosque, tan luego se tuviera noticia de que Zárate y su terrible banda, acampasen, como solian hacerlo, en la ranchería del Tierral. Para obtener este aviso, contaba de antemano el coronel Gonzalvo con un extraño espía que motu-propio se habia ofrecido á denunciar á los bandidos; el cual no era otro que Tanacia la Sibila, quien chasqueada en su primer intento de venganza, habia privadamente declarado al Alcalde de Turmero sus antiguas relaciones con la terrible banda, y su propósito de vengar la muerte de su hijo.

Rumores desdorosos, solapadamente fomentados, corrian entretanto, amancillando el honor militar. Hablábase en las esferas oficiales, aunque sin señalar á los culpables, de complicidades entre Zárate y algunos de los jefes de los destacamentos que lo habian perseguido, atribuyéndose el mal éxito de las operaciones practicadas, á tan aviesa y criminal conducta; y no obstante que á nadie en particular se sindicase todavía, el Gobierno estaba alerta, y decidido á aplicar un

ejemplar castigo á quien quiera que fuese el que resultara culpable.

Estas sospechas, cuyo atizador oculto era el doctor, que habilmente preparaba el terreno para perder á Horacio, se guardaban con la mayor reserva, para no alarmar á aquellos sobre quienes recaian; y el público, así como los vigilados oficiales que mandaban los destacamentos, ignoraban lo que en las altas regiones gubernativas se temia y maquinaba. El país entero amagaba conmoverse, como aconteció luégo, y las calumniosas complicidades que se atribuian á aquellos pundonorosos militares, se estimaban como manejos políticos, cuya trascendencia llenaba de alarma, no sólo á las autoridades subalternas, sino á los altos magistrados que regian la Nacion. Zárate, de simple salteador, adquiría sin él saberlo, personalidad política. Terminar con el bandolerismo arraigado en Aragua, era aplastar la cabeza de la hidra revolucionaria que se creia ver remover en el país. El doctor Bustillon no descansaba en fomentar tales suposiciones; y levantada tenia sobre la cabeza de Horacio la espada de la venganza, no esperando sino el momento oportuno para dejarla caer y anonadar á su confiada víctima. Todas las arterias del astuto jurista, para precipitar el desenlace de los torcidos planes que fraguaba, habian sido ineficaces hasta entónces por falta de una prueba irrefragable para perder al capitan, y en la espectativa de obtenerla, espiaba á Horacio, confiado en que la

casualidad y la misma inocencia de la víctima vendrian pronto á ayudarle.

El coronel Gonzalvo habia trasladado á Maracai, su cuartel general. Las tropas todas ocupaban los acantonamientos que de antemano se les habian designado.

Despues del robo cometido en Turmero, como despues de todas sus grandes fechurías, Zárate parecia haberse sepultado; nadie sabia de él; pero se aguardaba á cada instante verle salir de su escondite. Todo estaba listo por parte del jefe militar para la gran batida; sólo se esperaba que la fiera mostrase de nuevo los colmillos, ó que Tanacia, que recorria los bosques, indicase la escondida guarida donde se refugiara el salteador.

Aunque de instantes, solamente, podia ser la estadia del capitan en el seno de su familia, habia llegado, como siempre, halagado por las más dulces impresiones; pero de mui distinto género eran las que allí le esperaban, sobre todo en aquella mañana, durante su privada entrevista con Lastenio.

No bien se encontraron solos, tan íntimos amigos, á la orilla del lago, Horacio se recostó de un árbol, y contemplando sonreido á Sanfidel, como haciéndole burla por la gravedad misteriosa que revelaba el continente del artista, exclamó con su genial jovialidad:

—Mui grave, mi querido, debe ser el asunto de que me vas á hablar, porque además de los anterio-

res preámbulos para traerme á este apartado sitio, tienes una cara que da lástima vèrla.

Lastenio, visiblemente embarazado, dejó escapar un suspiro, y aproximándose á su amigo, dijo con timidez:

—No sé si deba hacer lo que pretendo.

—Atrévete, qué diablos, *audaces fortuna juvat*, contestó riéndose el capitan.

—Cuando como yo, se ha sido tan desgraciado, es natural temerlo todo y dudar de todo.

—Inclusive de mi afecto por tí?

—Oh! no, replicó prontamente Lastenio, de tu amistad, jamás.

—Entónces, á qué tantos rodeos!

—Espera un instante, á que mi pobre corazon se tranquilice.

—Lastenio, por Dios! me llenas de pesadumbre, exclamó Horacio; cuando te creia radicalmente curado de tu misantropía, me encuentro con que has vuelto á las andadas. Por lo visto he arado en el mar, pues que de nada te han servido mis saludables consejos.

—Oh! te equivocas, Horacio, dijo el artista con alguna energía: gracias á tí, me creo curado.

—No basta decirlo, es necesario probarlo; replicó el capitan, y las pruebas que me das esta mañana, con tu aire compungido, tus suspiros y las mil reticencias que te oigo, no abonan mucho, que digamos, una salud completa.

—Lo crees así?

—Por lo ménos me atrevo á sospecharlo.

—Pues, de tí depende, amigo mio, exclamó Lastenio haciendo extraordinario esfuerzo, de tí depende, que de hoi más, quede tu pobre amigo radicalmente curado.

—De mí?

—De tí!

—Pues no hai más qué decir. ¿Qué quiéres? ¿qué deseas?

—Que termines lo que tan generosamente has comenzado.

—Estoi dispuesto, tú lo sabes; pero habla con franqueza, ó no salimos nunca de este círculo vicioso en que, á tu voluntad, me haces dar vueltas con la imaginacion. ¿Cómo puedo lograr lo que deseas, y lo que tanto como tú aspiro á realizar? Vamos, explícate.

—Cumpliendo un ofrecimiento que me hiciste cuando veníamos de Carácas.

—Te hice tantos! dijo el capitan palideciendo, que no me es fácil atinar.

—Recuerdas, agregó Lastenio, con la voz alterada por embargante emocion, que en nuestro viaje, al hablarme por la primera vez de tu familia...... Pero, ¿qué tienes? añadió el artista interrumpiéndose, alarmado por la profunda palidez que cubria el semblante de su amigo.

—Nada, contestó enérgicamente el capitan.

—Cómo no! estás tan pálido, que parece que te va á dar un accidente.

—Hace tiempo que padezco de vértigos, replicó Horacio con amarga sonrisa; pero no vale la pena de que te ocupes en mí. Prosigue; mi memoria no es buena y ha menester que la despiertes.

—Acaso te importune......

—Por el contrario, sigue; y dominando la emocion que le ahogaba, añadió con resolucion: decias, que si no recordaba......

—Que al hablarme por primera vez de tu familia, continuó Sanfidel, con extremado embarazo, finalizaste la pintura que me hacias del carácter de don Cárlos, con estas palabras, que hoi más que nunca viven en mi memoria: "Mi tio, hará migas con tigo, y lograré de él lo que en tu obsequio estoi dispuesto á proponerle: un novio para su hija."

—Y bien? murmuró el capitan con voz casi ininteligible.

—Que ha llegado el momento de cumplir esa anticipada promesa.

Horacio se sintió oprimido el corazon como por ardientes tenazas; pero, no obstante, halló en su alma energía suficiente para no revelar la espantosa tortura á que se hallaba sometido, y dejando caer sobre Lastenio, una larga é investigadora mirada, cuya extraña expresion escapósele al conturbado artista, le dijo:

—Está bien; haré lo que deseas;...... pero......

¿estás seguro de poseer el corazon de Aurora?

—Seguridad completa nunca he tenido en nada, tú lo sabes, contestó Lastenio suspirando; pero me inclino á creer que no le soi indiferente.

—Y estás resuelto á ofrecerle tu mano?

—Oh! no existe para mí mayor felicidad.

—Y pretendes que sea yo...... quien......

—Si, Horacio, exclamó Lastenio con exaltacion, interrumpiendo al capitan; á nadie con más títulos que á tí, que eres mi mejor amigo, mi hermano por el corazon y que me conoces desde la infancia, puedo exigirle que se acerque á don Cárlos, y le pida para mí la mano de su hija: de ese ángel, cuya felicidad compraria gustoso con mi vida, y de quien prometo ser esclavo ya que la adoro como á la reina de los cielos.

—Lastenio, Lastenio, exclamó el capitan con reprimida desesperacion.

—Y qué! replicó alarmado Sanfidel, ¿tendrias inconveniente en procurarme tan envidiable dicha?

—Ninguno, tranquilízate, dijo resueltamente Horacio, venciendo la turbacion que le dominaba y bebiéndose las amargas lágrimas que interiormente derramaban sus ojos: cuando tú pretendes dar el paso que me confias, debes tener seguridad de poseer su corazon; y exhalando á su turno un ahogado suspiro, añadió con despecho: dime, ¿cuándo quiéres que le hable á mi tio?

—Hoi mismo, si es posible. Puedes partir de nuevo de un momento á otro; ademas, mi posicion aquí, entre

tu familia, se hace ya, como debes comprenderlo, mui embarazosa.

—Vamos, dijo el capitan con energía, haré lo que deseas.

Y sin decirse una palabra más, se dirigieron á la casa: Lastenio lleno de esperanzas y Horacio profundamente conturbado.

Difíciles de expresar, siquiera aproximadamente, eran los sintimientos que se agitaban y combatian encarnizados en el alma del capitan, miéntras se encaminaba á cumplir aquella comision cruelísima que le impusiera, junto con la hidalguía de su carácter, la noble amistad que profesaba á Lastenio.

La pasion que en Horacio habia despertado Aurora, era el primer afecto puro que le hubiera inspirado una mujer; y sorprendido de encontrar en sí tal riqueza de delicados sentimientos, se habia extasiado en ellos, con el asombro delicioso de quien privado de la vista la recupera de súbito, y ve nacer una mañana espléndida, cual flor maravillosa, de las profundas sombras acumuladas en sus ojos.

Desde entónces, cuántos ensueños, jamás solicitados, cuántas candorosas ilusiones vedadas á su imaginacion no le habian acariciado; y cuántas misteriosas y dulcísimas fruiciones, como nunca sentidas, no le habian hecho soportable y casi venturosas, en la sole-

dad del campamento, las prolongadas horas de vigilante insomnio á que se viera sometido.

Todas las vanidosas aspiraciones que halagáran al ambicioso capitan en la noble carrera de las armas, habian cedido el primer puesto á aquella nueva pasion, desconocida hasta entónces, que parecia haberse apoderado como por asalto del corazon de Horacio, para quien Aurora habia llegado á convertirse en el polo encantado hácia donde convergian todos sus pensamientos.

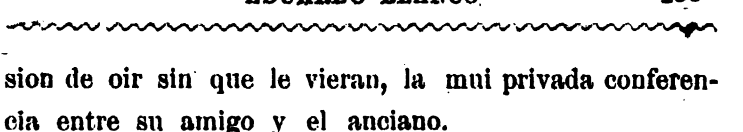
Con tales antecedentes, fácil será apreciar el doloroso y heroico sacrificio á que se prestaba el capitan.

Cuando los dos amigos subian la gradería del corredor, Horacio divisó á su tio ocupado en hacer regar el huerto y el anexo jardin. Con el alma oprimida, encaminóse decididamente hácia el anciano, miéntras Lastenio entraba á su aposento; y lleno de despecho, al considerar cuánto le habian engañado sus candorosas ilusiones respecto al grado de afecto que le profesara su prima, de quien su amigo, lo que no ponia en duda, habia logrado hacerse amar; entró de lleno en materia, y con gran sorpresa de don Cárlos, lo impuso de la comision que para él le habian confiado.

—Qué me dices! exclamó el anciano con asombro.

—Lo que U. oye, tío.

Lastenio, á la sazon en su aposento, se acercó á la reja de la ventana atraído por la voz del capitan; y, lleno de ansiedad, permitióse la excusable indiscre-



sion de oir sin que le vieran, la mui privada conferencia entre su amigo y el anciano.

—Y eres tú! quién vienes á proponerme semejante enlace? agregó don Cárlos con dolorido acento.

—Y por qué no? señor, replicó Horacio conturbado: Lastenio es caballero, y digno, sin disputa, del honor que pretende.

—Oh! siempre leal y generoso, murmuró el artista conmovido.

—No lo niego, Horacio, se apresuró á contestar el anciano, pero yo habia abrigado una esperanza, añadió con profundo pesadumbre, que acabas de matar en mi alma.

—Una esperanza! exclamó Horacio con exaltacion, comprendiendo todo el alcance de aquella ingénua manifestacion del anciano.

—Sí, ya lo he dicho; pero fué no más que una ilusion risueña para mis viejos dias, que se ha desvanecido.

—Mi querido tío, murmuró el capitan profundamente conmovido é inclinando con abatimiento la cabeza.

—Oh! no te mortifiques, agregó don Cárlos con melancolía, tú no tienes la culpa; es Dios, quien no ha querido concederme esa felicidad.

—No ha sido Dios, articuló con balbuciente voz el capitan.

—Y quién, entónces!

—Ella.

—Ah! no, no ha sido élla; ó mucho me he engañado, replicó prontamente el anciano, á tiempo que Lastenio golpeando con la frente los barrotes de la reja, exclamaba con desesperacion:

—Dios mio! Dios mio! he sido cruel hasta el exceso, Horacio tambien la ama.

—Pues os habeis equivocado, contestó el capitan al anciano.

—Estás seguro?

—El paso que doi debia probároslo.

—Permíteme dudarlo.

—Oh! no lo dudeis; su afecto se ha fijado en Lastenio, exclamó suspirando el capitan, y es para él, que bien merece por sus nobles cualidades la inmensa dicha que le espera, para quien yo os pido formalmente la mano de vuestra hija.

—Y está cierto, el señor de Sanfidel, de poseer el corazon de Aurora? preguntó el anciano.

—Yo lo creo.

—No, tú lo dudas como lo dudo yo.

—Tio!

—Mira, Horacio, yo no se qué decirte, yo no se qué pensar, exclamó don Cárlos conmovido; mas...... sea lo que Dios quiera!

—Lastenio la hará feliz...... creedlo, dijo el capitan con voz ahogada y apoyándose de un árbol para no caerse de sus piés.

El anciano lo contempló un instante con profunda extrañeza, y luégo murmuró para sí:

—Cuánta ceguedad!

—Espero vuestra respuesta, dijo Horacio, reaccionándose.

—Yo no te puedo contestar ántes de consultar la voluntad de Aurora; yo la he dejado en libertad de elegir el esposo que le cuadre, y es á élla á quien toca, ántes que á mí, decidir este asunto.

—Y cuándo la consultareis? Desearia fuese pronto.

—Tanto empeño así tienes?

—Puedo partir de un momento á otro, esta tarde quizás, y desearia contestar ántes á Lastenio.

—Está bien, lo haré ahora mismo.

Y fijando en Horacio, que en aquel momento se enjugaba una lágrima, una mirada llena de ternura, don Cárlos se dirigió á las habitaciones de su hija.

No bien se encontró solo el capitan, salió á su vez del huerto; y tratando de serenar su rostro, se encaminó al trapiche, donde acampaba Orellana con los sesenta veteranos, dispuestos á marchar al recibir el aviso que por momentos esperaba Delamar.

## XIV.

## Prerogativas de los huertos hácia donde dan ciertas ventanas.

Profundamente consternado quedó Lastenio al descubrir, que tanto como él, amaba Horacio á la hechizera niña cuya mano se habia prestado á solicitar para el amigo, con tanta generosidad como heroismo. Y fué entónces cuando se pudo explicar, el cambio extraordinario que se habia operado en el carácter del capitan desde su llegada á la hacienda de don Cárlos, y las mil recatadas atenciones que prodigara á Aurora; sin omitir la inolvidable escena del pañuelo en la plaza de toros, por el que locamente habia expuesto la vida.

—He sido un insensato, exclamaba Lastenio, vituperándose las horribles torturas á que expusiera á su noble rival. Y con violencia le latian las sienes y el corazon se le oprimia, al considerar lo irreparable de tamaña crueldad; así como intenso frio le corria por las venas, si recordaba las dudas del anciano, respecto

á los sentimientos de su hija, hácia el desventurado para quien se la habian pedido en matrimonio.

Dominado Lastenio por los encontrados sentimientos que luchaban en su alma, y sin encontrar como salir airoso de tan embarazosa situacion, corrió á buscar á Horacio, que áun suponia en el huerto, para arrojarse en sus brazos y pedirle perdon por el martirio que le habia hecho padecer. Pero en vano le solicitó bajo las espesas enramadas y entre los bosquecillos del jardin; y apesarado de no hallarlo, volvíase cabizbajo y pensativo, cuando acertó á pasar junto á las ventanas del aposento de Aurora, á tiempo que la voz de don Cárlos se dejaba oir en el interior de la estancia, con acento de infinita dulzura.

—Lo que vengo á anunciarte, hija mia, decia el anciano, no se si te será agradable; cumplo sólo un deber de cortesía, y como siempre te dejo en libertad de decidir lo que á bien tengas. No tienes, pues, motivo para alarmarte.

Lastenio, por más que quiso continuar su camino, se vió vencido por la curiosidad que despertáran en su alma el tono y las palabras de don Cárlos, y á su pesar detúvose á escucharle.

—Sin embargo, dijo Aurora á su padre, con voz emocionada, mui grave debe ser lo que venis á anunciarme, cuando tan serio y conmovido estais.

—Y es natural, le contestó el anciano, pues que

se trata nada ménos, que de tu porvenir y tu felicidad.

—De mi porvenir! ¡de mi felicidad! repitió Aurora con alarma.

—Como lo oyes, hija mia.

—Me asustais!

—Y por qué? ¿No es deber de los padres ocuparse en la dicha de sus hijos?

Y qué! ¿no soi dichosa poseyendo como poseo todo vuestro cariño?

—Sin embargo, insistió don Cárlos, á quien mucho parecia mortificarle llegar al fin de aquella confidencia, es necesario pensar en el mañana; yo tengo muchos años y......

—Oh! no me recordeis que puede llegar un dia, en que he de ser tan desgraciada.

—Bueno es remediar con tiempo las desgracias que nos pueden sorprender.

—Es que las hai irremediables, exclamó Aurora, enjugándose las lágrimas que le hicieran derramar tan tristes pensamientos.

—No tanto, señorita, replicó el anciano conmovido; pero es indispensable poner los medios de hacerlas ménos crueles.

—Yo no lo creo posible.

—Si tal, y de tí depende que esos medios puedan ser eficaces.

—De qué manera?

—Aceptando, hija querida, el noble protector que te depara el cielo.

—Qué decis!

—Que Horacio......

—Acabad, acabad, exclamó Aurora, con los ojos radiantes de inefable ventura, y casi ahogada por la emocion que agitaba su seno.

Don Cárlos la contempló un instante con infinita y dolorosa ternura, y, no ménos impresionado que Lastenio, quien al traves de la cortina de enredaderas que cubria la ventana, la veia con atónicos ojos, añadió con voz desfalleciente:

—Decia, que Horacio, se ha acercado á mí á pedirme tu mano; pero......

—Padre mio, padre mio, exclamó Aurora con exaltacion, interrumpiendo al anciano, y arrojándose en sus brazos, ruborizada y palpitante; pero no creais que le amo más que á voz.

—Ai! no me habia engañado! murmuró don Cárlos, con profundo dolor, dando libre curso al torrente de lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Y llorais! dijo Aurora asombrada, sintiendo correr por sus mejillas las ardorosas lágrimas que derramara su padre.

—Oh! no te forjes ilusiones, hija mia, tartamudeó sollozando el anciano, la dicha á que aspiramos está

vedada para nosotros dos.

—Y qué! exclamó Aurora con espanto.

—Que me has interrumpido sin dejarme concluir......

—Y hai algo más! Impone acaso condiciones?

—No......

—Pues qué, entónces?

—Que Horacio, dijo el atribulado padre, haciendo el postrer esfuerzo de energía, pide tu mano, no para él sino para su amigo.

Aurora lanzó un grito desgarrador y cayó sin sentido, á tiempo que la cortina de enredaderas que cubria la ventana se agitaba con violencia y un doliente gemido resonaba en el huerto.

—Hija querida, mi adorada Aurora, vuelve en tí, ten valor, gritaba y repetia el anciano ahogado por el llanto. Teresa! Clavellina! mi pobre hija se muere y soi yo quien la mato; venid á socorrerla.

Clavellina que se hallaba en la pieza vecina y que todo lo habia oido, entró corriendo con los ojos anegados en lágrimas.

—Oh! perdon, padre mio, por lo mucho que os hago padecer, dijo Aurora, venciendo su abatimiento y reaccionándose con extraña energía despues de algunos minutos de supremo abatimiento. Miradme, ya estoi tranquila, nada siento, no sufro y puedo contestaros lo que por mí direis......

—Me basta, hija, me basta, todo lo comprendo y nada tienes que agregar á lo que ven mis ojos.

—Sí, padre, sí; quiero que le digais...... que ha sido un mónstruo de crueldad......

—Aurora, por Dios, cálmate.

—Y que si aprecio á su amigo en lo que vale, presiguió aquella con enérgica altivez, no amo al señor de Sanfidel como para aceptarlo por esposo.

Lastenio dejó escapar un grito de desesperacion y de dolor, cual si un hierro encendido le hubiera herido el corazon. Y abandonando la ventana con el alma oprimida, se dirigió con paso firme á su aposento resuelto á poner término á las horas amargas que le esperaban con la vida.

Durante estos sucesos, recibia el capitan, á la sazon en el trapiche, la esperada órden del coronel Gonzalvo, de partir, sin demora, á incorporarse con su compañía al grueso de las tropas que se aprestaban á rodear la parte norte de la selva de Güere, donde se habia tenido aviso de hallarse reunida la banda del insigne salteador, que tanto se anhelaba aniquilar. Horacio pasó revista de armas y municiones á los sesenta veteranos, y dejando al cuidado del teniente Orellana atender á los últimos preparativos para ponerse en marcha, con órden de avisarle cuando estuviera listo, se encaminó á la casa á hacer ensillar su caballo, ceñirse la espada y despedirse de su tío.

Sombrío y meditabundo, llegaba el capitan al corredor, cuando acertó á ver á Clavellina, que corria afanada en busca de José, el paje de don Cárlos, para mandarlo al pueblo en solicitud de algunas medicinas. Sin saber á punto fijo lo que hacia, Horacio se detuvo y llamó á la mestiza; y ántes de fijarse en las lágrimas en que nadaban todavía los negros ojos de Clavellina:

—Toma, le dijo, presentándole el libro de oraciones que un mes ántes le hubiera regalado Aurora, llévale á tu ama ese libro, y dile, que de hoi más, no podria él consolar mi desgarrado corazon. Pero arrepentido al punto de tamaña flaqueza, añadió con prontitud.—No, no le digas nada, entrégaselo cuando á bien lo tengas; y le volvió la espalda.

—Ai! señor, cuánta crueldad, exclamó Clavellina dando suelta á sus lágrimas: despues de haberla matado quereis ahora enterrarla!

—Qué me dices! exclamó sorprendido el capitan, revolviéndose de pronto, para quedar consternado ante el profundo dolor que revelaba el semblante de su interlocutora.

—Que nunca la habeis querido, y que la habeis engañado.

—El engañado he sido yo, murmuró Horacio con suprema pesadumbre.

—Vos! exclamó la mestiza con asombro. Y des-

pues niegan los hombres que no han nacido ciegos. Y Clavellina refirió al capitan cuanto habia ocurrido poco ántes, entre don Cárlos y su hija, con motivo de la proposicion hecha por él á nombre de Lastenio.

Horacio quedó como aturdido; y sin aliento siquiera para contestar á Clavellina, no se opuso á recibir el libro de oraciones, que la encantadora doncella ántes de alejarse de él, le devolvió diciéndole:

—Busque ahora como hacerse perdonar, que no será difícil que lo absuelvan.

Antes de entrar al aposento donde suponia le esperaba su amigo, el capitan se detuvo indeciso á la puerta, sin atreverse á presentársele á Lastenio cuya desgracia era prueba evidente de la felicidad que él sintiera en el alma.

Abismado en sombríos pensamientos permanecia el artista desde su llegada á aquella estancia donde tantos ensueños le hubieran extasiado; y con la cabeza apoyada en las manos, dejaba correr el tiempo sin que diera la menor muestra de sacudir la turbacion y el apocamiento de ánimo que le dominaba, cuando levantándose de pronto exclamó con desesperacion:

—Si nada me resta ya en el mundo, ¿á qué soportar esta vida, que no ha tenido ni tendrá para mí sino amarguras y acerbos dolores? ¿A qué prolongar una existencia inútil, cuando puedo en un ins-

tante enjugarme las lágrimas y perderme en la sombra de las sombras y recobrar la libertad y acaso la dicha que aquí me está vedada? Si fuera bueno para algo, me prestaria á luchar; si á alguien pudiera hacer feliz, me detendria á esperar; pero qué espero, ni á quién puede ser útil la desesperacion. Terminémos; y que hasta el fin se cumpla mi destino.

Y dejando la silla en que habia estado sentado, se dirigió resueltamente hacia una mesa, donde al lado de la espada del capitan y cubiertas por una funda de paño se veian dos pistolas. Lastenio las examinó con cierta voluptuosidad mezclada de amargura, y cerciorándose de que estaban cargadas, amartilló con prontitud una de aquellas armas, y dirigia el cañon á su cabeza, á tiempo que Clavellina despues de separarse de Horacio, llamaba al paje, que á la sazon atravesaba el huerto, diciéndole en voz alta:

—Don Cárlos manda decirte, que vayas ahora mismo al pueblo en busca de este remedio para la niña Aurora.

Aquella voz angustiada, y los dos nombres que pronunciara la mestiza, produjeron en Lastenio un estremecimiento como de terror; y retirando el arma de la direccion en que la mantenia, exclamó ocultando las pistolas entre el chaleco y la camisa:

—Aquí no; seria pagar con una accion villana la hospitalidad que me han dado en esta casa. Partiré sin que me vean; y mañana, cuando en lejano bosque

encuentren mi cadáver, se creerá que me han asesinado los bandidos, y á nadie afectará mi muerte. Vamos.

—Dónde? preguntó el capitan entrando y deteniéndole.

—Horacio? exclamó Lastenio retrocediendo lleno de confusion y de vergüenza. Y yo lo habia olvidado!

—Qué tienes! tornó á preguntarle el capitan, espantado con la expresion extraña y la cadavérica palidez que alteraba el semblante, siempre apacible, de su amigo.

—Iba á buscarte, tartamudeó desconcertado Sanfidel.

—No obstante, replicó conmovido el capitan, podria creerse que no esperabas encontrarme, y que te ha sorprendido mi llegada.

—Es posible; pero deseaba verte.

—Mi tio no ha contestado todavía, balbució á su turno el jóven oficial, inclinando apenado la cabeza.

—No importa, replicó con prontitud Lastenio, yo te diré lo que don Cárlos acaso no te diga.

—Has hablado con él?

—No; pero he presenciado y oido, como vil espía, la entrevista que tuvo con su hija.

—Y bien....dijo maquinalmente el capitan.

—Que es á tí, Horacio, á quien Aurora ha amado y ama todavía.

—A mí! exclamó Horacio, ahogando la suprema

dicha que llenara su alma, en el dolor con que se la amargaba la desventura de Lastenio.

—Sí, á tí, noble y generoso amigo, exclamó el artista con exaltacion, á tí, quien imploro me perdones el horrible martirio que un extravío de mi razon te ha hecho padecer.

—Lastenio, gritó Horacio, con los ojos inundados en lágrimas y abriéndole los brazos, es á tí á quien toca perdonarme el haberte arrebatado, á mi pesar, la felicidad á que aspirabas.

—Oh! no es tuya la culpa sino mia, dijo con amargura Sanfidel; pero si tu has de ser feliz, sélo tranquilo, que yo esa dicha la bendigo y pido al cielo que sea eterna.

—Capitan, dijo un soldado, que en aquel momento se detuvo á la puerta, el teniente manda decir que estamos listos.

—Está bien, contestó Horacio ciñéndose la espada.

—Ahora sí que no te negarás á que te siga, dijo Lastenio con dulzura.

—Como quieras, contestó el capitan, y miéntras que su amigo se apresuraba á hacer ensillar los caballos, Horacio atravesó el corredor en solicitud de su tio.

—Qué significa esto? exclamó don Cárlos saliéndole al encuentro, y sorprendido de ver á su sobrino con la espada al cinto y calzadas las espuelas.

—Que ya estoi de partida, contestó embarazado el capitan, y que sólo espero de vuestra generosidad lo que acaso me creais y con razon, mui indigno de merecer.

—Qué? hijo mio, preguntó enternecido el anciano.

—Vuestro perdon, exclamó Horacio arrojándose en los brazos que le abriera don Cárlos.

—Pobre loco, todo lo comprendo, decia el conmovido anciano, sin dejar de abrazar al capitan: una injustificable sospecha y un nobilísimo sacrificio á la amistad; excusable la primera á tus años, y mui digno el segundo del nombre que bien sabes llevar.

—Querido tio!

—Pero, no es á mí, á quien toca perdonarte; has desgarrado el corazon de un ángel....

—Y yo la adoro, tio, exclamó Horacio ocultando el rostro en el seno del anciano.

—Pues trata de cicatrizarle la profunda herida que le abriste.

—Y me lo permitís?

—Aquella puerta, como la del cielo, dijo el anciano, indicando la del aposento de su hija, no está cerrada á los arrepentidos.

Horacio se desprendió de los brazos de don Cárlos y corrió al aposento donde cayó de rodillas á las plantas de Aurora; quien al verle á sus piés, dejó escapar un grito cuya expresion no le fué dado disimular, y ocultóse el rostro entre las manos. Diez minutos des-

pues hallábase aún el venturoso capitan arrodillado junto la silla que ocupaba la pudorosa niña, y sobre aquellas sus manos tan hermosas, cual lluvia inagotable, caían con profusion los besos apasionados y vehementes del extasiado Horacio, á los que servian como de eco alentador, dulcísimas querellas moduladas entre ahogados suspiros.

Clavellina, medio oculta detrás de las cortinas de la cama de Aurora, reía y lloraba á un tiempo, rebosado el corazon de indecible ventura; y nada parecia tener bastante poder para cortar las alas de aquella tempestad, que en incansable vuelo llevara hasta el creador la pura esencia de aquellas almas embriagadas en infinito amor, cuando don Cárlos, despues de estrechar la mano de Lastenio que para siempre creyó decirle adios, entró pausadamente al aposento, y contemplando lleno de ternura el cuadro que se ofrecia á sus ojos, levantó al cielo las manos exclamando:

—Ya que Dios lo ha querido, que como yo os bendiga; y bendito sea Dios.

## XV.

# La gran batida.

—

Miéntras que Delamar y su amigo Lastenio, escoltados por los sesenta veteranos, dejan la hacienda de don Cárlos, y al traves de tortuosas veredas y extensos plantíos se dirigen á la selva de Güere; una escena, en su género, no poco interesante, tenia lugar en Turmero, en la propia casa del mui honorable y respetado jurisconsulto, doctor Sandalio Bustillon.

Inquieto, nervioso y en extremo preocupado, paseábase el maquiavélico jurista en su gabinete de estudio, ó como cuadraria mejor calificarlo, en su laboratorio de trampas y enredos; en tanto que su amanuense Romeráles, á quien habia llamado hacia más de una hora, bostezaba arrellanado en un escaño, sin haber obtenido, en tanto tiempo, siquiera una mirada de su meditabundo patron.

Los graves pensamientós del doctor, giraban como siempre, en el inmenso círculo de su descabellada am-

bicion, con la vehemencia propia de los caractéres arrebatados, á quienes toda contrariedad los enardece y sirve como de acicate á las malas pasiones.

—Si se me escapa esta oportunidad, pensaba con angustia Bustillon, pierdo la ocasion más propicia que se me haya presentado en cuatro años de perseverante labor, para abrirle una brecha á esa fortaleza del orgullo, parapeto de esa familia Delamar, y apoderarme del tesoro que guarda. Y los momentos son preciosos, y el tiempo vuela, y nada se me ocurre. Si Zárate se escapa del cerco de bayonetas en que va á ser rodeado, norabuena; hago estallar la bomba cuya mecha está humeando hace ya quince dias, y el presuntuoso capitan que se ha atravesado en mi camino puede quedar entre los contusos, si es que no entre los muertos; pero, si por el contrario, lo que veo más probable, el bandido perece en la refriega, de nada me habrá servido la complicidad de la suerte que ha colocado en mis manos la reputacion de don Cárlos junto con la cabeza de su sobrino...... Y, volver á empezar es retroceder á mui léjos, y acaso fracasar definitivamente, y sepultarme más entre las sombras que anhelo rechazar, escarnecido en mi derrota por esos insolentes tan pagados de sus ridículas virtudes, á quienes por conveniencia me veo forzado á reverenciar públicamente; pero á quienes detesto con toda la energía de mi alma, y aniquilaria gustoso, si estuviera en mi mano, hasta reducirlos á polvo. Oh! es indispensable no desperdiciar

las ventajas con que me favorece el infierno. La Fortuna es una ciega cortesana á la cual es necesario ayudar á que dé el primer paso hácia nosotros, so pena de que yerre el camino; pero cómo ayudarla esta vez...... Y el preocupado jurista, se entregó á rebuscar entre las artimañas en que abundaba su fecundo ingenio, lo que solicitara con ahinco para precipitar el desenvolvimiento de sus torcidos planes.

Largo rato permaneció todavía como absorto en sus meditaciones; y Romeráles, despues de mucho bostezar, quedabáse al fin adormecido, cuando despertó sobresaltado sintiéndose sacudir rudamente por la mano de Bustillon, quien con aire de triunfo le decia:

—El que persiste vence. La encontré! La encontré!

—No me sorprende, contestó con ingenuidad el amanuense, incorporándose en su asiento, porque vuestra caja de rapé estaba ahí mismo, en esa mesa, debajo del pañuelo.

—Qué caja, ni qué cuernos! exclamó el doctor con impaciencia. Lo que he hallado, es la idea salvadora del conflicto en que me veo; pero es á tí á quien toca ponerla en ejecucion.

Romeráles hizo un gesto de disgusto, que no se le escapó al doctor.

—Vamos, prosiguió éste, no se trata de arriesgar el pellejo sino de comprobar una vez más las habilidades de tu pluma.

—Yo creo que en esa materia, mi reputacion de hombre de letras corre parejas con la de cualquier sabio, contestó el amanuense con jactanciosa petulancia.

—Pues de letra se trata. A ver si puedes imitar la de esta carta, añadió Bustillon, presentándole la carta del capitan Delamar al coronel Gonzalvo, encontrada en la casa del doctor la misma noche del robo cometido por Zárate.

—Quiere U. simplemente una copia?

—De la letra y de la firma, sí, no del sentido.

—Y cómo puedo yo......

—Descuida, prueba á imitar la letra, que yo te dictaré despues lo que debas escribir.

Romeráles, mal su grado, se sentó en el bufete del doctor, y con la carta del capitan por delante, se dió á imitar la forma de la letra de Horacio con sorprendente habilidad.

—Magnífico, magnífico, exclamaba lleno de gozo Bustillon, siguiendo con encendidos ojos el correr de la pluma de su amanuense: nadie podrá dudar de la autenticidad de lo que vas á escribir ahora con esa misma letra. Vamos, añadió luégo, busca en esa gaveta un pedazo de papel, igual ó parecido al de la carta que te ha servido de modelo...... Corriente! ese parece de la misma clase. Toma una tira que dé á entender que se ha cortado con precipitacion...... Está bien, no la recortes más, y escribe en ella, como

si fuera el mismo capitan quien lo hiciera: "Amigo Olivéros......"

Romeráles levantó la cabeza y miró sorprendido al doctor.

—Escribe, dijo éste con nerviosa impaciencia. Y el amanuense confundido, obedeció á su pesar.—"Amigo Olivéros," continuó dictando Bustillon, "se ha descubierto que está U. en El Tierral, y marchan ya á rodearlo más de quinientos hombres. Si este aviso no le llega á tiempo, todo se ha perdido."—Firma ahora.

—Que firme! exclamó Romeráles extremeciéndose de espanto.

—Sí, y despacha pronto, que son contados los momentos de que podemos disponer.

—Pero no ve U. señor, que eso es firmar mi sentencia de muerte?

—Oh! no seas estúpido; quién te manda á que lo firmes tú; lo que exijo es que firmes por el capitan.

—Pero, eso es horroroso! exclamó el amanuense, ese pobre jóven puede ser fusilado......

—No deseo yo otra cosa, replicó tranquilamente el doctor. Pero si quieres, te dejo en libertad de recibir por él los balazos que le esperan.

—Qué decis! dijo temblando Romeráles.

—Que si no firmas por el capitan, añadió Bustillon con acento terrible, lanzándole una de aquellas miradas que producian calofríos al amanuense, te acuso

de falcificador y hago que te maten ántes de que puedas comprometerme. Escoge.

Por toda respuesta, Romeráles tomó la pluma y se dispuso á firmar.

—Una H y una D solamente, díjole el doctor, pero eso sí, toda la rúbrica.

Romeráles ejecutó cuanto le prescribiera su señor, y pálido y conturbado se levantó del bufete.

El doctor tomó el papel y releyó lo escrito con infernal satisfaccion, y consultando luégo su reloj, murmuró para sí; busquemos ahora los medios de que este filantrópico aviso llegue á tiempo á manos del coronel.

—Puedo retirarme? preguntó con timidez el amanuense.

—Oyeme, Romeráles, dijo Bustillon á su acólito, fijando en él con feroz expresion, los penetrantes ojos. ¿Tienes algun amor á la vida?

—No me falta señor, contestó asombrado el amanuense.

—Pues si la quieres conservar, olvida lo que has hecho.

—Yo carezco de memoria, y bien que me lo habeis reprobado muchas veces.

—Que así sea. Ahora ve á ensillar nuestras mulas.

—Y dónde vamos con el sol que hace? si no es indiscrecion, preguntó un tanto inquieto Romeráles.

—Donde ha de ser, á la gran cazería que se pre-

para; oye los pasos de las últimas tropas que se dirigen á completar el cerco donde estrecharemos esta tarde á ese ladron de Zárate. Vamos, apresúrate para irnos con ellas.

—Y no seria mejor, replicó el amanuense rascándose una oreja, que dejáramos á esos señores militares toda la gloria de la empresa?

—No tal, mi presencia en el teatro de los sucesos es indispensable; y ademas, quiero que me vea todo el mundo al lado del coronel.

Romeráles comprendió que no debia replicar, y arrojando un ruidoso suspiro, fuese á ensillar las mulas.

Diez minutos despues, atravesaban el pueblo, y en compañía de un piquete de milicianos tomaban el camino de Maracai.

Como lo daba á entender la falsificacion de la carta que hemos visto poner por obra á Bustillon, las autoridades de la Provincia habian tenido aviso de hallarse Sántos Zárate con su terrible banda en la ranchería de El Tierral; é inmediatamente el coronel Gonzalvo habia ordenado á los distintos cuerpos reunidos de antemano en Maracai y en Turmero, rodear la parte Norte de la selva de Güere, comprendida entre el camino de los citados pueblos y las alturas de la cerranía costanera. Más de quinientos soldados de la tropa de línea, y otros tantos milicianos, en movimiento desde la madrugada, ejecutaban lo dispuesto por el comandan-

te militar, y para las once de la mañana de aquel mismo dia, en que el doctor Bustillon y su amanuense, caballeros en sus rollizas mulas, tomaban el camino de Maracai despues de la fazaña caligráfica de Romerálas; la pavorosa selva, tan temida, se encontraba rodeada por un extenso cerco de bayonetas, que, á proporcion que penetraban en el espeso bosque, reducian el dilatado círculo que al principio formaran.

Acaso aquella era la vez primera, que tan crecido número de piés moviéranse á penetrar al mismo tiempo en la sombría espesura de aquella abundosa aglomeracion de corpulentos árboles y tupidos zarzales, á cuya sombra, tantos crímenes se venian cometiendo desde remotas épocas. Pero, no obstante ser tan numerosos, y hallarse tambien apercibidos los batidores que se empleaban en levantar la acorralada fiera, el ojeo se efectuaba con la mayor cautela, y todos los que tomaban parte en la batida habrian preferido con mucho, habérselas á campo raso ó en cualquiera otro sitio, con todo un aguerrido ejército, ántes que con los pocos foragidos á quienes estrechaban en aquella pavorosa soledad, poblada de imaginarias asechanzas y de misteriosos é invisibles moradores, á creer las antiguas consejas populares.

La selva de Güere, como las trágicas selvas bretonas, abundaba en fantásticas tradiciones.

Era fama, que en las oscuras noches de Noviembre, ajigantadas aves negras cuyos graznidos lastimeros imi-

taban lamentos y ayes desgarradores, se abatian sobre los copados samanes próximos al camino que atraviesa aquel bosque, y con tan formidable aleteo revolaban en las profundas sombras, que á mui larga distancia se le oía como el fragor lejano de furioso huracan. Teníanse á estos fantasmas, por las almas en pena de los asesinados en pecado mortal en aquellos lugares, y no faltaba quien jurase haber visto y oido, á par de danzas de brujas y descabezados ambulantes, tan infernales diablurías.

Pero aparte lo sobrenatural, era lo cierto, que desde tiempos mui remotos, la susodicha selva habia gozado de atroz reputacion. A promedios del pasado siglo, un insigne salteador, apellidado Cúchares, la habia eligido por guarida, despues de abandonar la montuosa quebrada de los Cucharos, próxima á San Mateo, que lleva aún el nombre que dieran á la banda de aquel empedernido malhechor; y, desde entónces, innumerables habian sido los crímenes que se cometieran en su seno. No pasaban en un mes muchos dias, sin que se encontrara algun cadáver en medio de la senda ó colgado de un árbol; pero no eran solamente los salteadores de camino los que tales atrocidades cometieran en la selva de Güere: las terribles pasiones que se agitaran en Venezuela durante los primeros años de la guerra de independencia, la eligieron repetidas veces para saciar crueles venganzas; y todavía en 1816, al emprender Mac Gregor y Soublette, la glo-

tiosa retirada desde Ocumare hasta el Juncal, encontraron palpitantes aun, al cruzar aquel bosque, los cadáveres de veinte y nueve patriotas asesinados por Chepito González, quien por órden de Moxó habia sacado de Carácas aquellos infelices, para ser degollados so pretexto de llevarlos á Valencia. Por lo que respecta á Zárate, crecida era la cuenta de los crímenes cometidos en tan socorrida y renombrada selva.

Cuando el doctor Bustillon y su amanuense Romeráles, alcanzaron á reunirse en Caño-Colorado, con el Estado Mayor del coronel Gonzalvo, quien en persona, dirigía la batida; penetraban ya por las mil estrechas veredillas que cruzaban los altos matorrales de aquel temido bosque, las tropas apostadas hasta entónces en el camino real, y entre las cuales se distinguian, por su ordenada compostura, los granaderos del capitan Horacio Delamar, quien poco ántes de la llegada del doctor, habíase incorporado á la línea de circunvalacion que rodeaba la extendida espesura.

Empeñado Lastenio en tomar parte activa en el exterminio de la banda de Zárate, acompañaba á Horacio, quien en extremo preocupado con la sombría tristeza que revelara el semblante del artista, no se le separaba un instante, temeroso como estaba de haber penetrado los ocultos designios de su amigo. Y sin dejar de distraerle de tan profunda melancolía, por cuantos medios encontrara eficaces, espiaba los menores

movimientos de Lastenio, y saludables y filosóficos consejos le regalaba con afectuosa discrecion, miéntras que se internaban en el espeso arbolado, silencioso hasta entónces y lleno de todo género de dificultades para los que osaban invadirlo, no obstante marchar todos á pié.

Dos horas largas trascurrieron ántes de que los exploradores destacados de los cuerpos que rodearan el bosque, dieran señales de haber descubierto la solicitada madriguera que buscaban, cuando ya temerosos el coronel y el doctor de haber sido engañados por Tanacia, oyóse en medio á la espesura súbita gritería acompañada de lejanos disparos de fusil, cada vez más repetidos y numerosos.

Romeráles sintió correr por sus venas un friecillo poco agasajador, y sus quijadas y sus piernas, como si hubieran apostado á cuales temblarian con mayor rapidez, fueron acometidas de nerviosa trepidacion. Con todo, forzoso le fué seguir al coronel y al doctor que galopaban por un claro del bosque con ánimo de ganar una altura, desde donde pudiera descubrirse, por el humo de las descargas que resonaban en el corazon de la selva, la direccion que tomaban los fuegos; y más muerto que vivo, el amanuense, pudo ver á sus piés, tan luégo como llegó á la cima de un pequeño estribo de la cerranía costanera, ocupado por sus jefes, que el

humo de los disparos que trascendia por entre el tupido follaje de los árboles, así como el fragor del empeñado combate, se dirigian rápidamente hácia el lugar en que acabara de fijarse el Estado Mayor.

## XVI.

# El jaguar y los perros.

—

Sorprendido Zárate en su propia guarida, trataba de escaparse despues de una obstinada resistencia en la ranchería de El Tierral, donde las dos terceras partes de sus briosos compañeros quedaron muertos ó heridos. Durante la media hora que trascurrió en tan encarnizado combate, todos los ímpetus del carácter salvaje de aquel pujante y atrevido malvado, se manifestaron sin embozo con espanto de cuantos le atacaban: veíasele acometer enfurecido como rabioso tigre, y destrozar cuanto alcanzaban sus formidables garras; y hartarse de sangre, y rugir altanero, como la fiera á que se asemejara. A pesar de la reñida lucha que sostiene con tan multiplicados enemigos, cada vez más numerosos y enconados, no flaquea ni un instante, y á par que ataca y se defiende de las contrarias bayonetas que le cercan, castiga á los cobardes de su banda, repartiendo entre

ellos sablazos y estocadas; y los estimula con el ejemplo de la más indómita bravura, á no rendirse sino á morir matando. En aquellos momentos Zárate no es un hombre; es un mónstruo espantoso de piel invulnerable, sobre la cual parece que rebotan las balas y á quien amigos y enemigos ven con admiracion, tomar ajigantadas proporciones; ora se escude detras de los gruesos troncos de los árboles, ora como acosada serpiente se deslice entre los tupidos zarzales de donde salta para dejar sin vida cuanto alcanza. Constantemente rechazado torna á embestir de nuevo, y en las propias filas que le oprimen, cae como el rayo, y ensangrentados oficiales y soldados ruedan por tierra heridos por su mano. Pero, no obstante, tan singular esfuerzo, lo abruma al fin el crecido número de tropas que le atacan, y viéndose perdido, si un prodigio de audacia no le salva, intenta sin vacilar lo que todos ven como imposible. Aun le quedan en pié, Tumusa y Lagartijo y diez bandidos más, casi todos heridos: Zárate los reúne apresuradamente, forma con todos ellos compacto peloton, pónese á la cabeza, y juzgando escapar con más facilidad por las escarpadas colinas y profundos barrancos que unen la selva á la empinada cordillera, con no esperado ímpetu se lanza sobre las bayonetas que le cierran el paso por el flanco escogido; choca con desesperacion contra el muro de acero que se opone á su intento, lo quebranta, rompe las triples filas de soldados, y con el destrozo que pro-

duce tosca sierra sobre un tronco podrido, pasa al opuesto lado, dejando allí clavada en las agudas bayonetas la mitad de su gente.

Era aquel el momento en que el doctor y el coronel Gonzalvo, despues de mil dificultades que les opusiera el terreno, ganaban la despejada cima de un collado. La direccion que toman repentinamente los fuegos de aquel invisible combate, empeñado bajo el espeso bosque, así como lo repetido de las descargas y la estrepitosa vocería que resuena de pronto entre los combatientes, anuncian al experto coronel, que Zárate ha roto el poderoso cerco en que se viera aprisionado y que trata de escaparse trepando á la montaña cuyo resguardo parece haber salvado. Sin perder momentos, manda dos ayudantes en busca de las guerrillas que se encuentren más próximas á la base de la empinada cerranía, con órden de que ganen con ellas las alturas, para cortar la retirada al fugitivo malhechor, ántes que pueda éste adueñarse de ellas. Y lleno de angustia y de despecho, oye acercarse los disparos, los gritos y el tropel de la persecucion á uno de los estribos de la montaña, no distante del aislado collado que él ocupa con su Estado Mayor; cuando ve asomar por entre el espeso matorral de una quebrada y asentar el pié en la cumbre de una de las prominencias del indicado estribo, á un oficial de granaderos en quien al punto reconocen todos al teniente Orellana, el segundo de la

compañía del capitan Horacio Delamar, al cual ha tropezado un ayudante de los despachados por Gonzalvo y á quien le da la órden de ocupar las alturas.

Tan pronto como se impone Delamar de la direccion que traia el bandolero, dividió en dos la compañía, y á todo correr, mandó á Orellana á ocupar una loma subiendo por un espeso matorral, miéntras que él, á su turno, acompañado siempre por Lastenio á quien no le habia dado tiempo de poner en ejecucion sus fatales designios, trataba de ganar otra altura por el profundo lecho de una seca quebrada.

La satisfaccion que experimenta el coronel al divisar á Orellana en el punto indicado, cámbiase de súbito en extremada angustia; pues casi simultáneamente con el bravo oficial que se ha adelantado á sus soldados, pisan la misma cumbre, por la opuesta ladera, Sántos Zárate y cinco forajidos, escapados como por obra de milagro, de la lluvia de bálas que á campo raso recibieran.

Dos gritos de sorpresa resonaron á un tiempo.

—Gran bellaco! no me habias engañado, dijo Orellana acometiendo al audaz bandolero.

—Mejor, indio borracho, pues que es tu mala suerte la que te pone en mis manos, replicó Zárate á su turno, y se arrojó sobre el indio, como el jaguar sobre su presa.

Y miéntras que Tumusa y sus cuatro compañeros

le hacen frente al sargento Camoruco y á los treinta soldados que le siguen por entre el matorral, lucha furiosa, violenta, encarnizada, trábase entre Orellana y Zárate á la vista del coronel y del doctor; en tanto suben á la empinada altura, por sus varios recuestos, numerosas guerrillas.

Un instante no más míranse brillar las dos espadas, que en breve saltan en pedazos, quedando sólo las empuñaduras en las manos de tan pujantes y ensañados contrarios; quienes despues de golpearse sin resultado decisivo con los pomos de los rotos aceros, luchan á brazo partido tratando recíprocamente de asfixiarse; y caen por tierra y se revuelcan enlazados como dos serpientes poderosas, y ruedan de la cima por abismo profundo, á tiempo que el sargento Camoruco corre en auxilio de su jefe, pasando con su gente por sobre los cadáveres de los cinco bandidos que osaron detenerle.

Durante esta rápida escena, no visible para Delamar, subia éste apresuradamente por el profundo cauce de la quebrada en que se hallaba, y comprendiendo por los fuegos inmediatos que oia, que eran los de los granaderos que acompañaban á Orellana, ganó el extenso claro de una falda para ver de apoyarlos. Pero no bien se exhibe el capitan á todas las miradas que ansiosas buscan los desriscados combatientes; cuando un hombre aparece entre las matas, separadas del elevado

monte, por la media compañía del capitan y la pelada falda. Los soldados preparan los fusiles, apuntan y van á disparar sobre el desconocido; pero este con la mayor naturalidad, exclama dirigiéndose á Horacio:

—Cuidado conmigo, capitan, ¿es que U. no me conoce?

—Olivéros! exclamó sorprendido Delamar.

—Por aquí, capitan, corra, no pierda tiempo, añadió el bandido indicándole la profunda hondonada de donde acababa de salir: ahí está ese diablo, entre ese matorral.

—Pero U. aquí! añadió el capitan.

—Y bien mal trecho, como U. lo ve. Vine mandando un piquete de milicianos de Turmero, y los mui cobardes me han dejado solo entre las garras de esos desalmados, que por poco me matan. Pero corra con su gente, si es que no quiere que le acaben de matar á su teniente que está medio destripado y peleando todavía á cien pasos de aquí; y mostrándole la ensangrentada camisa, añadió afectando suma debilidad y sentándose en el suelo: yo estoi herido y no puedo dar un paso más.

Engañado Delamar así como sus soldados, lanzáronse á la hondonada que les indicaba Olivéros, y éste, ágil como un gato montes, apénas se ve libre, trepa por la agria cuesta, gana la cima de una escarpada roca y gozándose en el despecho de sus perseguidores, que, descubriéndole de nuevo, le hacen tiros que no llegan

á alcanzarle ; detiénese un instante, lanza luégo salvaje grito de burlesca amenaza, que repiten los ecos de la selva en mil variados tonos, y desaparece para no verse más entre las tortuosas quiebras de la montaña.

El capitan Delamar baja entretanto á la hondonada, donde sólo encuentra á su desriscado teniente acribillado á puñaladas y casi moribundo.

Horacio, apénas ve de léjos á Orellana revolcándose en un lago de sangre, corre hácia él, y en extremo afligido trata de incorporarlo; pero el teniente, no obstante la postracion de fuerzas á que se encuentra reducido, rechaza al capitan tan luégo como le reconoce, y con gesto terrible le dice apostrofándole:

—Déjeme U. morir tranquilo, ya que en parte á U. debo el verme asesinado.

—Orellana! soi yo, tu capitan, tu amigo, exclama Delamar tomando por delirio la absurda acusacion de su teniente.

Pero este lo rechaza de nuevo diciéndole con mayor energía:

—Mal puede ser mi amigo, el cómplice de Sántos Zárate, ó de Olivéros, que es el mismo bandido, y el cual me ha puesto en este estado.

Horacio lanzó un grito de espanto; sus granaderos se vieron entre sí, estupefactos de asombro, y Lastenio abismado hasta entónces en las tenebrosidades de su espíritu, levantó la cabeza, y murmuró contemplando á su aterrado amigo:

—Todavía mi vida á álguien puede ser útil.

Minutos despues, el capitan y sus soldados, llevando en brazos á Orellana, salian de nuevo al claro donde poco ántes dejáran á Olivéros, y faz á faz hallóse Delamar con Bustillon, escoltado de numerosa tropa. Caballero en su mula, con la inmovilidad de una estatua, permaneció el doctor dejando que Horacio se acercara é hiciera depositar sobre una roca á su herido teniente; y adelantándose entónces hácia el conrturbado capitan, púsole una mano sobre el hombro y con expresion de infernal regocijo, exclamó en alta voz:

—En nombre de vuestro superior, estais preso!

# XVII

## Un abismo.

—

A pesar de las airadas protestas que no economizó, nuestro pundonoroso capitan, lleváronle preso á Maracai, donde inmediatamente procedieron á instruirle el más terrible proceso, como cómplice de Sántos Zárate, en las miras políticas, que de hacia algun tiempo, se habia tenido empeño en atribuir á semejante bandolero.

Este acontecimiento, escándalo mayor que todos los escándalos habidos hasta entónces en aquellas comarcas, se difundió por la Provincia con la rapidez maravillosa de toda infausta nueva; y cada cual se dió á pensar lo que á bien tuvo, respecto á la supuesta complicidad del capitan Horacio Delamar, cuyos antecedentes así como su nombre, abonaban mucho en su favor, no obstante los terribles cargos que pesaban sobre él.

Tan inesperada noticia cayó como una bomba en el hogar apacible de la familia Delamar, causando dolorosos estragos, y tanto asombro como duelo y desesperacion en el alma de Aurora y de su padre, á quienes directamente heria en sus más íntimos afectos, suceso tan sorprendente y desconsolador. Don Cárlos, lleno de vergüenza á la par que exasperado por el ultraje que se irrogaba á su apellido, sometiendo á juicio á su sobrino por causa tan infamatoria como injusta, voló á Maracai, acompañado de don Antonio Monteoscuro, á ver de salvar al capitan, escudándole con la respetabilidad de su nombre y el crédito de que gozaba en la Provincia. Pero todos los esfuerzos del anciano, se estrellaron contra los solapados manejos y el valimiento que habia cobrado el doctor Bustillon, quien aparentando ayudar á don Cárlos, precipitaba el término del juicio reagravando los cargos contra el reo, y haciendo pesar indirectamente su influencia, no sólo en el ánimo del Coronel Gonzalvo que, en conciencia, se resistia á creer en la criminalidad del capitan á pesar de las apariencias que le condenaban, sino asimismo en el espíritu de los jueces militares que debian conocer de la causa.

Los cargos que arrojaba aquel proceso, obra maestra en su género, de las habilidades del doctor, aunque basados en presunciones y hechos aparentemente verídicos, llegaban á hacer temer que las conclusiones

fiscales fuesen nada ménos que la peticion de una sentencia de muerte contra el presunto reo.

Obedeciendo Bustillon al maquiavélico y oculto plan que concibiera, tan pronto como su aliada, la casualidad puso en sus manos la vida de Horacio y la reputacion de don Cárlos; todo su empeño se cifró en llevar al capitan y á su familia á la última extremidad; para lo cual, así como evitara comprometer al anciano en la culpabilidad atribuida á su deudo, no obstante que don Cárlos hubiera declarado sus inocentes relaciones con aquel Olivéros que resultaba ser el mismo Sántos Zárate, no omitió en la sumaria una sola de las circunstancias que de alguna manera comprometieran al capitan y le hicieran aparecer culpable del crímen que se le imputaba. Entre los más fuertes cargos que arrojaba el proceso: figuraba, la espontaneidad con que pidió el capitan, venir desde Carácas á tomar parte en la persecucion de los bandidos que guerreaban en los Valles de Aragua, circunstancia ésta á la cual se le daba la más torcida interpretacion; las relaciones que Horacio habia llevado con Zárate, bajo el nombre de Olivéros, desde su llegada al punto que le designaron para acantonamiento; la excursion infructuosa á la Villa de Cura, de donde volvió acompañado por el bandido desde el caserío de La Cuarta, evitando los caminos públicos, como lo atestiguó Orellana ántes de morir de sus heridas, y lo ratificó el sargento Camoruco, quien llorando, habia

depuesto contra su capitan; el hecho público ocurrido en la plaza de toros de Turmero, donde segun aseveracion de Tanacia la bruja, Zárate habia sido el *Villalóbos* que salvó á Delemar, lo cual quedaba comprobado con el aviso que diera aquella misma mujer del robo que horas despues de aquel suceso, se cometia en la casa del doctor por el mismo bandolero: lo infructuoso de la persecucion que se le habia hecho al malhechor y el aumento de sus atentados desde la llegada del capitan; y de postre, amen de haber dejado escapar al bandido despues de haberle hablado, lo que fué público y notorio; la culpabilidad que arrojaba una carta de letra del capitan y firmada con sus iniciales y su rúbrica, encontrada al decir, de un soldado, en la ranchería de El Tierral y presentada al coronel la tarde misma en que se escapara el salteador; carta cuya letra habia reconocido el reo como idéntica á la suya, protestando empero no haber escrito semejante infamia.

Con todo esto, como bien se comprende, habia bastante para llevar al patíbulo al desventurado capitan, cuyo defensor, en la última extremidad á que fué reducido, sólo pudo alegar como prueba material del engaño que habia padecido su cliente, la existencia de aquella carta dirigida por éste, al coronel Gonzalvo, cuyo portador habia sido aquel mismo Olivéros, y cuyo contenido conocemos. Pero ¿dónde se hallaba tan precioso documento? El coronel no lo habia recibido y

fácil era creer, por más que Sanfidel y toda la familia Delamar asegurasen haberla visto entregar á Olivéros, que la tal carta era un recurso extremo de ningun valimiento.

Bustillon triunfaba; pero astuto como era, no se dormia sobre los conquistados laureles. De las declaraciones del teniente Orellana y del sargento, resultaba la presuncion de alguna complicidad entre Zárate y un tal Damian, ventorrillero del caserío de La Cuarta, en cuya casa habia encontrado el capitan, de vuelta de la Villa de Cura, al susodicho bandolero. El doctor contribuyó cuanto pudo á que no se diera importancia á aquella circunstancia; pero temiendo que aquel hombre, si en realidad era cómplice de Zárate, pudiese dar alguna luz favorable á la defensa del capitan, se apresuró á averiguarlo; y ántes que se librase órden de aprender á Damian, lo allanó por su cuenta, de donde resultó que acobardado el cojo, y creyendo que se trataba de salvarle la vida al capitan, declaró por escrito, lo que no esperaba el doctor, esto es, cuanto sabia par boca del mismo Sántos Zárate, respecto á sus relaciones con el capitan Horacio Delamar, á quien habia engañado, y de donde resultaba la manifiesta inocencia del acusado. El doctor como es lógico conjeturar, se guardó la tal declaracion aplaudiéndose *in pectore* la inspiracion que habia tenido de adelantarse al Juez de paz, y como no le hacia ninguna gracia que se-

mejante testigo terciara en el proceso, le aconsejó se escondiera en las entrañas de la tierra, si no queria ser aprendido y luégo fusilado.

Salvado aquel escollo, Bustillon puso en juego todas sus arterías para violentar el juicio del culpado, temiendo ver surgir á cada instante algun extraño incidente que pudiera entorpecer la realizacion de sus adelantados proyectos.

Don Cárlos, entre tanto, desesperaba de salvar con su influencia á aquel sobrino tan amado; y despues de agotar cuántos recursos le fuera dado hacer valer en beneficio de Horacio, sobre quien parecia pesar el fallo inexorable de un funesto destino; retornó á su hacienda donde el conflictivo estado de su hija reclamaba todas las atenciones paternales, confiando al generoso Sanfidel y á otros buenos amigos, evidenciar la inocencia del capitan ante los altos magistrados que regian el país.

Pero la desgracia de Horacio parecia irrevocable. Las gestiones de Lastenio en Valencia, donde residia el gegeneral Páez, por entónces Comandante General del Departamento de Venezuela, para ver de influir en el ánimo de este en favor de su amigo, no daban satisfactorio resultado; y un consejo de Guerra juzgó al fin al capitan, condenándolo á ser pasado por las armas.

Esta sentencia, apénas pronunciada, voló en alas del viento hasta la hacienda de El Torreon, dejando aterrado al anciano Delamar é hiriendo de muerte el

corazon de Aurora. La desesperacion, el duelo y el espanto se posesionaron de aquel hogar bendito, tan apacible y tan feliz hasta hacia pocos dias, y el venturoso Eden se convirtió en sepulcro, donde no corrian sino lágrimas y no se oian sino lamentos.

Con excepcion del virtuoso párroco de Cagua y del hidalgo Monteoscuro, únicos amigos fieles que la desgracia no apartara de la noble familia, ninguna otra mano caritativa se apresuró á enjugar aquellas lágrimas, en que se ahogaban junto con el legítimo orgullo del anciano, los más íntimos y más tiernos afectos.

El fallo del consejo de Guerra llegó á noticia de la familia Delamar, dos horas despues de haberse promulgado en Maracai, y en las primeras horas de una mañana, á las ocho dias justos de la iniciacion del proceso. Monteoscuro y el Párroco acompañaron al atribulado anciano, largas horas; pero llegada la tarde, tuvieron que dejarle, para atender, el uno, á las imperiosas obligaciones de su ministerio, y el otro para ir á informarse á Maracai de sí no podia haber apelacion contra semejante sentencia; y la familia habia quedado sola, abismada en su acerbo dolor, cuando trascurrido algun tiempo de la separacion de tan leales amigos, José, vino á anunciar á don Cárlos, que á la sazon confundia con su hija sus lágrimas y sus lamentos, la inesperada visita del doctor Bustillon.

Cuando el infortunio nos abate y todos los medio-racionales para combatirlo y vencerlo parecen ine-

ficaces, el hombre espera aún, ya que su alma no puede existir sin esperanza; y con los ojos fijos en el cielo, aguarda, hasta que la vida lo abandona, algun suceso extraordinario que pueda venir á socorrerlo.

El anuncio de la visita del doctor, sin antecedente que la justificase, fué para aquellos desgarrados corazones como una vislumbre de esperanza. Don Cárlos corrió al encuentro de Bustillon, y Aurora misma, á pesar de su estado de languidez moral y abatimiento físico, siguió á su padre como arrastrada por una fuerza extraña.

## XVIII.

## Una mano por una cabeza.

—

Profundamente pálido, el ceño contraido y asaz conturbado, cual si los pensamientos que se producian en su cerebro le causaran horror, habíase sentado Bustillon en el escaño próximo al oratorio, donde esperaba absorto en sus lucubraciones, á que lo introdujesen á la estancia de don Cárlos; miéntras que Romeráles, con una cara de difunto que daba grima verla, permanecia de pié en el extremo opuesto del corredor, teniendo de la brida la mula de su amo, y el usado ronzal por donde manejara de ordinario á su siempre adormitada y apacible rucia.

Pero no bien el preocupado jurista habia podido dominar las múltiples impresiones que produjeran en su ánimo, los recuerdos que de tiempos más felices le asaltáran al pisar de nuevo aquella casa, cuando sin esperarlo vió aparecer al anciano, en cuyo rostro ve-

nerable descubríanse las huellas de un intenso dolor.

Bustillon sintió correr por su piel extraño calofrío, y movido, á su pesar, por el respeto que impone la virtud y la desgracia unidas, púsose de pié y saludó respetuosamente á don Cárlos, quien sin tenderle la mano exclamó interrogándole con una mirada angustiosa y llena de melancolía:

—Es una esperanza, ó un dolor más lo que venís á traernos?

—Una esperanza; contestó el doctor, recobrando la perdida serenidad y toda la sangre fría en que estribaba la mayor fuerza de su espíritu.

—Una esperanza! repitió don Cárlos con extremada exaltacion. Y reprimiéndose de pronto, añadió con amargura: Supongo que no ignorais, que es una cobardía y hasta un crímen, burlarse del ageno dolor.

—No lo ignoro....

—Entónces, prosiguió el anciano palpitante de emocion, debo creer que venís á nosotros como amigo!

—Nunca he dejado de serlo.

—Y bien?....

—Infiero que ya sabeis, dijo pausadamente Bustillon, que vuestro sobrino el capitan Horacio Delamar, ha sido condenado esta mañana á la última pena que imponen las leyes militares?

—Lo sé, contestó el caballero estremeciéndose, como tan bien no se me oculta que de ordinario la decantada justicia de los hombres, á más de cruel, es ciega.

—Pero, lo que aún ignorais, tornó á decir el doctor, es que yo, en vuestro obsequio, y contra el tenor expreso de la sentencia, puedo hacer aplazar por dos dias la ejecucion del reo.

—Y lo habeis hecho?

—No; pero lo haré.

—Y en ese lapso de tiempo....añadió don Cárlos vislumbrando una esperanza.

—Me apresuro á proponeros salvar al capitan.

—Salvarlo! y lo creeis posible?

—Sí, pero á condicion de que segundeis mis propósitos.

Aurora desecha en lágrimas, pálida y temblorosa de emocion, apareció en aquel momento en la puerta de la sala; y no pudiendo mantenerse de pié, dejóse caer en una silla que presuroso le ofreciera el doctor.

—Has oido, hija mia, lo que asegura este señor? dijo el anciano á quien las violentas palpitaciones que estremecian su pecho, casi le cortaban la palabra.

—Oh! todo lo he oido, padre mio, exclamó Aurora con voz desfalleciente. Pero será posible que Dios se apiade de nosotros?

—Señorita, exclamó Bustillon, con el tono del más profundo convencimiento, la vida de vuestro primo el capitan, la teneis en vuestra mano.

—En mi mano! exclamó Aurora asombrada.

—Sí, en vuestra mano, repitió el doctor con ma-

yor energía, pues que de vos depende que viva ó que perezca.

—Oh! si de mí depende, vivirá, dijo Aurora enjugándose las lágrimas, porque no hai sacrificio á que no esté dispuesta por salvarlo.

Don Cárlos asaltado por una espantosa sospecha, púsose de pronto profundamente pálido y creyó caerse de sus piés. Pero la candorosa niña, halagada por aquella insólita esperanza, añadió con precipitacion, sin mirar á su padre:

—Pero, por Dios, señor, hablad, decid lo que yo debo hacer.

Bustillon se reconcentró un instante, como tratando de apercibirse de toda la entereza de su carácter, é irguiéndose luégo y abrazando á la casta doncella con una mirada de incalificable expresion, la dijo con tono suplicante.

—Sed mi esposa!

Aurora, dejó escapar un grito de indignacion y, prorumpiendo en ahogados sollozos, ocultóse el rostro entre las manos.

—Sois un infame, exclamó fuera de sí don Cárlos, interponiéndose entre su hija y el doctor: A ese precio jamás!

—Pensad bien lo que decís, replicó Bustillon, con pasmosa tranquilidad.

—Y qué! villano! prosiguió indignado el caballero,

¿ has podido figurarte alguna vez que yo pudiera concederte la mano de mi hija? Crees posible que yo la sacrifique al autor principal de todas nuestras desgracias, al criminal aventurero que por largo tiempo ha logrado engañarnos con apariencias de hombre honrado mintiéndonos respeto y consideraciones, y que hoi, despues de cometer el espantoso crímen de hacer condenar á un inocente, reduciéndonos á la última extremidad, viene á vendernos á ese precio la dicha que nos ha arrebatado? Oh! agradece á que ya no tengo fuerzas ni para castigar como se merece tu insolencia, que no llame á mis criados y te haga arrojar á palos de esta casa, que con tu presencia amancillas. Y levantando airado la temblorosa diestra:—Vete! añadió indicándole la salida del corredor, y que mis ojos no te vuelvan á ver.

—No me sorprenden, ni me intimidan semejantes arrebatos, dijo el doctor con imperturbable sangre fría, los esperaba; vuestro orgullo aristrocrático era de rigor que estallase; pero, reflexionad que así como se empina tan airado, pueden las circunstancias revolcarlo en el polvo que tanto despreciais.

—Miserable! gritó don Cárlos, lanzándose á tirar de la cuerda de la campana para llamar á sus criados.

Amedrentado Roméráles por la violenta indignacion del anciano, no obstante las simpatías que le inspiraban las desgracias de la noble familia, y lo

justos que le parecian, los reproches enrostrados á su amo, se apresuró á montar la rucia para estar listo á escapar del percance de una imprevista zurra; pero el doctor, sobre quien más directamente pesaba semejante amenaza, no se movió ni dejó traslucir la menor inquietud; y como don Cárlos alcanzase á apoderarse de la cuerda de la campana:

—Sonadla, le dijo con espantosa calma, que serán las campanadas que deis, los primeros dobles que anunciarán la muerte de vuestro sobrino, y, lo que es más, el oprobio de vuestra raza, infamada en afrentoso patíbulo.

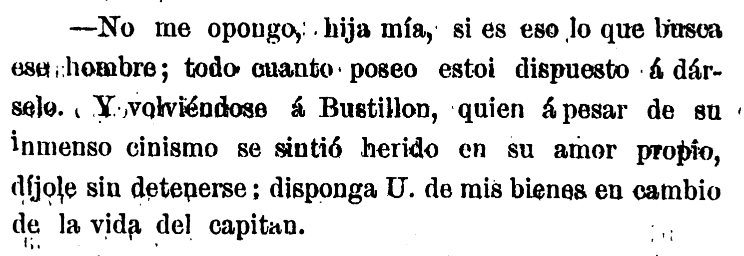
El anciano se detuvo y quedó anonadado.

Bustillon se sonrió con expresion de triunfo, luégo vió la hora en su reloj, y tomando un abundante polvo de rapé con marcadas muestras de voluptuosidad, dijo tranquilamente despues de sacudirse las solapas de su cuácara de alpaca:

—Son las tres. Os doi diez minutos para que reflexioneis. Y comenzó á pasearse á lo largo del corredor.

—Malvado! vociferó don Cárlos.

—Padre mío, padre mío, no os alarmeis con la infame proposicion de ese mónstruo, exclamó Aurora corriendo á abrazar al anciano, lo que él aspira es á poseer nuestra fortuna. Oh! dádsela toda en cambio de la vida de Horacio, que Dios con su misericordia sabrá recompensaros.



—No me opongo, hija mía, si es eso lo que busca ese hombre; todo cuanto poseo estoi dispuesto á dárselo. Y volviéndose á Bustillon, quien á pesar de su inmenso cinismo se sintió herido en su amor propio, díjole sin detenerse: disponga U. de mis bienes en cambio de la vida del capitan.

—De vuestros bienes, repitió con amargo desprecio Bustillon; para qué necesito yo de ellos, cuando mi fortuna es diez veces superior á la vuestra? Lo que yo exijo es la mano de vuestra hija para apuntalar con vuestro nombre aristocrático el ningun valimiento del mío, ya que así lo requieren, eso que vosotros llamais conveniencias sociales.

—Salid! díjole el anciano con imperioso acento.

—Oh! no creais, sin embargo, que la desigualdad entre nuestros nombres sea excesiva, añadió sin desconcertarse el doctor, porque si es verdad que el mío es oscuro, el vuestro está infamado.

Don Cárlos, como herido en el alma, dejó escapar un gemido de profundo dolor.

—Van corridos ya cinco minutos, agregó Bustillon consultando su reloj. Qué decidís?

—Vete! exclamó el anciano con desesperacion, no me obligues á arrancarte la lengua.

—Está bien, contestó Bustillon, y, levantando la voz, añadió con solemnidad: mañana al apuntar el dia, vuestro amado sobrino, el capitan Horacio Delamar, morirá por traidor y cómplice de salteadores, en afrentoso pa-

tíbulo, y su sangre caerá sobre vosotros, porque sois vosotros quienes le dais la muerte.

Al oir semejante acusacion, don Cárlos quedó aterrado, y Aurora, dando un grito desgarrador, cayó sin sentido en los brazos de su padre.

Bustillon les volvió las espaldas, y con lento paso se dirigió al extremo opuesto del corredor á tomar la brida de su mula.

—Doctor, doctor, exclamó el atribulado anciano, lleno de aturdimiento al ver que Bustillon se disponia á marcharse arrebatándole la última esperanza.

—Qué me quereis? preguntó el abogado con insolente desabrimiento.

—Una palabra más......

—Han pasado ya los diez minutos que os concedí para reflexionar.

—Oh! tened piedad de mi inocente hija!

—Piedad!...... repitió Bustillon con amargura: ¿Acaso existe álguien que de mí la haya tenido nunca?

Y dejando escapar un rugido de concentrada ira, ponia el pié en el estribo, cuando acertó á fijar, por accidente, los airados y centellantes ojos en el rostro encantador de Aurora, velado por la espantosa palidez de la muerte. El doctor se detuvo asaltado por extraordinaria emocion; devolvió al cumpungido Romeráles, testigo silencioso de aquella desgarradora escena, las riendas de la mula; y, como atraido por iman po-

deroso, tornó á marchar lentamente hácia don Cárlos y su hija, sin apartar de ésta las ardientes pupilas.

A medida que se acercaba á ellos, la frente oscurecida del doctor cambiaba de colores; las ventanas de sus anchas narices se dilataban como si les faltase aire respirable; y, cual si estuviera sometido á la accion de una pila Voltaica, todos sus músculos padecian convulsiones.

De los brazos del anciano habia pasado la desmayada niña al duro asiento del escaño, y extendida en él, privada de sentido, exhibia á los ojos de Bustillon las hechiceras formas en completo abandono. No obstante, aquel seno virginal, inmóvil como el de una estatua y más levantado que de ordinario, por efecto de la posicion en que se hallaba la púdica doncella, manteníase velado por una parte de su abundosa cabellera; en tanto que sus brazos, así como sus diminutos piés, provocando las miradas de fuego de aquellos ojos que la devoraban, colgaban descubiertos del escaño.

En presencia de semejante abandono, que mucho realzaba los encantos de Aurora, Bustillon quedóse embelezado; miéntras que don Cárlos, de pié, con las espaldas vueltas á su hija, no acertaba á coordinar sus pensamientos, y, abismado en su dolor y su preocupacion ni siquiera fijaba en el doctor su lánguida mirada.

Con expresion de satánica voluptuosidad contem-

pló largamente el doctor á la desmayada doncella, y como dominado al fin por estúpida demencia, volvióse de súbito al anciano y con voz balbuciente, le dijo indicándole á Aurora:

—Dámela! dámela! y yo seré tu esclavo.

Don Cárlos miró con indecible espanto á Bustillon, luégo fijó en Aurora los sorprendidos ojos, y dando rienda suelta á la mui justa indignacion que le causara aquel nuevo é inmerecido ultraje al recato de su hija y á su propio decoro, exclamó con violencia:

—Eres un desalmado, un mónstruo.......

—Te doi por ella cuanto tengo, agregó el doctor con desesperacion.

—Miserable!

—Te devuelvo la dicha que te he arrebatado...

—Infame!

—Salvo la vida á tu sobrino.

—Malvado, malvado, exclamó el anciano retorciéndose los brazos. ¿Qué vale la vida sin la honra?

—Tambien se la devuelvo, replicó Bustillon con arrebato de ira y de impaciencia.

—Se la devuelves! gritó don Cárlos confundido: ¿Y puedes devolvérsela, demonio?

—Sí.

—Es decir que su nombre, exclamó el anciano con precipitacion, el nombre de mi hermano, el mío, el de mi padre, el de mis abuelos, el de mis pobres hijos;

el nombre inmaculado de mi familia ¿no quedará manchado?

—No.

—Entónces Horacio está inocente del crímen que le imputan, y de la mancha de infamia que hoi mancilla mi nombre!

—Es inocente.

—Y ese aviso dirigido á Olivéros, escrito de su letra y firmado con sus iniciales y su rúbrica que figura en el proceso como el más terrible cargo contra él; ese aviso acusador que á pesar de la seguridad con que yo he sostenido la inocencia de Horacio, me ha desvelado tantas noches destrozándome el corazon?......

—Es apócrifo.

—Gracias, Dios mío, gracias! exclamó el caballero elevando al cielo las temblorosas manos.

—Para Dios no es culpable, dijo cínicamente Bustillon, pero lo es para los hombres, y estamos en la tierra.

—Oh! tú lo salvarás de tan injusto martirio, dijo el anciano cuyas fuerzas físicas parecian agotarse.

—La ejecucion está fijada para el amanecer.

—Pero nos habeis dicho que podíais aplazarla?

—No sólo puedo aplazarla por dos dias, sino probar la no complicidad del reo, con documentos irrefutables que tengo en mi poder y que puedo mostraros si quereis.

—Oh! volad entónces, aun es tiempo.

—No lo dudo, dijo el doctor tornando de nuevo á su espantosa calma; pero ántes de levantarlo del patíbulo, he de ser el esposo de vuestra hija.

Don Cárlos retrocedió anonadado, sujetándose la cabeza entre las manos cual si temiera que la razon lo abandonase; luégo hizo un esfuerzo prodigioso sobre su agotada energía, abrió los brazos con desesperacion y exclamó con acento desgarrador:

—Jamas! Jamas!

Bustillon, no obstante su cínica impudencia, quedó un instante estupefacto, y luégo se desató en imprecaciones y espantosas amenazas.

Aurora exhaló un profundo suspiro, é incorporándose entre los brazos de Clavellina y de Teresa que habian acudido á socorrerla:

—Padre mio, exclamó con voz desfalleciente. Si es necesaria una víctima para aplacar la cólera del cielo, que esa víctima sea yo. Decidle, pues, á ese hombre que estoi dispuesta al sacrificio que os impone.

Bustillon dejó escapar un grito de feroz alegría; y don Cárlos ahogándose en sus propios sollozos cayó de hinojos á los piés de su hija.

Despues de una escena de lágrimas y de arrebatos de desesperacion entre el padre y la hija, el doctor logró pactar con don Cárlos, que el matrimonio se efectuaría en el oratorio de la hacienda, sin más testigos que los indispensables, y en el término perentorio de dos dias;

que á nadie, sin excepcion, debia participarle hasta despues de consumado; que el dia fijado para la ceremonia, el anciano debia alejar de la casa toda la servidumbre; y que el señor de Monteoscuro, avisado á última hora, recibiria en el acto de consumarse el matrimonio los documentos que comprobaban la inocencia del capitan. Bustillon mostró á don Cárlos con la mayor reserva y desconfianza, aquellos documentos, entre los cuales figuraba, ademas de la solicitada carta del capitan al coronel Gonzalvo, hasta entónces perdida, y de la declaracion tan valiosa de Damian, un escrito de la misma letra de Horacio, dirigido al consejo de guerra, en el cual confesaba su autor, diciéndose vencido por el remordimiento, haber falsificado la letra y la firma del capitan en el supuesto aviso dirigido á Olivéres, y que tan poderosamente habia obrado en el proceso. Este singular escrito aun no estaba firmado, pero el doctor ofrecia llenar tan indispensable requisito, así como autorizaba al anciano, para su mayor seguridad, á inquirir del defensor del capitan y de sus mismos jueces, si aquellas pruebas una vez presentadas podian ser suficientes para que se levantára la sentencia y se declarase inocente al culpado; bien entendido que al hacer referencia de aquellos documentos no debia mencionarse á quien los poseia, so pena de quedar destruidos en el acto. Y haciendo jurar al caballero el cumplimiento estricto de aquel pacto, Bustillon se despidió y se fué, respirando satisfaccion y alegría, sin cuidarse de

la consternacion en que dejaba al desdichado anciano.

Por lo que toca á Aurora, la resolucion que habia tomado de sacrificarse por su amante, parecia haberla trasformado: sus lágrimas cesaron de correr, su frente se levantaba iluminada como por una auréola de vivos resplandores, y, sonrisas de triunfo, cual las que prodigaran á sus crueles verdugos las vírgenes cristianas condenadas á las fieras del circo, extremecian sus labios al dar gracias al cielo por la vida de Horacio.

Clavellina y Teresa, que apénas alejado el doctor siguieron á Aurora á su aposento, la veian con asombro; y como la mestiza deshaciéndose en lágrimas increpase á su ama la heroica resolucion que esta habia tomado, Aurora la abrazó enternecida diciéndole con inspirado acento:

—No temas que ese mónstruo llegue siquiera á tocar mis cabellos; tan luego como se consume el sacrificio que Dios me impone para salvar á Horacio y evitar á mi padre la afrenta que amenaza su nombre, mi alma volará al cielo y mi cuerpo lo sepultarán en la tierra. Ya ves que no le entrego nada.

## XIX.

## Una débil luz tratando de iluminar pavorosas tinieblas.

—

Casi á la misma hora en que el doctor Bustillon proponia negociar á don Cárlos la mano de su hija por la vida del capitan, un hombre oculto despues de mucho tiempo entre los espesos platanales de La Cuarta, saltaba la palizada del fondo de la casucha de Damian, y sin dejarse ver, se adelantó hasta la trastienda del miserable ventorrillo donde se hallaba Cármen sola y apesarada más que nunca.

—Sántos! exclamó ésta llena de sobresalto, al ver entrar al furtivo visitante: qué imprudencia! ¿Por qué no esperar la noche?

—Porque la soledad se me hace insoportable y estoi cansado de ocultarme; contestó Zárate dejándose caer en una silla.

—Pero no ves que te expones á ser preso y á perder la vida? agregó la mestiza, trémula de espanto.

—Estoi resuelto á todo, dijo el bandido con enérgica decision. Prefiero que me maten peleando á ser cazado como mochuelo en una cueva.

—Pero aun no has llegado á esa última extremidad. Todavía puedes escapar.

—De qué manera?

—Alejándote de estos Valles para siempre.

—Ya me has repetido eso mismo, por lo ménos cien veces, en los tres dias que llevo oculto entre ese platanal.

—Y hoi, más que nunca, me empeño en que te vayas, despues de lo que ha dicho mi padre.

—Cuándo le viste?

—Esta madrugada al levantarme, ya sabes que él tambien anda huyendo.

—Y qué te dijo?

—Ai! nunca lo hubiera creido.

—Vamos, acaba, ¿pretende acaso traicionarme?

—Oh! no me lo preguntes.

—Comprendo, dijo Zárate con profunda amargura, ya no me teme, y los dos mil pesos en que está tazada mi cabeza han tentado su codicia.

—Evita, pues, las consecuencias de una mala accion.

—Y ya me ha delatado?

—Todavía no; pero lo hará si llega á saber que no te has ido. No desoigas mis consejos, alejémonos esta noche misma de estos Valles.

—No puedo, contestó el bandido con voz sorda.

—No puedes? quién te lo impide?

—El infierno!

—Por Dios, Sántos, no te espreses así. Nos iremos juntos, porque yo he de seguirte donde vayas.

—Y te irias conmigo? dijo Zárate sorprendido y contemplando á Cármen fijamente.

—Sí, contestó ésta con dulzura, yo no puedo abandonarte.

—Supongo que no ignoras la suerte que te aguarda si llegan á prendernos.

—No la ignoro. Moriremos juntos, y hasta que Dios me dé aliento le pediré que te perdone.

Zárate á su pesar se sintió conmovido, y acariciando á la mestiza con una afectuosa mirada, le preguntó, como dudando aun de la sinceridad de sus palabras:

—Tanto así me quieres todavía?

—Y cuándo no ha sido lo mismo? replicó Cármen con ingenuidad.

—Es que ya hoi nada tengo, ni poder, ni amigos ni dinero para regalarte rosarios de oro, y......

—Qué mal me conoces, exclamó la mestiza enjugándose una lágrima, si te he amado y te amo todavía no es por lo que tú has sido, que mucho me duele recordarlo, sino porque á mi pesar no he podido prescindir de quererte, esperando que Dios me concediera

ablandar tu corazon y apartarte de la espantosa vida que has llevado. Hasta hoi no lo he conseguido á pesar de mis constantes súplicas, y sin embargo, te amo aun, y acaso más que ántes porque te veó perdido y sin ese poder que hechas de ménos, y sin esos amigos que te han ayudado á cometer tantas faltas, y sin ese dinero que siempre he visto con horror, y que si alguna vez lo han tocado mis manos ha sido para devolverlo á los menesterosos en obras de caridad, buscando como aplacar, de alguna manera, la justa cólera del cielo á que te has hecho acreedor. ¡Oh! no extrañes que te diga estas cosas que tantas veces te han desagradado, creo que desde que te conocí no he tenido para contigo otro lenguaje, y Dios es testigo de cuanto me has hecho padecer con tu conducta.

—Pobre mujer, murmuró Zárate.

—No, Sántos, no me compadezcas, yo merezco mi suerte; pero si algun afecto tienes aún por mí, sigue mis consejos, huyamos de estos lugares y busquemos un lugar bien distante, donde no nos conozcan y donde podamos ocultarnos y vivir en paz con Dios y con los hombres.

—Pensar así es soñar.

—No, no lo creas, decídete; que Dios es misericordioso y nos ayudará.

—A tí, es posible; á mí jamas.

—Oh! no blasfemes!

—Imposible, imposible, exclamó Zárate, con el semblante oscurecido y sintiéndose sobrecoger de invencible terror; Lo que me aconsejas lo he intentado ya y no he logrado realizarlo.

—Y qué te lo ha impedido?

—Mira, Cármen, añadió el bandido extremeciéndose á par que sus cabellos se erizaban y llenas de terror se dilataban sus pupilas: ya que me obligas á decirte lo que me ha sucedido, lo sabrás. Durante los ocho dias que llevo de aislamiento, he sentido lo que nunca en mi vida habia experimentado; considerándome perdido, como lo estoi en realidad, cien veces he tratado de huir de estos lugares, y otras tantas me ha sido imposible realizar mi intento. Oh! no existe un sólo camino por el cual no haya intentado escapar de estos Valles; pero todos, todos, los he hallado cerrados por infinitas cruces, cuyos brazos, juntándose hasta formar una espantosa palizada que no he podido romper, me han impedido el paso y forzoso me ha sido retroceder, debatiéndome entre legiones de fantasmas, á estos mismos sitios que quiero abandonar.... Ayer intenté matarme; pero mi mano se resistió á darme la muerte. Sin embargo, si yo no puedo arrancarme la vida otros lo lograrán. Esta noche asalto solo el reten de Marcial Diaz que se encuentra en la pulpería de la Quebrada, y moriré matando.

—Oh! por piedad, exclamó Cármen pálida de espanto no hagas tal cosa; piensa en salvar tu alma.

—Ella le pertenece al diablo, dijo Zárate con infernal sonrisa, y mi compadre Satanás no suelta cuando agarra. Vamos, dame de comer, y luégo déjame dormir hasta la noche, que yo te ofrezco que mañana se hablará de mí como del mismo Lucifer.

—Sántos, Sántos, no te dejes arrastrar por esos infernales pensamientos, exclamó la mestiza con los ojos arrasados en lágrimas, hai todavía un camino que encontrarás abierto y por donde podremos juntos escapar.

—No lo creas.

—Sí, Dios me inspira, síguelo.

—Y cuál es ese?

—El qué conduce á la casa de don Cárlos, por donde siempre te has librado.

—Á la casa de don Cárlos! repitió el bandolero meditando. No, te engañas, las circunstancias han cambiado, don Cárlos sabe ya quien es José Olivéros y me rechazará.

—No lo creas, es tan bueno y tan generoso ese señor, que si le ofreces arrepentirte, te protegerá. El corazon no me engaña.

—Pero qué puedo yo ofrecerle? dijo Zárate, dominado á su pesar por el acento inspirado de Cármen.

—Qué puedes ofrecerle? añadió la mestiza, con creciente exaltacion, no ocultándosele la profunda impresion que sus palabras producian en el ánimo de su terrible

amante: prométele cambiar de vida, hacerte hombre de bien, y expiar tus grandes faltas devolviéndole á Dios lo que cegado por las malas pasiones le arrebataste un dia: tu corazon.

—Cármen, Cármen, no es de hoi que tus consejos me atormentan.

—Oyelos, siquiera porque nacen de la única persona que te ha amado verdaderamente en este mundo. Ademas, sabes tú si puedes todavía serle útil á don Cárlos?

—Util yo?

—Por qué no? ese pobre señor debe estar mui afligido. Mira, la vecina que vive en el paso de la acequia, vino esta mañana de Maracai, y me dijo que mañana iban á ajusticiar al sobrino de don Cárlos, á aquel jóven oficial con quien te fuistes aquella tarde. Considera como estará el anciano.

—Qué me cuéntas! exclamó Zárate dando un salto y dejando el asiento.

—Lo que oyes, ¿y sabes por qué dicen que lo van á matar?

—Lo supongo, contestó el bandido preocupado. Engañado como estaba conmigo me dejó escapar......

—Entónces, no es mentira lo que nos dijo aquel doctor que estuvo aquí con el comisario á tomarle declaracion á mi padre, y que luégo le aconsejó que se escondiera.

—Qué doctor? y qué declaracion?...... No se nada.

—Uno que llaman Bustillon.

—Bustillon! exclamó Zárate rechinando los dientes. ¿Y estuvo aquí ese hombre? Por qué no me avisaste.

—Tú no habias venido aún.

—Y qué hizo, qué dijo, cuéntame......

—Puso á mi padre en confesion amenazándolo con llevárselo preso si no le decia la verdad respecto á las relaciones que habia tenido contigo el capitan Delamar, y mi padre le confesó que tú lo tenias engañado, lo cual me pareció no haberle agradado mucho á aquel señor, por que inmediatamente llamó aparte á mi padre, despues de guardarse la declaracion en el bolsillo, y le dijo que se escondiese y que no dijera á nadie lo que le habia dicho á él, si queria que no lo fusilasen.

—Cármen, dijo Zárate, limpiándose el sudor que humedecia su frente, has hecho bien en aconsejarme que vaya casa de don Cárlos: iré, puede que le sea útil.

—Y sin reparar en la viva alegría que se manifestaba en el lánguido semblante de su interlocutora, ni en las palabras afectuosas que esta le prodigase, corrió á ensillar la yegua de Damian, que Golondrina acababa de bañar en la laguna; luégo se calzó las polainas de cordoban con botones de plata, terciose la espada del cojo, y montando á caballo se despidió de Cármen, diciéndole con extraña expresion:

—Puede que no nos volvamos á ver en este mundo; pero consuélate con saber que si algo bueno puedo

ejecutar en lo que me resta de vida, debido será á don Cárlos y á tí á quienes tanto les debo.

Y lleno de audacia y valentía, partió á galope dejando á Cármen confundida.

No obstante la persecucion de que era objeto, atravesó el bandido con incomparable desfachatez, aunque por caminos excusados, la distancia que lo separaba de la hacienda de don Cárlos Delamar; y el sol desaparecia, cuando divisó de léjos el jigantesco torreon y los elevados muros del trapiche. Zárate se detuvo, y despues de ocultar su caballería en el bosque inmediato á la casa, se deslizó en el huerto buscando la manera de avistarse con don Cárlos, sin alarmar la familia, ni caer en algun lazo oculto que pudiera tenderle la contraria suerte.

Silenciosa, y más que nunca triste habia quedado aquella casa asi como sus acongojados moradores, despues de la violenta escena entre el anciano y el doctor Bustillon.

Víctor llegó tarde de la escuela, é impuesto por Teresa de la sentencia que recayera sobre su primo el capitan, habia corrido á encerrarse con su padre y su hermana, confundiendo con ellos sus abundantes lágrimas.

Rodrigo el mayordomo, y los esclavos habian regresado del campo, y sorprendidos de no encontrar á don Cárlos á la entrada del corredor, donde los salia á

recibir todas las tardes, se fueron derecho á descansar

La noche se acercaba, los últimos resplandores del crespúsculo desaparecian en el remoto ocaso. Las sombras se extendian presurosas, y lóbrego capuz comenzaban á vestir los corpulentos árboles del huerto, cuando Zárate acertó á divisar á Clavellina que recorria el jardin en solicitud de algunas plantas medicinales. Ocultóse el bandido detras de un oscuro emparrado, y al pasar la mestiza la detuvo. Esta abrió la boca para lanzar un grito; pero una mano vigorosa se la tapó con violencia, y Clavellina aterrada, oyó una voz que le dijo al oido:

—Cállate! no voi á hacerte nada.

—Olivéros! balbució la doncella con indecible espanto.

—Sí, yo mismo, díjole el bandido, no te asustes, quiero hablar á don Cárlos, llévame donde esté; pero sin que me vean.

—Que lo lleve donde él está? tartamudeó Clavellina, serenándose no obstante, gracias al tono de súplica empleado por su interlocutor.

—Sí, quiero verle.

—Pero eso no es posible. Don Cárlos está encerrado en su cuarto y no se deja ver de nadie.

—Está enfermo?

—Oh! si sólo estuviera enfermo, no estaríamos como estamos, contestó la mestiza; pero déjeme ir que me están esperando.

—Oh! no te irás sin que ántes me digas lo que tiene don Cárlos, dijo Zárate, con acento que no admitia la menor réplica.

—Sí U. lo exige, añadió temblando Clavellina, le diré que el señor se está muriendo de pesadumbre.

—De pesadumbre! ¿Y quién ha podido causársela? Y como la doncella dudase en contestar, agregó en tono amenazante: habla, ¿qué le ha pasado?

—Han condenado á muerte al señor Horacio, su sobrino.

—Lo sé, contestó Zárate, y hasta cierto punto me declaro culpable.

Clavellina vió á su interlocutor con extrañeza, luégo prosiguió, exhalando un suspiro:

—Ai! á más de ese dolor, otra pena todavía más grande padece el pobre señor.

—Otra pena más grande! repitió el bandido lleno de emocion.

—Como U. lo oye. Pero ese es un secreto que yo no debo revelar.

—Vamos, dime ese secreto. ¿No sabes tú que yo por gratitud soi esclavo de don Cárlos y que me intereso por él tanto como sus hijos?

La mestiza quedó un instante perpleja; y ya fuese por el temor que le inspiraba aquel hombre, ya por necesidad de desahogar su apesarado corazon, contó al bandido cuanto habia ocurrido en la familia desde la

prision del capitan. Pero su asombro creció de punto, cuando al llegar en su relato á las pretenciones del doctor Bustillon, y el pacto que éste habia celebrado con don Cárlos, oyó lanzar á Zárate una espantosa imprecacion contra el doctor y quedarse luégo inmóvil, como abismado en profunda meditacion.

Clavellina intentó aprovecharse de aquella especie de anonadamiento en que cayera el bandido, para escaparse de sus garras, pero éste, como sacudiendo las densas sombras que oscurecian su cerebro, detúvola de nuevo sin esfuerzo, y exclamó en alta voz con enérgico acento:

—Sea lo que el diablo quiera! Vé á decir á don Cárlos, que en cambio de su generoso proceder para conmigo, no tengo otra cosa que ofrecerle sino mi cabeza; y que la voy á dar por él.

Y dejando á Clavellina en libertad, se alejó murmurando:

—Será un escándalo más; pero despues de lo que se me ha ocurrido, siento que Cármen no esté aquí para oirle decir que hago bien.

# XX.

## La audacia deslumbrando al valor.

—

A las dos de la tarde del dia siguiente á los últimos sucesos que dejamos narrados, un viajero desconocido, calzado con polainas de cordoban con botones de plata, espada al cinto y caballero en un despeado jaco cubierto de polvo y de sudor cual si rindiera una larga jornada, cruzaba las calles de Valencia en solicitud de la casa de habitacion de Páez, Comandante General, por entónces, del Departamento de Venezuela.

Despues de algunas vueltas y revueltas, nuestro viajero acertó á dar, al fin, con la casa que buscaba, y deteniéndose á la puerta, preguntó á un grupo de oficiales que platicaban en medio de la calle, si le seria permitido hablar al General. No obstante las apariencias del desconocido, que por su traje y modales revelaba ser un habitante de nuestras llanuras, llamó no poco la atencion de aquellos militares la manera desembarazada y el aspecto marcial de quien los interpelaba, y

examinándole detenidamente, terminaron por contestarle: que si era algun asunto particular el que venia á tratar con Su Exelencia, pasaban por la pena de decirle que no estaba visible.

—No, señores, se equivocan Uds., contestó el desconocido; lo que vengo á tratar con el General es de suma importancia para él y para todos Uds.

—Para nosotros? preguntaron varias voces entre sorprendidas y burlescas: como no sea que vengais á influir en que nos aumenten los sueldos ó por lo ménos las raciones.....

—Oh! no lo lleveis á chanza, dijo el viajero desmontándose con la mayor tranquilidad.

—Entónces, amigo, empieze por decirnos lo que á nosotros concierne, exclamó el oficial de guardia.

—Eso lo sabreis despues; ántes debo hablar al General.

—Y si no es posible que le hableis?

—Me iré, para volver despues ó para no volver; pero tened entendido, que la responsabilidad de lo que pueda suceder, pesará sobre quien me impida ver ahora mismo á vuestro jefe.

El tono tranquilo, firme y hasta enérgico con que el desconocido pronunció estas palabras, no dejó de impresionar á su auditorio. Las chanzas terminaron y el oficial de servicio le preguntó acercándosele:

—Y bien, amigo, cómo se llama U. para anunciarlo.

—Lo mismo da que diga ó no mi nombre, contestó el viajero, si nadie aquí me conoce. U. puede decir al General que un desconocido solicita hablarle reservadamente sobre asuntos de la mayor importancia.

—Así lo haré, contestó el oficial no sin cierta desconfianza, aunque lo natural seria que U. me diera su nombre; é hizo entrar al viajero.

Este se sentó en un pretil del corredor miéntras el ayudante fué á anunciarlo, y al encontrarse solo pareció abismarse en profunda preocupacion.

Largo rato duró la ausencia del oficial, y el viajero continuaba entregado á sus meditaciones, cuando despertó de pronto, como sobresaltado, al oir una voz que decia desde la puerta de una sala:

—Á ver, quién es la persona que con tanta urgencia me solicita?

El desconocido levantó la cabeza, y sus ojos se encontraron con los ojos de Páez.

—Yo, General, dijo poniéndose de pié y desciñéndose la espada que dejó en el pretil.

Páez midió de piés á cabeza, con una mirada investigadora á aquel hombre á quien no conocia, y dada la penetracion que le era natural, no se le ocultaron algunas de las condiciones del carácter enérgico de su interlocutor, á quien tendiéndole la mano lo hizo pasar á una sala donde se hallaron solos.

Páez, no habia cumplido aún treinta y cinco años,

estaba en la plenitud de aquella física pujanza, que tanto como su indomable bravura contribuyó á sobreponerlo en las llanuras del Apure á las hordas salvajes que acaudilló por largo tiempo, dominándolas con el esfuerzo material de sus músculos de acero, y el ascendiente moral de las repetidas hazañas con que ilustró su nombre.

Aunque de mediana estatura, su porte erguido y arrogante, y la mirada de águila de aquel caudillo tan popular en Venezuela, dábanle no escasa majestad y distincion, que imponía respeto á cuantos osaban enfrentársele, no obstante, el fondo benevolente de su carácter franco y en extremo accesible á los generosos instintos, y á las impresiones que origina la belleza plástica.

Apasionado admirador de los caractéres enérgicos y de todas las manifestaciones de valor y de fuerza, cual lo son todos los hombres de ánimo levantado que han debido su encumbramiento á la propia pujanza, se sintió favorablemente predispuesto hácia aquel desconocido, cuyos rasgos fisonómicos, así como su aspecto arrogante y marcial sin premeditada afectacion, revelaban tanta audacia como firmeza de voluntad; y creyendo, en el primer momento, habérselas acaso con algun antiguo y olvidado compañero de armas, en las gloriosas jornadas de Mucuritas, La Miel ó Las Queseras, le dijo con suma afabilidad, apénas se sentaron:

—Y bien, mi amigo, acaban de decirme, que tiene U. algo mui importante que comunicarme.

—Y no lo han engañado General, contestó el desconocido.

—Viene U. del Apure?

—No señor, vengo de los Valles de Aragua.

—Ah! exclamó Páez con cierta pesadumbre, cual si se le hubiera frustrado una esperanza. ¿Y qué lo trae á verme?

—Un asunto que creo interesa al Gobierno.

—Veamos de qué se trata; pero dígame ántes: ¿no és U. apureño?

—Nací cerca de San Fernando; pero hace más de veinte años que soi vecino de los Valles.

—Y se llama U.?

—José Olivares, dijo el desconocido con cierta turbacion.

—Despachémonos, pues, le dijo Páez, sintiendo que las apariencias de su interlocutor, á quien habia creído un antiguo conmilíton, le hubiesen engañado. ¿Qué asunto es ese que á juicio de U. interesa al Gobierno?

—La captura de Sántos Zárate, dijo resueltamente el nombrado Olivares.

—Tiene U. razon, pues, mucho le interesa al país la captura de ese insigne bandido, para imponerle un ejemplar castigo.

—Pues yo se donde se oculta, añadió el desconocido con imperturbable serenidad, y vengo á proponerle entregárselo á U.

—Hace U. mui bien; pero no necesitaba U. venir hasta Valencia, pudiéndolo entregar á las autoridades de Aragua, las que inmediatamente habrian contado á U. la suma de dinero en que está tazada la cabeza de ese tunante.

—Es, que es á U. y no á la justicia á quien deseo entregárselo.

—Y por qué razon?

—Por que U. me da más garantías.

—Respecto al dinero en cuestion? dijo riéndose Páez.

—No, señor, yo no busco dinero; respecto al mismo Zárate.

—Cómo se entiende! ¿Qué quiere U. decir?

—Que yo lo entrego, General, pero á condicion de que U., que todo lo puede, lo perdone.

—U. está loco! pues no de otra manera puedo explicarme semejante pretension.

—Puede ser, contestó reposadamente el desconocido, pero sin esa condicion yo no lo entrego.

—No lo entrega! exclamó Páez con acento irritado.

—No señor.

—Es U. bien insolente! ¿No sabe U. que declarado ese hombre fuera de la lei, quien quiera que lo apadrine, es reputado como su cómplice y como á tal debe ser castigado?

—No lo ignoro, General; pero yo espero para entregarlo á que U. me ofresca perdonarlo.

—Por el contrario, lo haré fusilar en el acto.

—Entónces, no hai ajuste entre nosotros.

—¿ Ignora U., agregó Páez con enfado, que no me faltan medios para obligarle á que descubra dónde se oculta ese malvado?

—No se me ocurren, General; U. lo más que puede hacer conmigo es mandarme fusilar, y yo le juro, agregó el desconocido con imperturbable sangre fria, que ni sintiendo en el pecho las puntas de las bayonetas, diré dónde se encuentra Zárate.

—Ya veremos si U. sostiene lo que dice.

—En su mano está, mi General, si quiere haga la prueba.

Páez profundamente sorprendido de la entereza de carácter y de la enérgica resolucion que mostraba aquel hombre, fijó en él los centellantes ojos con inexplicable expresion; y cambiando de tono, le hizo varias observaciones que no alcanzaron á seducir á su interlocutor.

—Yo le ofrezco, General, agregó éste sin cejar en su propósito, que si U. perdona á Sántos Zárate, él se corrige y puede hasta serle útil.

—No, nada de transacciones, exclamó Páez con impaciencia, entréguelo U. para que reciba el condigno castigo á que se ha hecho merecedor por sus maldades.

—Es decir, que U. no lo perdona? agregó el desconocido con tono suplicante.

—No!

—Que para él no hai salvacion posible?

—No!

—Que lo único que tiene que esperar es la muerte?

—Sí!

—Pues bien, General, exclamó con desesperacion el singular defensor del condenado, poniéndose de pié, haga de él lo que U. guste, aquí está.

—Dónde!

—Aquí, delante de U. mi general. Sántos Zárate soi yo!

Páez saltó del asiento, y contemplando con asombro al audaz bandolero, exclamó dominado por extraña emocion:

—Mentira!

—Y quién seria bastante osado para tomar mi nombre, dijo con arrogancia el bandido, cuando al que ese nombre lleve le espera pronta muerte?

—Sí, tienes razon, tienes razon, tú eres Sántos Zárate, exclamó Páez contemplándole con franca admiracion; y los airados ojos del vencedor en Las Queseras, deslumbrados por la audacia y la serenidad que reflejaba la mirada tranquila de aquel hombre, cambiaron súbitamente de expresion.

—Y cómo te has atrevido á presentárteme? añadió conmovido á su pesar.

—Por dos razones, General, contestó Zárate: la primera, porque conociendo vuestro valor he confiado en

él, más que en mí mismo; y la segunda, porque ofreciendo mi cabeza al Gobierno, pago con ella, que es todo lo que poseo, una deuda de gratitud.

—Está bien, dijo Páez, te perdono la vida; pero á condicion que te hagas hombre de bien.

Zárate, á pesar de no ocultársele la favorable impresion que habia causado su audacia en el ánimo del General, retrocedió admirado, y, lleno de turbacion, inclinó la cabeza sin acertar á pronunciar una palabra.

—Lo prometes? añadió Páez.

—Lo prometo, balbució el bandido, jadeante de emocion.

—No olvides, pues, lo que me ofreces, porque á la menor falta que cometas te mando fusilar; y ahora explícame, agregó el jóven héroe, ese segundo motivo que dices te obliga á presentarte.

Y Zárate contó sencillamente cuanto sabemos respecto á sus relaciones con don Cárlos Delamar, y cómo habia engañado al anciano, así como á su sobrino el capitan, víctima inocente del crímen que se le imputaba; patentizando ademas los infames manejos del doctor Bustillon para obligar á don Cárlos á cederle su hija.

Páez oyó lleno de asombro y con marcada curiosidad la relacion del bandido, y convencido por ella de la inocencia del capitan Delamar, senténciado á muerte y próximo á ser ejecutado en Maracai, envió á llamar á Sanfidel cuyos esfuerzos, por salvar á su amigo,

habian sido hasta entónces infructuosos. Luégo ordenó al jefe de su guardia alistar en uno de los escuadrones de su mando, en clase de oficial agregado, al audaz bandolero, recomendando se le vigilara; y de su puño y letra, se apresuró á escribir una carta al coronel Gonzalvo prometiéndose entregarla abierta á Sanfidel, en tanto que Zárate dirigiéndose al cuartel de la guardia, murmuraba para sí, sin cuidarse de la curiosidad de que era objeto:

—Esta primera aventura no me ha salido mal, pensemos en la segunda que ha de causar poca gracia al doctor Bustillon.

---

# XXI.

## El matrimonio.

—

Dadas las circunstancias á que se hallaba reducido nuestro pundonoroso capitan, fáciles son de concebir las horribles torturas por donde habia pasado el corazon de Horacio durante aquel proceso infamador á que se viera sometido, así como su indignacion y su dolor profundo, cuando le fué leída la sentencia que lo condenaba á ser pasado por las armas.

Valeroso de suyo, cual lo era el capitan, el anuncio de su próxima muerte no le impresionó tanto por el hecho material de perder la vida, la que muchas veces habia expuesto por alcanzar efímeros laureles, como por la afrentosa mancha que arrojaban sobre su nombre y el de su familia, las causales del injusto suplicio que se le imponia. Como todo hombre de relevantes cualidades morales, el honor para él valia más que la vida, y

condenado á perderlo, la desesperacion y el pesar del orgullo ultrajado, destrozaron su alma.

Durante las angustiosas horas que pasó en la capilla, de donde debia salir para el suplicio, asaltaron su memoria, semejantes á irrisorios fántasmas, todos los recuerdos de las frustradas esperanzas que le habian halagado en la vida; pero entre todos ellos, ninguno con mayor tenacidad hirió su corazon, que el de aquel casto amor que sentia por Aurora, al pensar que su adorada prima, acaso le juzgaba culpable é indigno de su afecto á pesar de las repetidas cartas que le habia dirigido, protestándole encontrarse inocente del crímen que se le imputaba, é instándole á no juzgarlo mal en nombre del infinito amor que ella le habia inspirado.

En medio de tan crueles torturas, llegó á noticia del capitan que su ejecucion se habia aplazado por dos dias, y tan extraño proceder, contra el tenor expreso de la sentencia que le condenara, hízole concebir una vaga esperanza. Pero las horas corrieron, y consternado veia nacer el sol de su último dia, sin que nada viniera á confirmar aquella ilusion postrera que en mala hora habia llegado á forjarse, cuando el oficial que montaba la guardia entró apresuradamente en la capilla, y le entregó una carta.

Horacio, lleno de emocion, la abrió con rapidez, y como terminase de leerla, dejó escapar un grito desgarrador y quedó anonadado.

Era aquella carta de puño y letra de don Cárlos, y en ella le participaba el anciano, el heróico sacrificio que habia aceptado Aurora por salvarlo. "Si se tratara solamente de salvarte la vida, concluia diciéndole don Cárlos, acaso no hubiera hecho lo que hago; pero se trata de tu hónra, del lustre nunca mancillado de nuestra familia, y presente esta consideracion, nó hai sacrificio que rehuya para evitarnos el estigma de una mancha infamante. Mi pobre hija, el ángel de mi dicha, mi consuelo en la vida, mi adorada Aurora morirá de pesar; lo sé, pues que la veo sucumbir rápidamente: Dios me perdone, pero no me detengo: vivir sin honra no es vivir."

Horacio estuvo á punto de perder la razon al releer aquella carta, y mesándose los cabellos con desesperacion, suplicó al oficial que le custodiaba, le diera un arma cualquiera para quitarse la vida; pero como este rehuyera asumir semejante responsabilidad, le rogó entónces que le hiciera llamar al coronel Gonzalvo, á quien deseaba ver.

El oficial salió, y Horacio asaltado repentinamente por una idea, que juzgó en su extravío inspiracion del cielo, se dispuso á contestar la carta de su tio. Tres horas sólo faltaban para la ejecucion del capitan; y aquellos salvadores documentos que el señor de Monteoscuro debia traer á Maracay para poner de manifiesto la inocencia del reo, tardaban en llegar.

—Ah! sois vos? exclamó Horacio, viendo aparecer al coronel Gonzalvo, pocos minutos despues de haberlo hecho llamar.

—Qué quereis? preguntó con dulzura el viejo veterano, cuyas simpatías hácia el desgraciado capitan no habia dejado de manifestárselas con entera franqueza.

—Pedíros el último servicio que os deberé en la vida, exclamó Horacio con exaltacion, servicio que os imploro de rodillas y que Dios os pagará en el cielo.

—Supongo, capitan, que no ignorais, contestó conmovido el coronel Gonzalvo, que estoi dispuesto á hacer por vos cuanto me sea posible.

—Lo sé, lo sé, sois generoso; pero juradme, por vuestro honor, que no me negareis lo que voi á exigiros.

—Como no sea contrario á mi deber, mandad.

—Gracias. Haced que ensillen mi caballo y que un hombre de toda vuestra confianza vuele á llevar á su destino una carta que he empezado á escribir y que me permitireis terminar.

—Eso no más?

—No, pues que falta el complemento del servicio que os exijo.

—Acabad......

—Dadme una pístola.

—Estais loco!

—No, coronel, no estoi loco; pero estoi resuelto á quitarme la vida.

—Permitidme que os recuerde, dijo sorprendido á par que apesarado el coronel Gonzalvo, que poco falta para que sin necesidad de cometer un crímen....

—Comprendo, replicó Horacio con desesperacion: pero si la sentencia que me condena á morir no llega á realizarse......

—Que pretendeis entónces! exclamó sorprendido el veterano.

—Coronel, sé que sois hombre de honor, y que bajo el sagrado de vuestra palabra puedo confiaros un secreto, dijo Horacio presentando á los ojos del coronel el último párrafo de la carta de don Cárlos: imponeos de lo que me anuncia esa carta, y no me impidais morir por salvar á mi familia de un martirio y de un oprobio mayor que el que me espera muriendo ajusticiado en afrentoso patíbulo.

Gonzalvo leyó el citado párrafo con manifiesto asombro y quedó confundido.

—Persuadíos, señor, agregó con vehemencia el capitan, que despues de lo que me anuncia esa carta no me resta que hacer sino sacrificarme, y que cuando un hombre está resuelto, como yo lo estoi, á quitarse la vida por cumplir un sagrado deber, no es fácil impedírselo. Si me negais un arma, mirad, añadió mostrándole la puerta, esa puerta está abierta, asalto ahora

mismo el cuerpo de guardia y me hago matar, ó lo que es más horrible, me estrello la cabeza contra la pared en vuestra propia presencia, y nada habreis logrado negándome una de esas pistolas que llevais en el cinto.

Tal decision y energía revelaba el tono con que pronunció Horacio estas palabras, que el coronel no tuvo duda de que el desesperado capitan llegara á realizar su funesto propósito; y vencido á su pesar por la desesperacion del prisionero, le preguntó en extremo conmovido:

—Y estais resuelto á ejecutar lo que decís?

—Resuelto!

—Y no atenderíais á ninguna observacion de mi parte?

—No, á ninguna.

—Oh! mui grande debe ser el dolor que sentís en el alma! murmuró el coronel, profundamente conturbado.

—Oh! inmenso, desgarrador, horrible! exclamó Horacio con los ojos inundados en lágrimas.

—Pues, sea como lo deseais, exclamó Gonzalvo sintiendo que el corazon se le oprimia. Sé que hago mal como representante que soy de la justicia á quien perteneceis; pero á la vez no puedo prescindir de complaceros, y pongo á Dios por testigo, de que me riudo á vuestros ruegos porque creo inevitable lo que habeis

proyectado. Y sacando del cinto una pistola: tomad le dijo, y que Dios os perdone.

—Oh! gracias, gracias, exclamó Horacio, arrebatándole el arma y besándole las manos. Ahora permitidme terminar la carta, que os suplico de nuevo, envieis sin dilacion á su destino.

El coronel inclinó la cabeza y se cruzó de brazos, miéntras que el capitan apresuradamente concluyó de escribir esta carta, sin olvidar la hora y la fecha del dia.

"Querido tio: Vais á consumar un sacrificio inútil; cuando ésta llegue á vuestras manos yo habré dejado de existir. Todo lo pospongo al amor y á la felicidad de Aurora; no la sacrifiqueis. Pensando en vos y en ella empuño la pistola que me va á dar la muerte. Adios, y perdonad á un desgraciado, todos los dolores que os ha hecho padecer. Muero inocente. —*Horacio Delamar.*"

Cerrada que fué esta carta el capitan escribió en el sobre: "Al señor don Cárlos Delamar, en su hacienda de El Torreon,"—y se la entregó al coronel. Este, le estrechó la mano, y en extremo conmovido se alejó reiterándole cumplir sin dilacion lo que le habia ofrecido.

Apénas se alejó el coronel, Horacio, con mano firme, escribió en una hoja de papel que dejó sobre la mesa:

"Soi inocente del crímen que me imputan: lo juro ante Dios, y me quito la vida por evitar la afrenta del suplicio."

Luégo sacó del bolsillo de la casaca aquel librito de oraciones que en dias más felices le regalara Aurora, lo cubrió de besos y de lágrimas, y guardándolo de nuevo con religioso respeto, exhaló un profundo suspiro, y arrebatadamente armó la pistola para darse la muerte.

—Deteneós Horacio! exclamó en aquel supremo instante, con acento desgarrador, una voz cuyo timbre hizo estremecer al capitan.

Y Lastenio Sanfidel, cubierto de polvo y de sudor se arrojó en los brazos de su amigo á tiempo que el coronel Gonzalvo con el rostro radiante de alegría, gritaba desde la puerta:

—Capitan! capitan! estais salvado, estais en libertad, y le mostraba un pliego abierto que tenia en las manos.

—Maldicion! exclamó Horacio, me devuelven la vida en cambio de un eterno suplicio.

—En cambio de nada, qué demonios! exclamó el coronel; vuestro amigo Sanfidel, llega en este instante de Valencia con esta bendita órden firmada por el General Páez, el cual me manda daros la libertad y reponeros en vuestro empleo, á par que hacer enjuiciar por la autoridad competente á vuestro amigo el doctor Bustillon.

—Entónces, puede que áun sea tiempo de salvarla! exclamó el capitan.

—Haced lo que querrais, le dijo el coronel, vuestro caballo está á la puerta, y del arzon de la silla donde están vuestras pistolas, cuelga vuestra espada.

Horacio seguido del coronel y de Lastenio que nada comprendia, corrió á la calle y montó su caballo.

—A dónde vas? le preguntó Lastenio.

—A la hacienda de mi tio, á evitar un espantoso crímen, y lanzándose á escape, añadió diciéndole á su amigo: sígueme si quieres.

Dejemos por el momento, al arrebatado capitan cruzar, como violento torvellino, la distancia que lo separaba de la hacienda de su tio; y digamos lo que pasaba en la casa de don Cárlos, miéntras que Horacio se bebia los vientos en tan largo camino.

Convencido el atribulado anciano, de la eficacia de los documentos que habia ofrecido entregarle Bustillon en cambio de la mano de Aurora, habia aplazado, sin embargo, la celebracion del matrimonio hasta el momento crítico en que sólo pudiera disponer del tiempo indispensable para hacer llegar é Maracai ántes de la hora fijada para la ejecucion del capitan, las convincentes pruebas de la inocencia del reo; esperando la última extremidad para resolverse á consentir en el sacrificio de su hija, si un milagro de lo alto no se realizaba en su provecho. Pero el momento solemne habia

llegado, y apénas si faltaban tres horas para que el honor y la vida que anhelaba salvar fuera infamado en el patíbulo.

El doctor Bustillon, inquieto é impaciénte, así como contrito y abatido se manifestaba, sin embozo, su fiel amanuense Romeráles, aguardaba en un extremo del corredor á que don Cárlos se decidiera á autorizar la ceremonia; en tanto que el sacerdote, arrodillado ante el altar del oratorio, despues de haber exhortado en vano á la piedad el endurecido corazon del doctor, pedia al cielo misericordia para aquella virtuosa familia sometida á tan duros rigores; y, miéntras que el anciano, abrazando á sus hijos con trasportamientos de desesperacion, confundia con ellos en uno de los rincones de la sala, las amargas lágrimas que derramaba á torrentes su atribulado corazon.

En obedecimiento á las prudentes prescripciones del doctor, Rodrigo y los esclavos, así como toda la servidumbre particular de la familia, con excepcion de Clavellina y Teresa, habian sido alejados de la casa con diversos pretextos.

Sólo el señor de Monteoscuro, cuyo caballo permanecia ensillado para correr en él á Maracai, tan pronto como recibiera de don Cárlos los salvadores documentos que aun no le habia entregado Bustillon, era el único testigo por parte de la familia Delamar que debia asistir al matrimonio. Y airado se paseaba el impetuoso don Antonio á lo largo del corredor, medi-

tando en la manera de arrancarle al doctor los preciosos documentos que tenia en el bolsillo; pero éste, astuto como era, y apercibido como estaba, no lo perdia de vista, y sin soltar el mango de un puñal, oculto debajo del chaleco, tenia apostados no distante de él y junto con el entristecido Romeráles, al juez de paz don Roque Prieto, su criatura, y al rencoroso Jaramago de quien se habia hecho acompañar temeroso de un imprevisto percance.

La cara se le habia alargado á Romeráles por lo ménos un palmo, desde el instante en que el doctor, prevalido de la autoridad y el ascendiente que tenia sobre el débil carácter del amanuense, lo habia obligado á firmar, prometiéndole salvarlo del presidio, aquella declaracion de falsificador arrepentido que, dos dias antes habia mostrado Bustillon á don Cárlos aunque todavía sin firma, como una de las más especiosas pruebas que debian favorecer al capitan. No era, pues, Romeráles, dado su abatimiento y su ingénita cobardía, un apoyo seguro que digamos; pero en cambio don Roque y su sobrino, en cuerpo y alma estaban entregados al doctor.

Despues de dos horas de espera y de extremada ansiedad, Bustillon consultó su reloj, acaso por la centésima vez, y envió á su acólito á decir á don Cárlos: que si realmente estaba decidido á salvar al capitan y á cumplir el pacto celebrado, no tenia tiempo que per-

der, pues apénas quedaba ya el indispensable para poder llegar á Maracai un jinete á galope minutos ántes de la ejecucion, fijada para las tres de la tarde.

El anciano levantó al cielo los ojos en ademan de súplica y los bajó despues para fijarlos con supremo dolor en el rostro pálido de Aurora. Esta púsose de pié con pasmosa energía y ofreciendo á su padre uno de sus brazos para que se apoyara:

—Vamos, le dijo, y que se cumpla la voluntad de Dios.

Y sostenido el trémulo y abatido anciano, por la heróica doncella que firme el paso, aunque desgarrado el corazon, marchaba al sacrificio iluminada la frente, como por refulgente aureola, se dirigieron al oratorio acompañados de Víctor y seguidos de Clavellina y de Teresa anegadas en llanto.

Iluminado escasamente el modesto santuario por algunas bujías, cuya rojiza claridad se reflejaba en el gran Cristo de madera que sostenia el altar, le daban á aquel divino supliciado, extrañas expresiones segun los ojos con que se le mirase: á los de Aurora, dulce resignacion y suprema confianza en el Creador, parecian expresar las amortiguadas pupilas de la sagrada efigie, invitándola á que imitara aquella infinita abnegacion de que habia dado perdurable ejemplo en la cima del Gólgota: y así como de luz sirvieran á la casta doncella, á otros ojos mostrábanse sombrías, y en rayos vengadores se trocaban sus lánguidas miradas.

Al penetrar en el oratorio don Cárlos y su hija, el sacerdote se levantó de las gradas del altar, donde habia estado hasta entónces prosternado, y dirigiéndose á Aurora, le preguntó con dulzura:

—Está U. decidida á llevar á término el sacrificio que se ha impuesto?

—Sí, señor, contestó Aurora estremeciéndose; y el ligero sonrosado que aun cubria sus mejillas, cambióse en espantosa palidez.

—Lo ha pensado U. bien? añadió el párroco.

—Sí, señor.

—Y lo hace U. de propia voluntad?

—Pongo al cielo por testigo......

—Pues que Dios la recompense con su infinita misericordia.

—Amén, contestó Romeráles adelantándose á servir de ayudante al sacerdote.

Bustillon se acercó con paso firme al oratorio, mostró á don Cárlos el documento recien firmado por su acólito, y fué á colocarse junto á Aurora, exigiendo ántes al anciano situar al señor de Monteoscuro lo más distante posible de la persona del abogado.

—Dadme, pues, esos documentos, para que vayan ahora mismo á su destino, díjole el caballero con voz desfalleciente, despues de suplicar á don Antonio que se sometiese resignado á las exigencias del doctor.

—Todavía no, contestó Bustillon, esperad á que el matrimonio se efectúe.

Don Cárlos inclinó la cabeza. El sacerdote terminó de revestirse con los sagrados ornamentos, y, descendiendo las gradas del altar, seguido por Romeráles que sostenia en la diestra un cirio encendido y en la siniestra el hisopo, dió principio á la ceremonia nupcial, en medio de un profundo silencio, interrumpido á las veces por los ahogados sollozos del anciano y los no ménos comprimidos de Clavellina y de Teresa.

Si hasta entónces, Aurora, se habia mostrado resignada y enérgica, al llegar aquel supremo instante sintió flaquear sus fuerzas, y sobrecogida de espanto apénas si lograba mantenerse de pié; pero el dolor y la agonía de la abnegada vírgen cobraron su mayor intensidad, cuando el sacerdote indicó á los contrayentes que se dieran las manos.

Bustillon comprendió que su víctima no se moverìa, de propia voluntad, á obedecer la indicacion del Párroco, y ántes que éste lo notase, se apoderó de la helada mano de la niña que, horrorizada con la enormidad de aquel suplicio, sintióse desfallecer al oir preguntar al sacerdote, dirigiéndose á ella:

—Señorita, recibe U. por esposo al doctor Sandalio Bustillon?

Aurora no contestó. Abismada en profundo estu-

por, sus sentidos parecian paralizados.

Con voz más fuerte y clara, repitió el sacerdote la anterior pregunta sin obtener respuesta. Y cuantos corazones encerraba el sagrado recinto, dominados por embargante emocion, quedaron como pendientes de los labios de Aurora, cuya espantosa palidez le daba todas las apariencias de un cadáver.

Bustillon dejó escapar un rugido, y mostrando á don Cárlos, con expresion siniestra, los preciosos documentos que comprimia en su crispada mano, le amenazó con destruirlos. El anciano, aterrado, sólo pudo exhalar un suspiro.

Aurora levantó en aquel momento la cabeza, miró á su padre con indecible ternura, y volviendo luégo sus bellos ojos hácia el altar, los fijó llenos de fe, de amor y de esperanza en la imponente efigie del Cruzificado

Despues de breves instantes de recogimiento, el sacerdote recorrió con entristecida y severa mirada el anhelante concurso, y en extremo conmovido, tornó á preguntar por última vez á la atónita doncella:

—Señorita, recibe U. por esposo al doctor Sandalio Bustillon?

Aurora, hizo un supremo esfuerzo, y abria los labios para decir que *Sí*, cuando improviso, á la puerta del oratorio, resonó contestando al sacerdote, un *No*! terrible, cuya amenazadora vibracion, cual la de la trompeta apocalíptica, llenó á todos de espanto.

Los circunstantes se vuelven con rapidez hácia la puerta, y al mismo tiempo que don Cárlos y el señor de Monteoscuro, dejan escapar el nombre de Olivéros, el doctor Bustillon y Romeráles, exclaman aterrados:

—¡¡¡Sántos Zárate!!!

## XXII.

## Un demonio convertido en arcángel.

—

Al oir el nombre del terrible salteador que, airado y amenazante á la puerta del oratorio, blande una desnuda espada, terrífica impresion, aunque por diversas causas, sobrecoje al concurso.

—Sí! señores, exclama el bandolero, gozándose en el terror que infunde: aquí está Sántos Zárate, que viene á traer otra novia al doctor Bustillon. Y dirigiéndose luégo al sacerdote: Padre, añade, indicándole al doctor, ya que estais presente, ayudad á bien morir á ese hombre, y despachad pronto, que lo están esperando en los infiernos.

Estas palabras produjeron pavoroso rumor en el sagrado recinto, é interpretándolo el bandido, asaz erradamente, agregó con acento aterrador:

—Nada de escándalo, la casa está cercada por mi gente, estais en mi poder, y al menor alboroto, con excepcion de don Cárlos y su familia, paso á cuchillo á los restantes. Y, cuando así exclamaba, reíase interiormente de su baladronada, pues no tenia más compañeros en aquella aventura que el prestigio pavoroso de su nombre, y los buenos oficios de Golondrina, quien armado de un trabuco le cubria las espaldas.

En tan conflictiva situacion, el aturdido doctor recupera un instante al impulso de sus malas pasiones su abatida energía, y considerándose perdido, se lanza hácia el altar y aplica á la llama de una bujía aquellos documentos, que para él, como para todos los presentes, respondian de la vida de Horacio.

—Qué haceis! grita don Cárlos corriendo á detenerlo.

—Vengarme! contesta Bustillon con voz sorda é infernal sonrisa, mostrándole los inflamados documentos convertidos en breve en un puñado de cenizas: ya que no me es dado poseer tu hija, tampoco la obtendrá tu sobrino.

Aurora que hasta entónces habia como vislumbrado una esperanza, lanzó un grito y cayó sin sentido. Y miéntras que el anciano, fuera de sí, se apresuraba á recoger aquel puñado de cenizas, únicos restos que creia le quedaban de su perdida honra; Zárate con el pomo de la espada da á Bustillon tan vigoroso golpe, que lo arroja por tierra, y casi medio muerto lo arrastra fuera del oratorio. Luégo hace salir á Romeráles, que tambaleándose como un ébrio sobre sus largas piernas, no opone resistencia; y repeliendo con esfuerzo al se-

ñor de Monteoscuro que intenta acometerle, cierra con llave la puerta de la capilla y déjalos á todos encerrados.

—Ahora, colguemos á este pleitero, para escarmiento de hipócritas y solapados tunantes, dijo Zárate, atando estrechamente á las espaldas del doctor sus corpulentos brazos.

—Aquí está la cuerda, capitan, exclamó Golondrina, mostrándole un fuerte cordel que traia arrollado á la cintura: esta es la misma en que se meció Cascabel; está probada.

—Y aquí el verdugo que necesitamos, agregó el bandido indicando á Romeráles.

Minutos despues, con la ayuda de una escalera de mano que Golondrina encontró en el *Repartimiento*, ataba el diligente negrito de una de las fuertes ramas de un *javillo* la consabida cuerda, á cuyo extremo lucia amenazador un abierto lazo corredizo; y casi exánime era arrastrado Bustillon al lugar del suplicio por el perplejo Romeráles, quien compelido, á su pesar, al triste oficio que ejecutaba, decia al doctor con indecible expresion de espanto y de congoja:

—Señor, ponga U. algo de su parte, que á mí me duele el alma por tener que tratarlo como lo trato. ¡Quién me lo hubiera dicho esta mañana, cuando U. me hacia firmar aquello!...... Mas no crea que le guardo rencor, Dios lo sabe. Yo hago esto contra mi corazon, como muchas de las cosas malas que he hecho en este mundo; pero le prometo, si como espero, me conserva Dios la vida, que he de rezar todas las noches un rosario, en cruz, por el descanso de su alma.

Llegados que hubieron al pié de la escalera, Bus-

tillon pareció salir de su estupor, púsose de rodillas é imploró perdon al bandolero.

—Cobarde! exclamó Zárate con profundo desprecio, ¿has olvidado á la vieja que sacaron muerta arrastrando en un cuero de la cárcel de San Fernando? Aquella vieja era mi madre! Y volviéndose á Romerales, añadió indicándole la escalera: arriba con él ó te cuelgo á los piés de tu amo.

Acostumbrado por largo tiempo el amanuense á obedecer la voluntad del más fuerte, como muchos hombres mejor dotados que él por la naturaleza, y cuyas faltas, más que por perversion de sentimientos son debidas á una vergonzosa cobardía, se apresuró á empujar al doctor hácia la escalera fatal, diciéndole á cada peldaño que subian.

—Señor, señor, por nuestro Redentor muerto en la cruz, sufra en paciencia cuanto me veo forzado á hacer. Miéntras que Golondrina ayudándole en tan dura tarea, agotaba su verbo epigramático prodigando al aterrado jurista y á su fiel y grotesco amanuense los más picantes y amargos sarcasmos.

Romerales pasa al fin al cuello de su amo el lazo corredizo, y murmurando en latin un *pater* anticipado por el alma de Bustillon, se aprestaba á bajar de la escalera, cuando resonó á la entrada del largo callejon de limoneros el violento galope de un caballo.

El sentenciado oyó aquellas rápidas pisadas que se dirigian hácia la casa, y un resto de esperanza lo reanimó de súbito.

—Detente, Romerales, dice á su acólito con voz desfallecida, vienen á salvarme.

El amanuense no ménos sorprendido que Zárate, se detuvo á la mitad de la escalera, y el doctor se dejó acariciar un instante por aquella esperanza lisonjera. Pero, de pronto, una espantosa convulsion sacudió todos sus miémbros; las rápidas pisadas del caballo golpeaban yá el endurecido pavimento de la entrada del patio, y desde la altura en que se hallaba el doctor, pudo reconocer al ginete, por entre las ramas de los árboles que aun le ocultaban á las inquietas miradas de sus crueles verdugos. Bustillon dejó escapar horrorosa blasfemia, y como Zárate se apresurase á dar una patada á la escalera, ésta cayó y el buen doctor quedó colgando de la cuerda, á tiempo que el jinete entraba al patio y desde la enrejada ventana del oratorio gritaba Víctor, con indecible júbilo:

—Mi primo el capitan! mi primo el capitan!

## XXIII.

## Justicia de Dios.

—

Zárate intentó huir al reconocer al capitan; pero éste, tan sorprendido de encontrarle de nuevo en la casa de su tio, como espantado y aturdido con los gritos desaforados de Víctor, y el extraño alboroto de angustiadas voces que resonaban en el interior del oratorio, detuvo al foragido disparándole una de las pistolas; y como Zára-

te le diera el frente con ánimo resuelto, saltó rápidamente del caballo, y, espada en mano, le acometió ciego de ira; sin saber cuanto debia á aquel hombre y recordando sólo que todas sus desgracias reconocian por causa haber sido engañado por tan osado bandolero.

Este, á su vez, tiró con presteza de la espada, y suponiendo instruido al capitan del servicio que acababa de hacerle, juzgó como la más negra ingratitud aquel inesperado ataque. Y lleno de cólera y despecho, partió violento sobre Horacio y reñido combate se trabó entre los dos.

Empero, no fué larga la encarnizada lucha; y aunque el capitan, desde el primer encuentro, pudo apreciar todo el vigor y valentía de su pujante adversario, las lecciones de esgrima que recibiera en Europa le dieron presto la victoria. Atravesado el pecho de mortal estocada cayó postrado Zárate revolcándose en su sangre; y, miéntras que el capitan corria hácia el oratorio, cuya vencida puerta saltaba echa pedazos.

—Cármen, Cármen! murmuró el bandido agonizando, y aquel hombre terror por quince años, de los Valles de Aragua, exhaló el postrimer aliento, castigado, como para mayor expiacion de sus delitos, cuando coronaba su infame vida con una accion noble y generosa.

No un grito, sino inmensa explosion de alborozo acogió al capitan, cuando éste penetró en el oratorio. Don Cárlos, con la voz embargada por indominable emocion, se apresuró á estracharlo entre sus brazos; pero Horacio desprendiéndose de ellos le preguntó con desesperacion:

—Decidme ántes, si se ha cumplido el sacrificio que me condena á ser el más desdichado de los hombres!

—No! no lo ha querido el cielo, contestó el anciano.

Horacio sintió su corazon estrecho para albergar tanta ventura, y estuvo á punto de caerse de sus piés; el sacerdote lo sostuvo, y como en aquel momento el venturoso amante acertara á divisar á Aurora, la que sin fuerzas ya pará soportar tan grandes y repetidas sensaciones, se habia dejado caer de hinojos delante del altar, y con las manos juntas y los ojos inundados en placenteras lágrimas, daba gracias al cielo sin apartar del Cristo la extasiada mirada, corrió á estrecharla entre sus brazos sin que fueran parte á detenerle, miramientos sociales, ni el respeto que imponia aquel recinto. Pero Aurora sin esquivar la vehemente efusion del capitan, mostróle el Cristo y luégo las gradas del altar, y comprendiendo Horacio los deseos de su amada, postróse de rodillas junto á ella, olvidando en beatífico extásis, las crueles pesadumbres que lo habian torturado.

El sacerdote, y todos los presentes lo imitaron, y en medio del súbito silencio que reinó en la capilla, fervorosa plegaria voló al cielo devolviendo la calma á aquellos agitados corazones.

Romeráles, convulso de terror, vino en breve á interrumpir aquel piadoso arrobamiento, llamando con tono lastimero al sacerdote. La voz del amanuense produjo en el concurso violenta agitacion: don Cárlos fué asaltado por el recuerdo de todos los dolores que le hiciera padecer el doctor, á quien habia olvidado; y le

vantándose lleno de indignacion, ordenó al compungido Romeráles salir inmediatamente de su casa.

—Señor, señor, exclamó el amanuense postrándose á los piés del anciano, perdonadme, he sido cruelmente castigado sin que mis faltas merecieran semejante rigor. Dios lo sabe; pero si no merezco vuestra conmiseracion, tened al ménos piedad de los que en vuestra propia casa mueren sin arrepentirse de sus culpas, y permitid al señor cura vaya siquiera á bendecir sus cadáveres.

Horacio se extremeció á su pesar, y don Cárlos exclamó con asombro:

—Qué dice U! qué dice U!

—Que el doctor Bustillon cuelga ahorcado de un árbol, y no distante de él yace sin vida el otro.

—Oh! cuántos horrores! exclamó el anciano.

—Pero quién es el otro? preguntó el señor de Monteoscuro.

—El otro? miedo me da nombrarlo, contestó el amanuense, y bajando la voz añadió: Sántos Zárate!

—Eso es inconcebible! Quién lo ha muerto?

—Preguntad al capitan.

Todas las miradas se volvieron á Horacio, quien contestó con arrogancia:

—Ignorante, como lo estoi todavía, de lo que haya podido venir á hacer aquí ese hombre, despues de haberme expuesto á morir en un patíbulo, lo ví huir, lo detuve y en leal combate lo maté.

Aurora que se habia levantado, tornó á caer de rodillas sobre las gradas del altar, exhalando un gemido.

—A U. señor Juez de Paz, tócale instruir la sumaria de cuanto aquí ha pasado, exclamó el señor de Monteoscuro, sacando por las solapas de la cuácara al atontado don Roque, del rincon donde permanecia hecho un estafermo.

—Y tendré yo serenidad para ver esos muertos! exclamó el conturbado magistrado, olvidándose de la afectada dignidad y de los humos de hombre de valía que hasta entónces se diera.

—Téngala ó no, cumpla con su deber, agregó don Antonio.

—Haré lo que mandais, señor; pero haced que me acompañe mi secretario.

—Dónde está?

—Ahí, ahí, debajo del altar dijeron, á un tiempo Víctor y Clavellina.

Y el azorado Jaramago á quien Monteoscuro arrastró por un pié fuera de su escondite, contempló entristecido los irreparables desperfectos de sus ajados pantalones.

Romeráles, entre tanto, aprovechó aquellos momentos de confusion para decir al Párroco:

—Señor cura, de hoi más se acabó el mundo para mí. Quede para otros la carrera de las armas, á la que he sido tan aficionado, y la del foro, que por poco me hace perder el juicio; me acojo á la iglesia de donde en mala hora me separé para perderme. Sé ayudar á misa, señor cura, repicar las campanas, encender y apagar los sirios y cantar aleluyas y responsos. Déme colocacion en la parroquia, interin me admiten como lego en un convento, que yo le ofrezco que seré en

lo sucesivo tan manso y tan sumiso, como arrebatado y pendenciero lo he sido hasta el presente.

Seguido de don Cárlos, el sacerdote y el se-señor de Monteoscuro, que á cada paso prorrumpia en una estrepitosa explosion de repetidas *carambolas*, dirigíase el Juez de Paz y su amilanado secretario hácia el lugar en que yacian exánimes, á pocos pasos de distancia, Zárate y Bustillon, cuando vieron llegar á toda brida á Sanfidel, quien al divisar el cadáver del bandido, descendió del caballo exclamando:

—Decid, señores, decid, ¿ quién ha muerto á ese hombre?

—Vuestro amigo, contestó el sacerdote.

—Horacio! exclamó Lastenio horrorizado.

—Sí señor, replicó Monteoscuro. Pero en combate leal.

—Qué horror! qué horror! murmuró consternado el artista. Pero es verdad que Horacio lo ignoraba.

—Qué! preguntaron todos.

—Que es á ese hombre á quien debe la vida.

Don Cárlos elevó al cielo los ojos, como buscando la explicacion de tantas amarguras; y al terminar de referir Lastenio el hecho heróico de Zárate por salvar la vida al capitan, el anciano, abatido, inclinó la cabeza murmurando:

—Justicia de Dios!

# EPILOGO.

Dos años despues de estos sucesos, que tan profundamente afectaran á la noble familia Delamar, una lujosa silla de manos, seguida de numeroso acompañamiento de personas de distincion, se dirigia á la Iglesia Catedral de Carácas. Al detenerse la silla á la puerta de la Iglesia, los curiosos que la rodearon, vieron bajar de ella á una graciosa mestiza, risueña como una pascua, la cual tenia en sus brazos á un hermoso niño de tres meses, á quien se apresuraron á acariciar los padres del infante con la mayor ternura.

De los brazos de Clavellina, que no era otra la mestiza, pasó el niño para ser conducido á la fuente bautismal, á los de un venerable anciano, el cual lleno de alborozo, cuando el Párroco le preguntó el nombre que darian al infante, contestó conmovido:

—Cárlos Horacio Delamar.

De vuelta á la casa, donde esperaba á los numerosos amigos de don Cárlos y de su yerno y sobrino, el capitan Delamar, un suntuoso banquete, Horacio encontró una carta que acababa de llegarle de Paris, y reconociendo la letra, la abrió lleno de emocion y corrió luégo á mostrársela á Aurora. La dicha carta era de Lastenio, y en ella despues de los más afectuosos conceptos, le participaba el artista, haber obtenido el primer premio en la exposicion de pinturas de aquel año, á par que le anunciaba el envío de la obra premiada, para que la conservase como una prueba más de su invariable afecto.

FIN.

# INDICE.

## TOMO I.



## TOMO II.

---

## AL LECTOR.

A fin de evitar llenar por lo ménos diez páginas con la *fé de erratas* de este libro, suplicamos á nuestros bondadosos lectores subsanen con su buen discernimiento las faltas y errores en que abunda la obra, por causas que no son del caso patentizar.

El autor acepta humildemente la responsabilidad de los errores de cuenta; pero al mismo tiempo hace constar, que los pecados veniales obra son de los señores cajistas.

